



La saga de los Alfieri

Su

Amante

Reacia

Elizabeth
Lennox

La saga de los Alfieri:
Su amante reacia
Elizabeth Lennox

www.ElizabethLennox.com

Sígueme en Facebook: www.facebook.com/Author.Elizabeth.Lennox

Twitter: www.twitter.com/ElizabethLenno1

Traducción de Marta Molina Rodríguez

Título original: *His Reluctant Lover*

Copyright © 2014

ISBN13: 9781944078591

Todos los derechos reservados

Traducción: Marta Molina Rodríguez

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se han utilizado de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales, es pura coincidencia. Queda terminantemente prohibida la copia de este material sin el consentimiento expreso de la autora, ya sea en formato electrónico o cualquier otro formato existente o de futura invención.

Si descarga este material en cualquier formato, electrónico o de otro tipo, de un sitio web no autorizado, queda informado de que usted y el sitio web estarán cometiendo una infracción de derechos de autor. Podrán demandarse daños y perjuicios económicos y punitivos en cualquier sede legal donde sea apropiado.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

EPÍLOGO

Extracto de Su dulce tirano

CAPÍTULO 1

Necesitaba branquias. Los pulmones no iban a bastarle con esa humedad.

Tal vez Nueva Orleans fuera una de las ciudades más bonitas que había visitado nunca, pero Dylan Alfieri ya estaba arrepintiéndose de haber empezado ese proyecto en concreto durante los meses de verano. Debería haber ajustado su agenda para empezar en enero o febrero.

Dylan llamó al timbre de la elegante mansión, pensando que la casa probablemente fuera construida antes de la Guerra Civil estadounidense.

—Buenas tardes, Sr. Alfieri —dijo un mayordomo circunspecto al abrir la puerta—. El Sr. Charding lo espera en la sala. —El aire fresco de la casa envolvió su cuerpo como una agradable brisa de bienvenida, que resultaba mucho más refrescante en comparación con la humedad vespertina que nunca parecía abandonar aquella ciudad.

Dylan casi se echó a reír cuando el sirviente de pelo cano hizo una breve reverencia, un gesto elegante y anticuado que de alguna manera parecía encajar allí, en el sur. La referencia a la sala también encajaba. Dylan estaba comprando varios de los almacenes abandonados que poseía Philip Charding. Aquella cena era una simple manera social de concluir el negocio. Dylan desearía poder evitar esa clase de formalidades sociales. Preferiría con mucho estar en su despacho revisando los datos para su siguiente proyecto, confirmando los números de sus empresas actuales o incluso sentado en su *suite* del hotel, relajándose con un escocés bueno y fuerte.

Pero las formalidades debían cumplirse. Limar asperezas era tan importante para futuros negocios como tener suficiente dinero para completar el trabajo. Su proyecto en Nueva Orleans no iba a ser uno de los vecindarios más grandes que hubiera levantado Alfieri Properties, pero si se lo trabajaba correctamente, podría ser uno de sus proyectos más beneficiosos. Con tan solo treinta y cinco años, Dylan ya había creado un emporio extremadamente grande. Se especializaba en comprar extensiones de terreno abandonadas y en construir nuevos barrios que llevaban empleo y grandes entornos de vida a ciudades que estaban envejeciendo. Le encantaba ver áreas que una vez estuvieron plagadas por la delincuencia y las bandas convertidas de nuevo en comunidades prósperas. No solo construía las casas donde vivirían las familias, sino que también construía las tiendas que mantendrían a los vecindarios. Su empresa trabajaba con los gobiernos municipales para garantizar que también se

levantaran colegios y bibliotecas para apoyar a las nuevas comunidades.

Dylan siguió al mayordomo al gran salón elegante que obviamente necesitaba gran cantidad de reparaciones. Dylan sospechaba que la casa tendría unos doscientos años. A pesar del obvio desgaste, le gustaba la casa. Era acogedora y confortable. Muchos de sus conocidos consideraban sus casas como escaparates, y esa perspectiva se traducían en casas que parecían museos. Pero aquella no. Sentía la vitalidad de la casa, la historia y las generaciones que habían crecido allí y que habían desgastado los suelos de madera.

Al cruzar la puerta hasta la que le había conducido el mayordomo, que la sostenía abierta, Dylan miró en torno a sí hacia los altos ventanales y los techos elevados, impresionado con los «huesos» de la mansión al estilo antiguo.

—Buenas tardes, Philip —dijo Dylan, caminando enérgicamente hacia el hombre mayor que estaba sentado junto a la ventana en uno de varios sillones orejeros que, definitivamente, habían visto mejores tiempos—. Tienes una casa preciosa.

Philip estrechó la mano de Dylan y se rio, haciendo un aspaviento con el puro para indicarle que tomara asiento en otro sillón.

—Es como un grano en el culo —replicó bruscamente—. Es vieja y necesita cerca de un millón de dólares en reparaciones —gruñó—. ¿*Bourbon*?

—Gracias —respondió Dylan. De hecho, odiaba el *bourbon*, pero no quería ser grosero, así que tomaría la bebida repugnante y fingiría que le gustaba.

Philip volvió a reírse, un sonido que empezaba a crisar a Dylan.

—Tráele un escocés al señor —dijo Philip al mayordomo, que ya estaba de pie junto a un mueble bar.

Dylan se quedó atónito con la perspicacia del hombre. En realidad prefería el whisky escocés, pero estaba tratando de ser educado.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Dylan, los ojos entrecerrados mientras se reclinaba en el sillón de cuero.

Philip dio una calada a su puro, reclinado contra el sillón orejero, con una mirada pícara en sus viejos ojos azules.

—Leo a la gente, joven —explicó—. No solía ser tan viejo y cascarrabias. En mi juventud era un tiburón.

Dylan sonrió ligeramente al recibir la copa del mayordomo. Era cierto. El hombre era temido. Philip se había quedado a cargo de Charding Industries después de su padre y había hecho crecer el negocio hasta convertirlo en un imperio considerable. No tan grande como lo que controlaba ahora Dylan, pero

era grande para aquellos tiempos.

—A propósito de la venta —empezó a decir Dylan.

Philip hizo otro aspaviento con el puro.

—Cada cosa a su tiempo —dijo descartando el tema por el momento—. Vas a ofrecerme un diez por ciento más de lo que hemos discutido antes cuando termine la cena de esta noche.

Dylan casi se echó a reír ante una afirmación tan escandalosa, pero a su pesar también estaba impresionado. ¿Tendría el anciano algo de información que necesitaría Dylan? ¿O estaba perdiendo la cabeza? «Cabe cualquiera de las dos posibilidades», pensó.

—Lo dudo, pero estoy intrigado. ¿Por qué iba a ofrecerte más de la cantidad acordada por los terrenos?

Philip rio entre dientes y volvió a dar una calada.

—Porque tengo algo incluso más importante que mi empresa —dijo misteriosamente.

Dylan subió las cejas.

—¿Y eso es...?

Philip sopesó sus palabras con cuidado.

—Estás aquí para comprar los almacenes Charding junto al río, ¿correcto?

Dylan hizo un aspaviento con la copa de escocés, ni confirmando ni desmintiendo su afirmación.

—Pero comprar mis terrenos solo te dará la mitad de lo que necesitas.

—¿Cuál es la otra mitad? —Dylan ya sabía lo que consideraba la otra mitad, pero no iba a revelar su estrategia.

—Necesitas los terrenos a ambos lados del río. No serviría de nada tener preciosos hogares con vistas al imponente Mississippi, solo para ver almacenes vacíos en la otra orilla. Y solo puedes hacerte con esos terrenos comprando una de tres empresas. O bien Inus Corporation, que probablemente sea demasiado cara para ti ahora mismo, o Demisis, que no está en venta ni lo estará nunca. Tal vez te resulte más fácil adquirir Acton, pero probablemente sea demasiado pequeña.

Dylan pretendía comprar las tres empresas, pero no había necesidad de decirle eso a aquel hombre.

—¿Cuál te parece que se adapta mejor a mis propósitos? —preguntó.

Los ojos de Philip se estrecharon.

—Probablemente necesites las tres —dijo, conociendo la respuesta—.

Pero no puedes conseguir las. Ni siquiera conseguirás una de ellas sin mi ayuda.

Dylan casi se echó a reír a carcajadas, pero se contuvo; no quería ofender a aquel hombre. Aquello era atípico en sí mismo, ya que generalmente no le importaba a quién ofendiera. Los negocios son los negocios. No hay lugar para los sentimientos en el trabajo.

—¿Qué puedes ofrecerme para ayudarme a alcanzar los objetivos que crees que me he marcado? —No mencionó que ya estaba hablando con Demisis sobre los terrenos al otro lado del río. No era necesario tumbar al hombre cuando sentía que estaba en racha.

Se oyó un golpe al otro lado de la puerta y Dylan vio un momento de triunfo en la mirada del anciano.

—Esto es lo que puedo darte —dijo en voz baja—. ¡Pasa, Georgette! —exclamó el hombre.

Dylan se volvió y vio abrirse las puertas de la sala. Cuando una belleza de pelo rojizo atravesó las puertas, Dylan se sintió como si le hubieran dado una paliza. ¡Nunca había perdido una batalla! Pero aquella mujer pareció embrujarlo de inmediato, con su sonrisa arrasadora, piel clara perfecta y fascinantes ojos color miel.

No se dio cuenta de que se había puesto en pie, el gesto automático cuando se aproximó la diosa. Caminó hacia él con una sonrisa breve en sus carnosos labios rosas y un brillo extraño en esos ojos color miel. Los suyos viajaron por su figura, deteniéndose para admirar unos pechos turgentes que hacían presión contra el sencillo vestido tubo negro. Su mirada continuó hacia abajo, preguntándose si su cintura sería realmente tan pequeña o si llevaba uno de esos artilugios ridículos en los que a veces se enfundaban las mujeres para hacer que sus figuras parecieran más esbeltas. Cuando sus ojos contemplaron sus labios carnosos, supo que era toda una mujer. Ni gorda, ni delgada, simplemente mullida y llena y... exuberante. No podía verle las piernas porque el vestido le llegaba por debajo de la rodilla, casi hasta media pierna. Pero se percató de que tenía tobillos esbeltos y de que llevaba zapatos de punta que se suponía que hacían que las piernas de una mujer parecieran más largas. ¡Funcionaba! «¡Joder, sospecho que tiene unas piernas increíbles!». Piernas que deseaba conocer, íntimamente.

Ella se detuvo en el centro de la sala, el cuerpo inmóvil mientras los ojos de Dylan volvían a ascender por su exquisita figura. Cuando los ojos marrones de éste chocaron con los ojos miel de ella, supo que había enfurecido a esa belleza con su escrutinio desvergonzado. Vio la furia en aquellos preciosos ojos

y su cuerpo respondió con rapidez. Posiblemente, no de la manera que ella quería, pero de pronto se dio cuenta de que tenía muy poco control sobre su cuerpo en ese preciso instante.

Georgette se detuvo a varios metros del hombre y de su abuelo, inclinando la cabeza hacia atrás y con la barbilla ligeramente adelantada, intentando aparentar autoconfianza cuando cada fibra de su ser temblaba de... algo. ¡No podía creerse el insultante examen visual que acababa de llevar a cabo el hombre! Quería dar media vuelta y salir de la sala, o tal vez acercarse hasta él y propinarle una patada en la espinilla. Pero le habían inculcado buenos modales durante toda su vida. Ni a su abuela ni a su madre, ambas mujeres elegantes por sí mismas, las pillarían huyendo o dando patadas ni muertas. ¡Su único recurso era permanecer muy quieta, esperando que cayera por una trampilla o que se lo tragara un terremoto muy localizado! ¡Aquello eliminaría esa mirada de confianza de su cara extrañamente atractiva y, con un poco de suerte, borraría a ese grosero de la faz de la tierra!

Sin embargo, la suerte no estaba de su parte aquella noche. El hombre siguió mirándola fijamente como si fuera una chocolatina y estuviera listo para devorarla. Odiaba el calor que emanaba de su cuerpo con la mirada oscura e intimidante de él, deseando poder mostrarse distante y reservada.

Puesto que el hombre alto, imponente y grosero no cesaba en su estudio insultante de su persona, decidió que ignorarlo sería la mejor medida. Volviéndose hacia su abuelo, sonrió cariñosamente al amado hombre.

—Hola, Abuelito. ¿Qué tal estás esta noche? —preguntó, rodeando al hombre y sus irritantes hombros anchos.

Dylan había pensado que la mujer era la viva imagen de la belleza y de la perfección incluso antes de que hablara. Pero la forma sureña y cantarina en que arrastraba las palabras envió una oleada de placer tan intensa por su cuerpo que, durante un largo momento, no pudo respirar. Permaneció allí, de pie, absorbiendo sus palabras, jugando mentalmente con su acento. En lugar de pronunciar cada sílaba, decía las palabras como si de una canción se tratara. Palabras de una sílaba se volvían de dos o tres, mientras que algunas vocales o consonantes rodaban juntas, flotando desde sus labios. Lo azotaron con una oleada de lujuria tan fuerte que pensó que podría cogerla y llevársela sólo para oírla hablar en privado.

Philip se rio entre dientes, los ojos bailando de alegría cuando se levantó para saludarla.

—Georgette, estás guapísima, como siempre.

Georgette se inclinó y le dio un beso en la arrugada mejilla; después dio un paso atrás, lanzando una mirada al puro que tenía en la mano.

—Creía que el médico había dicho que se suponía que ya no podías fumar.

Philip gruñó y miró el puro, después otra vez a su nieta, esperanzado.

—¿Qué te parece si dejamos que sea nuestro pequeño secreto? —sugirió.

Georgette sacudió la cabeza y le quitó el puro de las manos, aplastando la punta en el cenicero hasta que se apagó.

—Eso no va a suceder, Abuelito. —Miró la otra mano del hombre—. ¿Y *bourbon*? —preguntó exasperada. El hombre era una leyenda en los negocios, pero no era el más amable con su cuerpo. Rompía cada norma, incluidas algunas de las que desearía no saber nada.

Philip marcó los límites ahí.

—Ni lo intentes, señorita —le advirtió de buen humor pero con un tono que dejaba claro que no iba a entregar la copa de alcohol bajo ningún concepto.

Georgette se rio. El sonido envió un escalofrío de algo básico, algo elemental, por el cuerpo de Dylan, hasta su entrepierna. Era un sonido suave y ronco, no totalmente femenino, aunque todo lo demás en aquella mujer era pura fémina. Apostaría todo su patrimonio a que la mujer incluso se pintaba las uñas de los dedos de los pies. «Rosa», supuso. Entonces miró sus caderas redondeadas y negó con la cabeza mentalmente. «Rojo. Decididamente, rojo». Y después en su mente se imaginó al instante cómo se vería con solo esos zapatos negros *sexy* y las ocultas uñas rojas. Sin nada más que su sonrisa. «¡Joder! Nunca me había dado cuenta de lo buena que podía ser mi imaginación».

Georgette se acercó lentamente hasta el mueble bar y, para sorpresa de Dylan, se sirvió una copa cargada de escocés.

—Si no puedes detenerlos... —dijo guiñándole un ojo a su abuelo—, entonces tendré que unirlos a ellos, ¿verdad? —Y dio un trago largo del líquido ambarino, mirando subrepticamente a Dylan por encima del borde de la copa—. ¿Dónde están Mamá y la Abuelita esta noche? —preguntó acercándose de nuevo.

Una mano hizo un aspaviento hacia las sillas, indicando que ambos hombres podían sentarse. Esperó durante una milésima de segundo y después se sentó ella en una silla que el mayordomo había puesto detrás de ella como por arte de magia. Dylan observó el movimiento, embelesado por la manera en que su cuerpo prácticamente se deslizó sobre el borde de la silla. Su espalda derecha como una baqueta, sus rodillas inclinadas coquetamente hacia un lado, y sus

piernas cruzadas solo a la altura de los tobillos.

Era la epítome de la elegancia, envuelta en un paquete *sexy* y sensual. Si tan solo supiera las fantasías eróticas que su gracia y su figura estaban conjurando en la mente de Dylan, probablemente lo abofetearía. Y él se lo merecería.

Georgette prácticamente olvidó que le había hecho una pregunta a su abuelo. Toda su atención se centraba en el hombre, en intentar ignorar lo que sabía que era una mirada inapropiada. ¡Y esa sonrisa la estaba cabreando de veras! ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué no podía dejar de mirarla? ¿No conocía las normas de sociedad? Debería mirar a su abuelo, que estaba hablando. Tal vez sus conocidos no escucharan, pero al menos creaban la pretensión de que estaban interesados en el tema de conversación.

Philip observó a su amada nieta intentando ignorar a su invitado. Nunca había visto una señal más evidente de que estaba interesada. «Bueno, tal vez interesada, no, pero Dylan Alfieri la saca de quicio». En su mente, aquella era una reacción mucho más positiva que la cortesía aburrida que su nieta había mostrado hacía los demás hombres que habían pasado por su vida recientemente. «Incluido ese lelo de Charles, que iba por ahí olisqueando detrás de ella. Es una señal positiva, claro que sí». ¡Porque tenía planes! ¡Grandes planes! Solo tenía que librarse del idiota al que llamaba novio y sabía que sería mucho más feliz con Dylan Alfieri. El hecho de que fuera tan intensamente consciente de su presencia era prueba de que los dos levantarían pasiones el uno por el otro.

—Tu madre y tu abuela han ido a esa cena organizada por los Beauchamp esta noche —explicó. Volviéndose hacia Dylan, dijo—: Esa sí que es una familia a la que deberías conocer.

Georgette ni siquiera reconoció la idea de que el desagradable extraño debería interactuar más a fondo con sus amigos y conocidos. Su abuelo mantenía contactos de negocios de manera regular, así que sabía que solo tendría que superar esa noche y nunca volvería a tener que ver a ese personaje, Dylan, de nuevo.

—¿Por qué no estás allí esta noche? —preguntó, aun intentando excluir al hombre de la conversación. Si pensaba ser un grosero y seguir observándola, ella tampoco sentía ninguna necesidad de obedecer las estrictas normas con las que había crecido.

Philip prácticamente se echó a reír.

—Porque tengo un invitado especial esta noche. Razón por la cual también te pedí que me ayudaras.

Georgette apenas miró al hombre joven, negándose a ser educada con un hombre que tenía modales de asno.

—Por supuesto. Sabes que solo tienes que preguntarme y te ayudaré de cualquier manera que pueda. —Georgette únicamente esperaba que la petición de su abuelo fuera sencilla y a corto plazo. No le gustaba la idea de estar cerca de ese hombre enorme más de lo estrictamente necesario, pero no rechazaría una petición de su abuelo. Tal vez tuviera sus vicios y sus debilidades, pero lo quería de todas formas. Era un hombre dulce y bueno que la malcriaba. Lo mínimo que podía hacer por él era ayudarlo cuando se lo pedía.

Philip se irguió ante eso.

—Justo lo que esperaba que dijeras. Y mencionaste que estás entre proyectos ahora mismo, ¿correcto? Quiero decir, que ya te has puesto al día con los diseños de primavera y de verano, ¿verdad?

Georgette tuvo una corazonada horrible. Seguro que su abuelo no iba a... «no, no es posible que sugiera nada tan vil».

—Los diseños del año que viene están terminados y el debut es dentro de menos de un mes —contestó, refiriéndose a la línea de vestidos de noche y de boda que había diseñado. Tenía una *boutique* de vestidos de confección, pequeña pero de renombre internacional, y había gente le estaba pidiendo ayudar a diseñar sus vestidos de novia perfectos. Le encantaba su trabajo, pero había mantenido el negocio pequeño a propósito para poder dirigirlo ella misma. «No necesito ser la diseñadora más grande ni la más conocida de la industria», pensó mientras miraba a Dylan Alfieri con creciente irritación. Sabía acerca de sus negocios y de su filosofía como el completo opuesto de los suyos.

—Perfecto —contestó su abuelo, dándose una palmada en el muslo—. Entonces tendrás tiempo de sobra para llevar a Dylan Alfieri por ahí a eventos y a conocer a las familias apropiadas durante las próximas semanas. Necesitará tus manos tiernas para guiarlo por los recovecos del torbellino social de Nueva Orleans.

Por primera vez, Georgette se volvió para mirar al hombre que sabía que había estado observando su perfil durante todo el tiempo. No quería mirarlo. De hecho, habría continuado ignorándolo si su abuelo no hubiera hecho referencia específica a él en la conversación. No había nada que pudiera hacer excepto volverse y saludar al hombre.

—Sr. Alfieri —dijo probándose el nombre del hombre en los labios—. ¿De qué conozco ese nombre? —Tampoco iba a comprometerse a llevar a ese tío por ahí. «¡Ni hablar! Es demasiado grande para la buena sociedad de todas

formas. ¿Y la manera en que mira a una mujer? ¡Bueno, van a reírse de mí en las mejores salas antes de abrirme la puerta! ¡No, este rufián no va a estar aquí por mucho tiempo!».

Dylan por poco se quedó pasmado al oír su nombre pronunciado con su acento cantarín. La mayor parte de la gente pronunciaba su apellido con dos o tres sílabas, dependiendo de lo mucho que masacraran su apellido italiano. Pero la pronunciación lenta y sureña de Georgette lo extendió hasta hacer seis o siete sílabas que parecían añadir unas cuantas vocales adicionales. Mientras que la mayor parte de la gente decía *Alfieri*, que era correcto, esta mujer dijo *Alfiyerí*, moviendo los labios prácticamente a cámara lenta. Una vez más, su imaginación se puso a toda marcha y empezó a imaginar otras cosas que sus labios podrían hacer a cámara lenta.

Cambiando ligeramente de postura en su silla, dio un sorbo a su whisky escocés, observando mientras ella hacía lo mismo.

—Georgette. Un nombre interesante, sureño —respondió a su vez—. ¿Te llama Georgie la mayoría de la gente? —Casi se echó a reír a carcajadas cuando los ojos de ella se encendieron horrorizados ante la idea de que nadie acertase su nombre a algo tan... masculino.

—Nunca —replicó ella, pero debido a su precioso acento, la negación no fue brusca en absoluto. «Nunca» sonó como *nuncah*, e incluso sonrió al final de su reconvención.

Dylan por poco se rio. Bebía escocés y sonreía mientras te menospreciaba con una sola palabra. «¡Caliente!». Como diría su precoz sobrina de ocho años, Ella, «¡tan caliente que echa humo!».

—¿Qué le trae por nuestra bonita ciudad, Sr. Alfieri? —preguntó girando los hombros solo un poco, como para decir sin palabras que estaba intentando ser cortés, pero que Dylan no estaba a la altura de sus estándares, así que no iba a esforzarse del todo.

Dylan miró a Philip; no estaba seguro de si el caballero había discutido la venta todavía. No era de conocimiento público, pero puesto que no había accionistas, tampoco había un periodo de silencio durante el cual la gente no pudiera hablar de la venta.

—Voy a venderle esos viejos almacenes y casas abandonadas en la ribera del río, cariño —replicó Philip, liberando a Dylan de darle la noticia.

Dylan se sentía fascinado por las emociones que pasaban precipitadamente por los rasgos encantadores de la joven. Sorpresa, conmoción, horror y, después, una máscara puesta con cuidado para ocultarlo todo menos un

interés amable y cortés.

—Qué interesante —respondió con labios tensos—. ¿Cuándo va a producirse esa venta?

—A lo largo de la semana que viene —contestó Dylan, que seguía observando su rostro. Estaba luchando por ocultar sus fuertes emociones. Tal vez su cara mostrara al mundo que solo se sentía moderadamente interesada, pero sus manos estaban a punto de romper el vaso de cristal. Obviamente estaba controlando sus emociones con unas riendas muy tensas.

—Ya veo.

Philip asintió.

—Dylan ha pasado los últimos diez años moviéndose por el mundo de los negocios de manera impresionante. Se ha posicionado extremadamente bien.

Georgette asintió.

—He leído algo sobre los tratos del Sr. Alfieri —replicó, sin apenas mirar en su dirección—. Por lo que se dice, su negocio es muy próspero.

Philip contuvo la risa, sorprendido por las chispas que saltaban entre aquellos dos. Aunque tendría que andarse con cuidado. Su nieta no era el tipo de mujer que vivía aventuras amorosas, y tenía que cuidarse de que Dylan Alfieri lo supiera. Philip pensaba que su Georgette era la persona más encantadora, por dentro y por fuera. También sospechaba que aquellos dos serían perfectos el uno para el otro. Además, quería un bisnieto. ¡Pronto!

«Paciencia», se advirtió a sí mismo. Todo tenía que empezar a la perfección. Los errores con esa clase de química podrían resultar fatales para su plan.

—Aquí es donde necesito tu ayuda. Nuestra discusión de esta tarde...

La inhalación brusca resultó ser una sorpresa, pero Dylan no tenía ni idea de qué estaba ocurriendo.

—Abuelito, no querrías decir...

—Sí —interrumpió. Volviéndose hacia Dylan, dijo—: Mi nieta conoce a todo el que conviene conocer —le explicó—. Ha accedido a acompañarte por *Nueva Ohleán* y a presentarte a toda la gente a la que necesitarás para realizar tus planes.

Dylan casi se echó a reír en alto ante la expresión horrorizada en los preciosos y arrasadores rasgos de la Srta. Georgette. Alzó su copa y dio un trago, intentando ocultar su diversión.

Desde detrás del vaso, dijo:

—Eso es muy amable de tu parte, Georgette. Te agradeceré muchísimo tu

ayuda y tu conocimiento de la sociedad de Nueva Orleans. —No pudo evitar meter un poco de baza. ¡Era tan divertido provocarla! —Será un gran placer conocer... a todo el mundo —dijo implicando algo mucho más personal

Georgette miró de su abuelo al hombre corpulento sentado frente a ella, intentando asimilar el giro brusco de los acontecimientos. Sí, su abuelo le había pedido que acompañara a un cliente a varios eventos sociales en la ciudad y que lo presentara por ahí. «¿Pero a un yanqui? ¿A un invasor yanqui? ¿A alguien que viene a robarle a mi abuelo su razón para levantarse por las mañanas? ¡Imposible! ¡Tengo que haberlo entendido mal!».

—Abuelito, es imposible que te refieras a que quieres que el Sr. Alfieri sea mi invitado en todas...

—Eso mismo —replicó con firmeza—. Mientras trabajamos para finalizar los detalles de la venta, llevarás al Sr. Alfieri a cualquier evento importante donde necesite ser visto. Se lo presentarás a todos tus amigos y conocidos, te asegurarás de que las familias adecuadas lo reciben como es debido y que le hacen sentir bienvenido. Si hay alguien que no acepta a Dylan, dímelo. —Rio entre dientes y alzó su copa con un saludo—. Pero te he visto en acción, cariño. Eres una fuerza de la naturaleza en sociedad. Nadie se atrevería a ignorar a Dylan una vez que lo hayas presentado tú.

Georgette se quedó boquiabierta mientras escuchaba a su abuelo. Lo quería con locura, con sus debilidades y todo, admiraba los éxitos de su vida y haría prácticamente cualquier cosa para ayudarle.

«¿Pero acompañar a este hombre?». Volvió a contemplar su cuerpo enorme y musculoso, sus hombros anchos, pelo negro como el ébano y ojos aún más oscuros. Aquellos ojos le enviaban un mensaje que simplemente se negaba a recibir; ¡era totalmente e inequívocamente inapropiado! ¿No veía su abuelo que ese hombre era un bárbaro? ¡Nunca le permitirían cruzar las puertas de las casas más exclusivas de su bonita ciudad!

Aclarándose la garganta, negó con la cabeza delicadamente.

—No creo que pueda...

—Tonterías —interrumpió su abuelo—. Si alguien puede hacer que esos insoportables idiotas estirados acepten al Sr. Alfieri entre ellos, ésa eres tú. Georgette, sabes que prácticamente reinas el mundo de sociedad por estos lares. —Se volvió hacia Dylan—. Sabe cómo darle la vuelta a la tortilla en nuestro círculo social para que los asuntos, los eventos y las flaquezas sean ventajosos para nosotros —le explicó Philip a Dylan—. Hace que la gente hable, averigua información, cosas que podrían resultar muy valiosas para tu negocio. —Sonrió

con verdadera admiración a su nieta—. Y casi todo el mundo que es importante quiere casarse con uno de sus vestidos. Así que nadie se mete con mi nieta.

Dylan alzó la copa en gesto de admiración por sus habilidades.

—Me adheriré a tu conocimiento superior de la sociedad de Nueva Orleans. —Dylan ya tenía sus contactos situados. No había duda de que adquiriría las propiedades que necesitaba. Cuando entraba en una aventura empresarial, apilaba la baraja para salir ganando. Pero también sabía que había muchas maneras de entrar en los círculos cerrados donde se cerraban los acuerdos de negocios, así que, ¿por qué luchar contra el sistema cuando Philip le ofrecía una entrada en escena sencilla, efectiva y, sin duda, excitante al mundo de sociedad y de los negocios? Tal vez no necesitara la ayuda del hombre, pero decididamente apreciaría el tierno apoyo de la mujer.

—La cena está servida, señora —dijo el mayordomo con una leve reverencia.

Georgette miró fijamente a Fred, preguntándose si había perdido la cabeza. «¿La cena? ¿Ahora? ¿Mi mundo se desmorona y está anunciando la cena?».

Después de varios momentos larguísimos durante los cuales Georgette se limitó a mirarlos de hito en hito, y después al mayordomo otra vez, Philip supo que no se había recuperado de su propuesta.

—¿Vamos, cariñito? —instó Philip, sin ablandarse a pesar de la evidente incomodidad de la joven. De hecho, ¡se estaba deleitando en su incomodidad! Ningún hombre le había calado hondo. ¡Eso era buena señal! ¡Una muy buena señal, de hecho!

Ella miró a su abuelo, que permanecía de pie junto a su sillón, ofreciéndole el brazo para acompañarla hasta la cena. Miró su brazo, después su gesto, y supo que estaba tramando algo. ¡Había maldad en esos ojos centelleantes!

Con un pequeño suspiro, forzó una sonrisa y aceptó el brazo de su abuelo.

—Sí, Abuelito. Vamos a cenar —dijo, estrechando los ojos mientras su mente volvía a trabajar.

Dylan entró detrás de ellos, admirando el trasero perfectamente redondo revestido de la seda fina de su vestido negro. «No me importa ser el último siempre y cuando tenga esta vista», pensó mientras seguía con la mirada el suave vaivén de sus caderas.

—Sr. Alfieri —empezó a decir Georgette, pero al darse la vuelta ¡pilló a

ese tipo horrible mirándole el pompis! Fuera lo que fuera lo que hubiera estado a punto de decir se perdió mientras fulminaba al hombre con la mirada. ¡Nunca se había visto sometida a semejante comportamiento despreciable! Pero, cuando entrecerró los ojos, mostrándole su enfado, la sonrisa de Dylan se ensanchó. ¡Y después le guiñó el ojo! «¡De todas las cosas indignantes! ¡Estoy sin palabras!».

Volviéndole la espalda, continuó hacia el comedor, negándose a volver a reconocer la presencia del hombre. Tomó asiento, ignorándolo mientras le sostenía la silla. Su abuelo se sentó a la cabecera de una mesa muy elaborada mientras que el odioso yanqui se sentó enfrente de ella. Sabía que no se le permitiría ignorarlo durante toda la comida, pero se dio varios instantes para calmar los nervios lo suficiente mientras se colocaba la servilleta de tela sobre el regazo y asentía al servicio para que empezaran a servir la cena.

Cuando traían la sopa, decidió averiguar tanta información como pudiera sobre aquel hombre. La información era poder, como le había enseñado su abuelo.

—Sr. Alfieri, ¿de dónde es? ¿Originariamente?

—Mi familia vive en Virginia —explicó, tomando una cucharada de sopa.

—¿De verdad? —preguntó, incorporándose—. ¿En la zona norte de Virginia? ¿O más al sur?

Dylan sabía exactamente qué estaba preguntándole. El norte de Virginia era una zona mucho más urbana con población diversa de todo el mundo. Las pequeñas localidades fuera de la zona metropolitana tenían una cultura perceptiblemente diferente, con un estilo más sureño.

—Crecimos en una localidad pequeña en el centro de Virginia, pero pasé la mayor parte de los veranos en Milán. —Se rio ante su evidente decepción—. Lo siento.

Se recobró bien.

—No hace falta que se disculpe, Sr. Alfieri. —«Por lo menos es del centro de Virginia», pensó. «Ya es algo. Hace que sea un pelín sureño. Tal vez sus modales estén un poco... desaparecidos en combate esta noche».

—Bueno, ¿cuáles son los emocionantes eventos que se acercan próximamente? —Dylan preguntó y observó mientras la piel lechosa de Georgette se tornaba de un precioso tono rosado.

Sin embargo, ella fingió que no ocurría nada.

—Mañana por la noche hay un baile de gala en blanco y negro para recaudar fondos para la Sociedad Histórica. —Posó la cuchara con cuidado junto

a su cuenco de sopa—. ¿Supongo que su esmoquin no estará disponible con tan poca antelación?

Dylan por poco se echó a reír a carcajadas ante su gesto esperanzado.

—Puesto que está siendo tan generosa con su tiempo, me aseguraré de ir adecuadamente ataviado para el evento —replicó.

Georgette se esforzó mucho para ocultar su estallido de irritación ante aquella respuesta. Había esperado sinceramente tener una tregua de al menos una noche, quizá más. Era difícil conseguir un buen esmoquin con poca antelación. Esas cosas tenían que hacerse a medida para tener el más mínimo estilo. «¡Ay, supongo que tendré que conformarme con un acompañante desmañado con un esmoquin mediocre».

Echando a un lado su frustración, pasó a discutir varias fiestas y eventos caritativos que iban a producirse durante las semanas siguientes, explicando las personas que habría allí y por qué podría resultarle beneficioso conocer a cada una de ellas. Dylan estaba impresionado con su conocimiento del ambiente empresarial y de cómo todas las compañías estaban conectadas unas con otras, además de cómo estaban interconectadas las familias. El plato de ensalada llegó y se fue, y el entrante estaba delicioso. Durante toda la cena, Georgette fue capaz de mantener una conversación esquivando cualquier tema controvertido. Estaba muy impresionado con su gracia social y su desenvoltura. Era *sexy* a más no poder, inteligente, bien versada en casi cualquier tema, y guapa.

Le encantaba su pelo. El color rojizo brillaba como estrellas a la luz de las velas, y había un ricillo que bailaba sobre su frente constantemente. Ella volvía a colocárselo, pero cuando se encendía por algo o estaba a punto de poner a Dylan en su sitio, el rizo volvía a escaparse hacia delante. Era como si aquel rizo se hubiera convertido en un barómetro de su estado anímico. Cuando se obligaba a calmarse, el rizo permanecía en su sitio con el resto de sus preciosos mechones rojizos. Pero cuando decía algo para fastidiarla o ella tenía una buena ocurrencia, se disparaba hacia delante, dándole un aviso de que estaba a punto de liberar ese temperamento vivaz que intentaba ocultar de manera tan valiente.

Mientras servía el postre, el mayordomo susurró algo al oído de Philip y él asintió.

—Lo siento, pero ¿me disculpáis? Ha surgido algo urgente de lo que necesito ocuparme.

Dylan no pudo sofocar la risa al ver el horror de Georgette al quedarse sola con un hombre al que obviamente despreciaba. El rizo volvió a plantarse en su frente, dándole un amplio aviso de que estaba prácticamente vibrando de

nervios en ese momento. Cuando la puerta se cerró detrás del anciano, Dylan esperó a que su atención volviera a él. Pero no lo miraba; prefería mirar fijamente el postre elaborado que habían puesto enfrente de ella. No cogió su tenedor. No introdujo otro tema de conversación. Solo había silencio y una quietud casi atroz en sus preciosos rasgos blanquecinos.

—No muerdo —dijo Dylan finalmente, observándola con interés y apreciando su piel sedosa y su elegante cuello.

Georgette le lanzó una mirada.

—No creía que... —y se detuvo—. Oh. Estabas bromeando —suspiró. Por fin cogió su tenedor y jugó con la comida en el delicado plato de porcelana.

Dylan se levantó y rodeó la mesa para cogerle la mano suavemente pero con firmeza. Ella se resistió, pero él era incansable.

—¿Qué crees que haces? —inquirió ella mientras intentaba apartar la mano, pero él la mantuvo entre las suyas, negándose a cesar en su empeño.

La levantó y permaneció de pie junto a ella, sujetándole las manos.

—Hemos empezado con mal pie —le dijo en voz baja, mirando a sus expresivos ojos color miel—. Lo siento.

Ella se movió nerviosamente, incómoda con el tema y sin querer admitir nada de aquella tarde. Alzando la barbilla un poco más, forzó una sonrisa.

—¿Por qué? —preguntó fingiendo que no había pasado nada. Reconocer la grosería únicamente haría que se sintiera más avergonzada.

Dylan sonrió ante su resistencia a cualquier cosa que resultara incómoda. «Es una verdadera belleza sureña», pensó con creciente admiración.

—Por apreciar una belleza que es casi pecaminosamente tentadora —contestó—. Por mirar todos tus encantos mientras tu abuelo estaba presente. Por mirar tu increíblemente bonita... —iba a decir «boca», pero ella le tapó la boca con un golpecito, impidiéndole continuar.

Aquellos ojos miel se encendieron y Dylan supo al instante que se había tomado mal su disculpa. «Aunque puede que no fuera la mejor disculpa», pensó con diversión.

—No me he dado cuenta de que estuviera mirando mi posadera, Sr. Alfieri. Y si dice que lo estaba haciendo, entonces no es un caballero. Y un caballero es la única clase de hombre a la que permito acompañarme a eventos. Así que... —apartó una mano temblorosa, inspiró hondo y sacudió la cabeza ligeramente. Entonces, Georgette volvió a sonreír, forzando su rostro a volver a poner lo que ella esperaba que fuera un gesto sereno. Después se colocó el rizo errante en el peinado y se envolvió en toda su dignidad como si ésta fuera una

capa protectora, aislante—. Pasemos página, ¿le parece? Tenemos muchas veladas por delante en compañía del otro. Deberíamos mantener la cabeza despejada, y le ayudaré a conseguir sus objetivos rápidamente y con total prontitud.

Dylan pensó en contradecir su orden, en ofrecerle su propia versión de lo que pasaba entre ellos. Pero la mirada en sus ojos le decía que estaba de los nervios. Si la presionaba demasiado, tal vez... bueno, no estaba seguro de qué podría hacer.

«Tal vez sea buena idea presionarla. Me gustaría mucho ver qué ocurriría si la llevara al límite».

Aclarándose la garganta, echó a un lado esa idea. Las fantasías eróticas no conducían a que ella se sintiera más cómoda. Y sospechaba que tendría que asegurarle que sus intenciones eran buenas antes de aclarar que los instintos de Georgette hacia él habían dado en el blanco. «Sí, la llevaré al límite. Justo hasta el éxtasis. Una y otra vez, pero tengo que tener cuidado con ella». Era más delicada que otras mujeres que conocía. Pero también sospechaba que era más fuerte de lo que parecía. Una excitante mezcla de elegancia, fuerza, amabilidad, dignidad y finura en uno, envuelta en un seductor paquete de feminidad.

—Como quieras —le dijo, aunque tenía otros planes. El primero de ellos era apaciguarla para que se sintiera más cómoda con él. La deseaba. No tenía duda de que serían amantes. ¿Y qué más había? Sentía que ella también lo deseaba.

¡Iba a ser una visita interesante a aquella graciosa ciudad sureña!

CAPÍTULO 2

A la tarde siguiente, Georgette contuvo la respiración mientras Dylan Alfieri se acercaba hasta su puerta. Observándolo desde la ventana de su salón formal, lo que su abuelo llamaba «la sala», hizo que todas sus hormonas femeninas se pusieran a cien. «¡Es altísimo! ¡Qué planta tan increíble! No puedo creer que este hombre sea real». Dylan Alfieri era la clase de hombre que uno veía en una pantalla de cine después de que la película hubiera sido editada y los músculos, los hombros y demás hubieran sido aumentados y retocados. «¿Cómo puede ser real este hombre?».

¿Y por qué había accedido a ser su acompañante? No se parecía en nada a los hombres con los que prefería salir. Charles, su novio, era bueno y considerado. ¡Nunca, jamás, la miraría de manera inapropiada! Y aquel hombre lo había hecho en su primer encuentro. Ni siquiera había intentado convencerla de que podría ser un caballero.

Sonó el timbre y Georgette tragó saliva al volverse a mirar la inadecuada pieza de madera que la separaba del hombre, que la aterraba de la cabeza a los pies por las extrañas e inoportunas ideas que se le venían a la cabeza cuando lo miraba. Por desgracia, no iba a librarse de la velada.

Inspirando profundamente, caminó con cautela hasta la puerta delantera, rezando por no tropezar con aquellos zapatos. Llevaba unos tacones un poco más altos de lo que acostumbraba, esperando que un pelín de altura le diera autoconfianza. Ya le dolían los pies y rezaba para no arrepentirse de aquel tonto deje de vanidad.

Al abrir la puerta, empezó a emitir un saludo, pero las palabras se quedaron heladas en sus labios cuando contempló al hombre alto y guapo. Lo había visto andando hasta su puerta, de modo que no había absolutamente ninguna razón por la que debiera afectarla de aquel modo. Pero había una diferencia significativa entre Dylan desde la distancia y Dylan de cerca. Un diferencia enorme, sin segundas. ¡O tal vez en ese caso si que debiera ir con segundas, porque el hombre era realmente alto y grande!

—Estás increíble —dijo él con voz melosa. «La mirada en esos ojos haría que la miel bullera», pensó.

Alisándose la seda blanca y negra de su vestido, respiró hondo, intentando ordenar sus ideas.

—Gracias —contestó obligando a sus labios a moverse, a formar las

palabras. Tuvo que concentrarse, porque era difícil apartar la mente de la vista impresionante de sus hombros cubiertos por aquel esmoquin immaculado—. No tenías que salir a comprar un traje para esta noche, ¿verdad? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta. Aquel esmoquin estaba hecho a medida para él. Las líneas, perfectas; el tejido y el corte excelentes decían a gritos que estaba hecho a mano.

Su risa grave hizo que sintiera por todo el cuerpo una oleada de algo que le daba miedo definir.

—Pareces decepcionada —dijo en voz alta. Pero la decepción no había sido su reacción inicial. El cuerpo de Dylan seguía reaccionando a la mirada de deseo que le había lanzado un momento después de abrirle la puerta.

«O puede que mi cuerpo esté endureciéndose por el increíble vestido que lleva. No es que sea atrevido. Se supone que los paneles blancos en la parte delantera con rayas negras a los lados hacen parecer más delgada la figura de una mujer, pero en ella sólo sirven para acentuar sus curvas y mostrar esos pechos turgentes y su cinturita de avispa».

—Pareces un poco más alta esta noche —dijo intentando encontrar algo con lo que hacer que se sintiera cómoda, además de para centrarse en algo más que en lo deliciosos que se veían sus pechos en ese vestido, para que su cuerpo se calmara.

—Tal vez me juzgaras mal ayer —dijo ocultando el rubor que sentía bañándole el cuello y las mejillas.

Dylan le ofreció el brazo, intentando ocultar su diversión y su deseo.

—Dudo haber entendido mal nada de anoche. ¿Tacones altos? —sugirió. Casi se echó a reír a carcajadas cuando ella apoyó únicamente las yemas de los dedos en su brazo, no atreviéndose a tocar nada más.

—¿Te pongo nerviosa, Georgette? —preguntó mientras la acompañaba hasta la limusina, sosteniéndole la puerta trasera mientras ella se deslizaba sobre el lujoso asiento de cuero.

—Por supuesto que no —afirmó ella, mirando para otro lado y alisándose el vestido por encima de las rodillas—. No sé por qué ibas a pensar eso. No siento nada por ti de ninguna manera. Eres un encargo de mi abuelo, nada más.

Él volvió a reírse, dándole la mano mientras se sentaba junto a ella.

—Ah, ahora sí que me estás retando.

Los ojos de ella se lanzaron en picado sobre los suyos al tiempo que ella intentaba retirar los dedos.

—¡No lo desafío, caballero! —replicó ella; la pronunciación lenta del Sur

hacía que la exclamación sonara mucho más indignada.

—Claro que sí. Has dicho que no sientes nada por mí y, sin embargo, incluso ahora estás temblando porque te estoy dando la mano.

Ella dio un resoplido de disgusto y volvió la cabeza al frente, negándose a mirarlo.

—Solo tiemblo porque hace frío en este vehículo. No por tu roce.

—Ya veo —respondió Dylan. Acercándose más, le dijo al oído con una voz grave que hizo que se le agitara el estómago—: ¿Te imaginas cómo temblarás cuando te toque algo más que la mano?

Ella subió la mirada hacia él, buscando los ojos de Dylan con sus luceros de miel; miedo y algo mucho más intenso hizo que bajara la mirada de sus ojos a sus labios. Por desgracia, su mente se preguntaba cómo sería que la besara.

Cuando aquella idea tomó forma en su mente, se echó atrás de golpe. No quería seguir pensando en aquella posibilidad.

—No habrá nada más que un contacto informal y cortés entre nosotros, Sr. Alfieri. —Se movió un poco hacia el lado, poniendo distancia entre ella y el cuerpo extremadamente alto y musculoso de Dylan.

—Ah.

Ella volvió a fulminarlo con la mirada; no le había gustado nada el sonido de ese «ah».

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —inquirió.

Él se encogió de hombros y le guiñó un ojo a su rostro indignado, llevándose su mano más abajo sobre el muslo.

—Otro reto. Acepto.

Ella ahogó un sofoco, tanto por sus palabras como por el muslo fuerte y musculoso que estaba obligándole a palpar porque no quería darle nada de espacio. ¡Y se sentía tan rico!

—¡De verdad puedes considerar todo lo que digo como un reto! Es ridículo. —Estaba nerviosa porque sentía una profunda determinación en aquel hombre. No le gustaba que le dijera lo que tenía que hacer, ni que le devolviera sus palabras. En absoluto. Estaba jugando con fuego y temía quemarse. Estaba aterrorizada, de hecho. Sin embargo, parecía ser incapaz de parar al mismo tiempo. Las palabras parecían escapársele incluso cuando intentaba con todas sus fuerzas permanecer distante e indiferente.

—Creo que eres un reto encantador —replicó él—. Y yo nunca abandono un desafío.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿De modo que no solo te enojan mis palabras, sino que todo mi ser lo hace?

Dylan rio por lo bajo.

—Nunca llamaría «enojo» a lo que siento por ti. —Se acercó un poco más—. ¿Quieres que describa lo que siento?

—¡No! —jadeó ella echándose ligeramente atrás. De repente se percató de dónde tenía la mano, aún sobre el muslo de Dylan, lo bastante alta como para que el roce pudiera calificarse de *íntimo*. No solo eso, sino que además le estaba apretando el muslo como si estuviera interesada.

Pasó un largo instante mirándose la mano, mientras su mente le decía que la apartara y su cuerpo reaccionaba de manera completamente distinta.

—No muevas la mano —ordenó él, apoyando la suya con firmeza sobre la de Georgette—. Me gusta justo ahí.

Ella sacudió la cabeza, intentando escurrir los dedos de debajo de la mano de Dylan.

—Esto está mal. Estoy saliendo con alguien.

Un fuego extraño y repentino, distinto al de hacía un momento, se encendió en ojos de Dylan.

—Rompe con él —le dijo con una explosión de ira rara e inesperada.

Georgette se echó atrás, aliviada cuando le liberó la mano.

—No voy a hacerlo. Charles y yo llevamos varios meses saliendo. Somos muy compatibles. —Aquello era terreno más seguro. Entendía a Charles y podía hablar educadamente con él, incluso mientras aquella... persona poco caballerosa la acompañara a la gala.

—¿De qué manera? —preguntó Dylan, reprimiendo con brutalidad su instinto de luchar por ella. El hombre no estaba allí, pero al menos Dylan pudo contener la furia lo bastante como para poder pensar. La táctica en la batalla siempre había sido uno de sus puntos fuertes.

Georgette se encogió de hombros.

—De todas las maneras. Él y yo compartimos los mismos intereses, opiniones, amigos y simplemente estamos de acuerdo en muchísimas cosas. Es un hombre muy bueno y amable. Me respeta y nunca se acercaría a mí ni me trataría del modo en que llevas haciéndolo tú durante las dos últimas noches. —Aquel comentario debería haberlo puesto en su sitio e intimidado. Pero la mira satisfecha en sus ojos le decía a Georgette que había fracasado miserablemente.

Toda la rabia que tensaba el cuerpo de Dylan se liberó de repente.

—Parece un petardo. Tendrás que librarte de él.

Georgette se quedó boquiabierta, atónita de que sugiriera tal cosa.

—¡Desde luego que no voy a hacerlo! —se suponía que Dylan tenía que recular, que respetar el hecho de que estaba saliendo con un hombre con el que podría casarse. ¿No había dejado bastante implícita aquella posibilidad? ¿Cómo podía despachar a Charles tan fácilmente? Dylan no tenía ningún sentido. ¡No seguía las reglas!

Dylan se reclinó sobre el asiento, con una mirada engreída en el rostro.

—Está bien. De todas formas, te aburrirás de él bastante pronto. No puede hacerte sentir ni una fracción de lo que hago yo, así que lo dejarás. Te doy una semana.

Georgette prácticamente se atragantaba con la frustración y la rabia. ¡Como se atrevía a sugerir tal cosa!

—Ya estamos aquí —dijo Dylan, interrumpiendo la diatriba que estaba a punto de escapársele a Georgette. Miró rápidamente por la ventana y vio que tenía razón. La limusina acababa de aparcar fuera del hotel donde se celebraría el baile en blanco y negro.

Pues que un portero sonriente le abrió la puerta eficientemente, Georgette tuvo que reprimir su enfado y pegarse una sonrisa cortés en la cara. Dylan salió primero; después le ofreció la mano para ayudarla. Georgette miró la mano fijamente, después al hombre, preguntándose cómo podía ignorar su ayuda educadamente. Después de todo, le habían inculcado modales con tanta firmeza que le dio la mano suavemente.

Dylan se sorprendió de que aceptara su ayuda. Sabía que la había provocado de veras hacía un momento, pero sentía una oleada de alivio de que estuviera saliendo con un espécimen de hombre tan respetable y tan tediosamente aburrido. Supo de manera instintiva que Georgette no era el tipo de mujer que quería estar con un hombre que no la estimulase a muchos niveles, incluido el intelectual. Y no podía esperar a demostrárselo.

—¿He mencionado lo preciosa que estás? —preguntó mientras se colocaba su mano bajo el brazo, cubriéndola con la otra mano para que no pudiera alejarse. El resto del mundo también podía saber que aún no estaba unida al petardo de su novio.

Georgette lo ignoró y miró a su alrededor buscando a sus amigos; necesitaba escapar de su cercanía.

—Vamos por ahí —le dijo cuando divisó a un grupo de ellos en la esquina, junto a la orquesta que tocaba suavemente.

Cruzaron la sala y, por suerte, el salón de baile estaba lo bastante vacío

de momento como para poder moverse con facilidad. No seguiría así en una o dos horas. Aquellos eventos eran la manera de ver y dejarse ver en Nueva Orleans, y todo el mundo intentaba conseguir entradas para esas galas.

—Mark, Jennifer —dijo tan pronto como se acercó a un grupo de sus amigos. Todos ellos se volvieron y miraron, algunos sorprendidos y otros simplemente fingiendo una sonrisa cortés mientras intentaban descifrar por qué Georgette estaba allí con alguien que no fuera Charles, el hombre con el que llevaba saliendo varios meses.

Jennifer se inclinó y le dio un suave abrazo a Georgette.

—¡Hola! Ya era hora de que llegaras —rio—. Nos preguntábamos dónde has estado últimamente.

—Ha estado trabajando en sus diseños, cariño —dijo Mark, el marido de Jennifer, mientras se inclinaba hacia delante para darle un abrazo—. Estás fantástica —le dijo antes de dar un paso atrás y rodear a su mujer con el brazo.

Ambos miraron rápidamente a Dylan, que permanecía de pie ligeramente detrás de Georgette, aunque no era posible considerarlo un segundón. Era demasiado alto y extremadamente intimidante.

—Éste es Dylan Alfieri —explicó—. Lo acompañó durante unas cuantas veladas para presentarle a todo el mundo como favor a mi abuelo.

Con eso, Mark y Jennifer asintieron, con alivio y aún cierta confusión en el gesto.

Mindy Martin dio un paso al frente, tirando de su marido, Tom, que iba detrás de ella.

—¿Has dicho Dylan Alfieri? —preguntó con una sonrisa vivaz y alegre mirando el alto porte de Dylan—. ¡Madre mía, he leído muchísimo sobre ti! ¿De verdad construiste ese complejo en la ladera de las montañas en Colorado?

Dylan rio, tomando la mano de Mindy con la caballerosidad de antaño.

—Si te refieres a la Finca del Paso de la Montaña, sí. Lo construimos en el lateral de las rocas para reforzar la estabilidad de las casas.

Tom estrechó la mano de Dylan.

—Oí que fue una de tus comunidades de más éxito. ¿A quién se le ocurrió la idea?

Dylan, Tom y Mindy empezaron a hablar de trabajo porque tanto Tom como Mindy eran arquitectos. Jennifer y Mark se echaron un poco atrás, observando a los otros tres.

—¿De dónde lo has sacado y por qué no me dijiste que traías un bomboncito así esta noche? —preguntó Jennifer ignorando el golpecito burlón

de su marido—. Bah, como si no fueras a dejarme tirada si apareciera Cindy Crawford esta noche —bromeó con él. Georgette rio con la confirmación de Tom y Jennifer se volvió hacia ella—. Así que, desembucha. ¿Qué pasa? ¿Has dejado a Charles?

Georgette negó con la cabeza rápidamente; no quería que hubiera ninguna confusión con respecto a su relación con Dylan. Quería que todo el mundo comprendiera que ella y Dylan eran simplemente conocidos.

—Charles está fuera por trabajo. Y no, no hemos roto. Solo le estoy haciendo un favor a mi abuelo.

Jennifer observó a la mujer que conocía desde primaria, convencida de que Georgette se estaba engañando a sí misma. Y Jennifer sabía por qué.

—Un favor, ¿eh? Nunca he tenido que hacer favores con una pinta tan deliciosa. Tal vez hayas conocido por fin al hombre que puede hacer que cambies de opinión con respecto al matrimonio. —Y sus ojos volvieron a Dylan, que estaba cogiendo dos copas de champán de una bandeja y le dio una a Georgette mientras mantenía una conversación con Mindy y Tom. Los tres estaban en su salsa, discutiendo varios materiales de tensión, vigas voladizas y lo que fuera que estuvieran diciendo. «Es casi como un segundo idioma», se percató Georgette. Desde luego, él estaba en su elemento y tenía que reconocérselo. Puede que solo fuera el cerebro tras la financiación y la localización de los proyectos, pero se sabía su arquitectura. Mindy y Tom se aferraban a todo lo que decía, actuando como si fuera la Segunda Venida.

Jennifer observó a Georgette, que miraba al hombre fijamente, sintiendo como su excitación iba en aumento. Georgette nunca había mostrado tanto interés por ningún hombre.

Philip Charding se acercó al grupo, mirando a su alrededor a los diversos miembros. También se percató del interés de su nieta en Dylan Alfieri. Se sorprendió de que ni siquiera tratara de ocultarlo aquella noche.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —le preguntó Philip a Jennifer en voz baja para que su nieta no lo oyera.

Jennifer se inclinó hacia él ocultando su respuesta tras la copa de champán.

—¿Me preguntas que cuánto tiempo lleva intentando fingir que no está absorbiendo cada palabra suya?

Philip se rio en bajo pero asintió mientras daba un sorbo a su propia bebida.

—Sí.

—Unos cinco minutos. Más de lo que ella y Charles han hablado el uno con el otro.

Philip gruñó.

—Ayer los dejé solos durante la cena —dijo con complicidad.

Los ojos de Jennifer se abrieron de par en par. Miró a su amiga y después al miembro más reciente del grupo.

—Viejo zorro astuto... —susurró con diversión y admiración—. Así que todo esto...

Philip asintió.

—¿Vas a ayudarme, querida?

Jennifer pensó en ello durante tal vez una milésima de segundo.

—Me apunto —contestó haciendo chin-chin con su copa y la del abuelo de Georgette—. No le gusta mucho. —Pensó en decirle a Philip cuánto había influido en la opinión de su nieta sobre el matrimonio y las relaciones, pero puesto que Philip estaba trabajando para resolver ese asunto, pensó que sería mejor dejarlo. Si Georgette quería discutir la vida amorosa de su abuelo, lo haría ella misma. Jennifer solo era su amiga; el matrimonio era un asunto de familia.

Philip se encogió de hombros.

—No quiere a Charles. Es demasiado amable. Georgette necesita un poco más de chispa. Dylan le dará lo que necesita.

Jennifer observó a las dos personas. Dylan volvía la vista hacia Georgette cada pocos momentos, para asegurarse de que seguía allí. Georgette fingía desinterés, pero no se alejó de su círculo. Permaneció cerca; su lenguaje corporal decía a gritos que estaba bastante interesada en el hombre.

—Desde luego, tiene toda su atención.

Los dos conspiradores se alejaron porque no querían que los pillaran con las manos en la masa, pero permanecieron cerca, observando y pensando más formas de acercar a los dos individuos.

Más tarde, aquella noche, Jennifer le preguntó a Georgette si le habían entregado los nuevos tejidos. Pero cuando Georgette no respondió, miró a su amiga. Después siguió su línea de visión hasta donde estaba mirando, y casi se echó a reír cuando divisó a Dylan a unos metros de distancia.

—¿¡Hola!?! —llamó Jennifer a su mejor amiga, haciendo aspavientos con la mano frente a los ojos de Georgette.

Ésta se sorprendió ligeramente, parpadeando con rapidez y mirando a su amiga.

—¿Qué? —preguntó cuando Jennifer se limitó a devolverle la mirada a

Georgette con media sonrisa en la cara. Incluso Tom tenía cara de complicidad.

—¿Solo un favor? —volvió a preguntar Jennifer.

—Solo un favor. Charles volverá pronto y yo volveré a estar a su lado.

Jennifer miró incrédula a su amiga, después a Dylan, y después de vuelta a Georgette, que también miraba al hombre en cuestión.

—Ya —dijo guiñándole un ojo a Tom, que sonrió, de acuerdo con la evaluación de su mujer—. Entonces, ¿qué tal lo demás? —preguntó cambiando de tema pero ayudando a mantener a Georgette y a Dylan tan juntos como fuera posible.

Durante las tres horas siguientes, Georgette hizo exactamente lo que le había prometido a su abuelo que haría. Se movió por el salón de baile, presentando a Dylan a la gente, intentando decirle quiénes eran y por qué podrían ser importantes para él. Al cabo de esas tres horas, estaba exhausta de hablar y también de estar a su lado toda la noche. La presencia de Dylan no era relajante como podía serlo la de Charles. Tenía mucha energía y todo el mundo quería conocerlo. Tan pronto como alguien oía que estaba en el salón, la gente parecía arremolinarse en torno a ellos. Tuvo que mantenerlo en movimiento entre los diversos grupos o, de lo contrario, se encontrarían atrapados en alguna esquina.

Estaba a punto de conducirlo hasta otro grupo cuando la detuvo poniendo una mano en su brazo.

—Ya basta —dijo firmemente—. Vamos a bailar. —Con aquella declaración, la condujo hasta la pista de baile y la estrechó fuerte entre sus brazos, mirando sus mejillas sonrosadas.

—Esto no era parte del trato —dijo ella, apretando la mandíbula para luchar contra la necesidad de tocarlo. Tenía una sensación rarísima, o una necesidad, de rodearlo con los brazos, apoyar las manos sobre sus hombros increíblemente anchos o descubrir los músculos bajo la tela de su esmoquin.

«¿Estoy loca? ¿Por qué pienso esto? Dylan Alfieri es uno de esos tíos que puede metérseme por los poros de la piel y hacerme verdadero daño».

Echándose atrás, intentó recordar que Charles era el hombre para ella. Era la apuesta segura. Era el tipo de hombre con el que podría casarse. Charles era del tipo que, si la dejaba, no le haría daño. Si Charles tuviera una aventura, simplemente lo echaría de su vida. Sin problemas, un divorcio neutral donde dos personas deciden con calma y racionalmente que es hora de irse cada uno por su lado.

Dylan no era esa clase de tío. Ni de lejos.

Aclarándose la garganta, cerró los dedos en un puño y se obligó a relajarse e intentar fingir que no le ardía la piel donde la tocaba la mano de Dylan y que no podía oír los latidos de éste. Ni los suyos.

—¿En qué estas pensando? —preguntó él; su voz vibraba por el cuerpo de Georgette de la cabeza a los pies.

—Intento averiguar con quién tendrías que hablar después —le dijo, mirando el centro de su torso.

Dylan se rio en voz baja y se la arrimó más.

—Mentirosa. —Le dio la vuelta y la parte inferior de su cuerpo entró en contacto con la de Georgette. Ésta ahogó un sofoco. Dylan sintió que su cuerpo temblaba incluso más, pero se la acercó para tranquilizarla y para demostrarle que él también lo sentía.

—Ven a casa conmigo —le dijo al oído.

Georgette cerró los ojos, luchando contra la tentación de hacer exactamente lo que le pedía. «Oh, Dios, relajarme y deleitarme en sus caricias, averiguar cómo sería que me bese ese hombre». Charles la besaba, pero eran besos dulces, caballerosos. Georgette sospechaba que los besos de Dylan serían cualquier cosa menos dulces, y todo lo contrario de caballerosos. «Vaya, puede fingir una apariencia de amabilidad, pero ni siquiera le llega a flor de piel. Ese hombre está... mal».

Inspiró profundamente, estremeciéndose.

—No. No es una opción —dijo, recobrando las fuerzas con sus palabras y con su tono de voz. «Finge hasta lograrlo, ¿verdad?».

—Lo es si te permites disfrutar de lo que obviamente está pasando entre nosotros.

Se le entreabrió la boca ante aquellas palabras. «¿De verdad siente lo mismo? ¡No! Dylan no es el hombre para mí. Tengo a Charles. Charles es bueno para mí. Encaja en mi vida mucho mejor de lo que lo haría Dylan». Sacudió la cabeza y miró a su derecha, negándose a subir la mirada hacia él.

—Muchas gracias por la oferta, pero estoy bien. No sé de qué estás hablando.

Él se rio entre dientes y le dio otra vuelta, arrimándosela más, sintiendo y oyendo su sofoco ahogado.

—Eso no es...

—¿¡Georgie!?! —exclamó una voz a su izquierda.

Georgette se puso tensa y Dylan, sintiendo la tensión de su cuerpo, miró a su vez, intentando decidir si aquella voz era una amenaza. De repente se sentía

muy protector con aquella mujer. Y posesivo.

—¿Eres tú de verdad? —exclamó la voz.

Georgette y Dylan dejaron de bailar y miraron al hombre desgarbado en lo que sería un bonito esmoquin si se enderezase. Era casi tan alto como Dylan, pero llevaba los hombros y la espalda encorvados hacia delante, haciendo que pareciera muy bobo.

—¿Doug? —contestó ella con voz recelosa—. ¿Qué tal estás? —preguntó.

—¿Eso es todo lo que recibo? —preguntó el recién llegado, riéndose y enseñando todos los dientes, muchos de los cuales seguían torcidos a pesar de cuatro años de ortodoncia durante el instituto—. ¡Ven aquí! —y un momento después, Georgette estaba envuelta en los brazos extremadamente largos del hombre.

Georgette aceptó el abrazo, pero miró a Dylan, pidiéndole ayuda en silencio. Cosa que éste ignoró subiendo las cejas con cara de diversión.

—¿Te importaría presentarme a tu amigo, Georgie? —preguntó, utilizando un sobrenombre que obviamente detestaba.

—No... —empezó a decir, pero Doug no estaba listo para rendirse todavía.

—¡Baila conmigo! —ordenó tomando su mano—. No te importa, ¿verdad? —le preguntó a Dylan—. Somos viejos amigos del instituto y esto será una vuelta rápida a la pista.

Dylan miró a Georgette, que negaba con la cabeza intentando escapar educadamente del agarre de Doug.

—Doug, ¿por qué no tomamos algo y nos ponemos al día? Me encantaría oír qué tal tu...

—He estado practicando —explicó como si respondiera a sus miedos tácitos.

Georgette se volvió una vez más con mirada suplicante hacia Dylan, pero éste se limitó a coger una copa de champán y a alzarla en el aire como saludo.

—Pásatelo bien —dijo, más a Doug que a Georgette, que obviamente no iba a disfrutar de aquello en lo más mínimo.

Casi se echó a reír cuando Doug la condujo a la pista de baile, dándole pisotones incluso antes de estrecharla entre sus brazos. Dylan se rio entre dientes cuando captó la fulminante mirada de Georgette un momento antes de que Doug la estrechase entre sus brazos. Y después estaban girando por la pista de baile como si aquello fuera un vals, en lugar de una balada tranquila en compás de

cuatro por cuatro.

Apoyando un hombro contra la pared, vio cómo Doug los hacía girar por la pista mientras los otros bailarines se apartaban rápidamente de su camino porque la pareja de Georgette no parecía estar intentando evitarlos. Dylan sospechaba que Doug consideraba que bailar era una competición: cuanto más rápido se moviera uno, mejor.

Después de un baile, Georgette ya estaba dispuesta a salir de la pista. Le ardía la cara de vergüenza porque Doug había chocado contra varias parejas y ella apenas podía seguirle el paso. Eso por no decir que iba a destiempo y que era difícil adivinar qué música bailaba. «¡Desde luego, no era la de la banda que estaba tocando!».

—Ha sido divertido —dijo Doug, dando profundas bocanadas de aire—. Vamos a hacerlo otra vez, ¿te parece?

Georgette alzó una mano, negando con la cabeza.

—¡No! Creo que ya he bailado bastante por una noche —dijo. Mirando alrededor, sus ojos buscaron a Dylan automáticamente, pero no lo vio de inmediato. «¿Dónde puede estar?».

Sacudiendo la cabeza, se volvió hacia Doug.

—Vamos a tomar algo y me cuentas qué has estado haciendo durante los últimos años. —Se apartaron a un lado de la pista, que se había quedado vacía durante sus penosos esfuerzos y colisiones. Cuando todo el mundo se percató de que aquellos dos no iban a bailar la siguiente pieza, casi se oyó un suspiro de alivio general.

Georgette lo condujo hacia una de las mesas y sonrió en señal de agradecimiento cuando un camarero llegó con una bandeja de champán. Cogió dos y le dio uno a Doug.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó. Mientras Doug le hablaba de cómo había aprendido a volar y a montar a caballo, sus ojos seguían extraviándose. Se dijo que sólo estaba mirando alrededor para ver quién estaba allí. Pero en lo más profundo, sabía que estaba buscando a Dylan. Y lo que era peor, estaba enojada de no poder encontrarlo.

«Probablemente sea lo mejor», dijo dando un sorbo al espumoso, que en realidad no quería beber. Estaba hambrienta y cansada, y tenía los dedos de los pies embutidos en aquellos zapatos, por no decir aplastados tras los intentos de baile de Doug. Lo único que quería era irse a casa y acurrucarse en el sofá con un gran cuenco de helado. «¿Me queda algo de ese sirope de chocolate? Hum... Estaría riquísimo con el helado», pensó. «¿Y nata montada? ¡Oh, tengo nata de

la que usé en la última cena!». Podía hacer nata montada.

En ese preciso instante, sus ojos se cruzaron con los de Dylan. Y aquel fue el final de su fantasía de helado. Se metamorfoseó rápidamente en un capricho de «Dylan», sirope de chocolate y nata montada incluidos. La idea de utilizar sirope de chocolate en él, de saborearlo...

—¿En qué estás pensando? —preguntó Doug justo cuando Dylan llegó hasta ellos.

Georgette se salió rápidamente de aquella fantasía en particular, agachando la cabeza con la esperanza de que Dylan no viera que se estaba poniendo colorada.

—¡Estás ruborizándote! —exclamó Doug. Inclinandose hacia delante, dijo—: Me deseas, ¿verdad?

Georgette reuló, mirando de hito en hito la expresión impaciente de Doug y la divertida de Dylan.

—¿Qué? —Volvió a mirarlo una vez más—. ¡No!

Doug se puso de pie con media sonrisa.

—Siempre hubo algo entre nosotros —le dijo a Dylan—. Me quiere por mi inteligencia.

Georgette se rio y le dio una palmadita en el hombro.

—Doug, eres graciosísimo —dijo, dando por hecho que estaba de broma con ella. Entonces, el deseo en ojos de Dylan captó su atención y la mano se le quedó helada. Dylan era un animal completamente distinto de Doug. «Tal vez los dos sean hombres, los dos tengan testosterona fluyendo por sus cuerpos, pero ese es el fin de la comparación. Doug es simpático y un empollón, dulce y fácil de manejar. ¡Dylan no lo es!».

Dylan constituía una clase por sí mismo en lo que respectaba a la población masculina. «No creo que sea demasiado simpático. ¿Y un empollón? No hay ni un ápice de empollón en su cuerpo, aunque sospecho que es extremadamente inteligente. En cuanto a lo de fácil de manejar, ¡ese hombre es una bestia!». Se estremeció, pensando en él mordiéndola. Y en el hecho de que podría gustarle.

Sacándose esa posibilidad de la cabeza, dio un paso atrás cuando Doug avanzó hacia ella, acercándose a Dylan inconscientemente. Ella no se dio cuenta de sus acciones, pero Dylan sí, y no le importó. «Ni un poco», pensó mientras le rodeaba la cintura posesivamente. Doug no pasó por alto el detalle y de repente parecía un cachorro perdido.

—Doug, ha sido genial volver a verte —dijo ella, estirándose para darle

un beso en la mejilla—. Sé que Dylan tiene una reunión mañana temprano, así que será mejor que lo lleve de vuelta al hotel para que pueda tener un sueño reparador. —Rio entre dientes cuando las cejas negras de Dylan subieron en respuesta pero, por suerte, no contradijo su historia.

Lo que hizo fue probablemente peor. Cuando se volvió hacia él, le guiñó un ojo mientras le rodeaba la cintura con el brazo. Por debajo de la cintura. Muy por debajo en su opinión.

—Tengo tu mano en el culo —susurró, como si él no lo supiera.

Dylan se la acercó más.

—No. Está abajo, pero decididamente no la tienes en el culo. Sabrás cuando te ponga la mano en el culo porque habré hecho mucho más antes de llegar a esa parte de tu cuerpo.

No se le ocurría ninguna respuesta lo bastante mordaz, sobre todo cuando su mano parecía una antorcha caliente. Todo lo que consiguió proferir fue:

—Nunca vas a...

—No te engañes, Georgie —la interrumpió utilizando el odiado sobrenombre—. Nos acostaremos juntos. Es inevitable. Hay demasiada química entre nosotros.

Se volvió y empezó a salir de la gala, desesperada de repente por respirar un poco de aire fresco. También intentó adelantarlo, pero no la dejaba. Cuando intentó escurrirse entre los invitados, se limitó a tirar de ella hacia él y siguieron caminando juntos entre la multitud.

—No me doblego a las necesidades de mi cuerpo —dijo Georgette cuando por fin abandonaban el edificio. La noche era más fresca de lo que había previsto y se envolvió los hombros desnudos con los brazos.

Dylan se percató de que estaba tiritando e inmediatamente se quitó la chaqueta y se la puso suavemente sobre los hombros. Entonces se colocó frente a ella cogiendo las solapas y se la acercó más.

—No solo vamos a ser amantes —dijo mientras se inclinaba para besarla en los labios rígidos—, sino que además va a ser increíble cuando suceda. —Y volvió a besarla. Aquella vez, los labios de Georgette ya no estaban tan rígidos, pero seguía atónita de que fuera capaz de hacer algo tan indignante.

Cuando Dylan se echó atrás, ella se sintió casi... ¿decepcionada? «Eso es ridículo. No estoy aquí en una cita con él. Esto no es una relación romántica, le estoy haciendo un favor a mi abuelo. Decididamente, ¡no quiero que me bese Dylan!».

Miró a su alrededor, penosamente consciente de los demás que podrían

estar dando una vuelta por allí. Pero era pronto, así que básicamente estaban solos.

Dylan captó su mirada y volvió a rodearla con el brazo, por debajo de su enorme chaqueta.

—No te preocupes. Nadie nos ha visto.

Ella empezó a echarse atrás, pero su calorcito era algo más que agradable. Era realmente maravilloso. Sin embargo, no iba a rendirse a nada más que a su calor.

—No había un «nosotros» hace un momento. Sólo has sido tú aprovechándote de mi sorpresa.

El coche de Dylan se detuvo delante de ellos en ese momento, pero éste hizo una pausa para mirarla. Georgette no estaba segura de qué quería decir aquella mirada, pero se le tensó el estómago a la expectativa.

—¿Otro desafío, querida? —Sonrió, lentamente, atractivo—. Sigues lanzándomelos, retándome a que los acepte.

Su conductor estaba justo allí, sosteniendo la puerta pacientemente. Georgette no estaba segura de cómo reaccionar, de modo que agachó la cabeza para sentarse en la parte trasera, acomodándose sobre el asiento tan lejos de él como pudo.

Dylan entró justo después de ella, pero su gran tamaño ocupaba demasiado sitio. Y se sentó demasiado cerca de ella.

—Así que te gusta Doug, ¿eh? —preguntó, conocedor de la respuesta.

—¿Qué? —le lanzó una mirada, sorprendida ante aquella pregunta—. ¡No! Doug es solo un amigo.

—Entonces, ¿qué clase de tío te interesa? Aparte de mí, por supuesto.

Ella se encogió de hombros, incómoda con aquel tema de conversación.

—¿Acaso importa? Tú no eres el...

No tenía ni idea de cómo acabó en su regazo. Pero antes de poder protestar por la postura, la boca de Dylan cubría la suya. Aquel tampoco era un beso ligero y amable. Aquel era un beso intenso, exigente, que le derritió las entrañas. Las manos de Georgette se aferraban al cuello de Dylan, que la empujó hacia atrás con la intensidad del beso sin que ella tuviera oportunidad de detenerlo. Antes de que se le ocurriera la idea de que debería pararle los pies, sus manos ya se extendían hacia arriba mientras sus dedos exploraban tentativamente la piel caliente de su cuello. Después pasaron a su pelo, agarrando los suaves mechones como si fueran un clavo ardiendo en aquel caótico episodio.

Dylan levantó la cabeza para mirarla y su mente reconoció la mirada aturdida en sus ojos porque él se sentía exactamente de la misma manera.

—¿Qué decías? —preguntó deslizando la mano por su cintura hasta detenerse justo debajo de sus pechos.

—Helado —susurró ella, completamente concentrada en la mano, que deseaba desesperadamente que Dylan moviera un poco más arriba. Sinceramente, no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, solo de que su beso y su mano habían encendido algo que no entendía en su interior. De hecho, en ese preciso instante, no entendía nada. Solo quería que su maldita mano se moviera un poco más arriba.

Pensó en cambiar de postura, pero no estaba segura de qué ni de cómo tenía que hacerlo. Estaba totalmente perdida.

Dylan oyó sus palabras y parpadeó, perplejo.

—¿Quieres helado?

—Sirope de chocolate y nata montada —dijo ella con labios rígidos, pidiéndole con los ojos que moviera ¡esa maldita mano!

Él rio por lo bajo, pero se inclinó y volvió a besarla, más lento esta vez, más concienzudamente.

—Entonces tendrás helado —le dijo mientras le daba mordisquitos en la mandíbula. La levantó, sosteniéndola sobre su regazo mientras presionaba un botón.

—Jimmy, necesitamos una heladería. ¿Puedes encontrar alguna abierta a estas horas?

—Desde luego, Sr. Alfieri. Hay una a cinco minutos.

—Excelente —respondió cerrando la ventana de nuevo—. Me complace cumplir todos tus deseos —le dijo mirando fijamente su gesto indignado—. ¿Pasa algo?

Georgette, avergonzada, intentó quitarse de su regazo, pero Dylan puso una mano a cada lado de sus caderas para mantenerla en el mismo sitio.

—En absoluto. — Intentó sentarse con remilgo, como si no se sintiera afectada por las fuertes piernas justo debajo de su trasero, pero aquello era más difícil de fingir de lo que esperaba—. Puedo sentarme en el asiento —dijo altanera, pero se perdió el efecto cuando casi gimió de necesidad acuciante al flexionarse los músculos de Dylan. De hecho, extendió el brazo y le apretó la rodilla con la mano mientras con la otra se agarraba a su hombro, intentando contenerse de arrojarse sobre él.

—Me gusta que estés justo aquí —y, así, la mano de Dylan pasó a su

trasero, deslizándose por la curva que no estaba apretada contra sus muslos. Ella se retorció, pero aquello solo añadió más fricción a la maraña de sensaciones que zumbaban en torno a ella.

—Déjame bajar —susurró con vehemencia, pero sus ojos la delataban. Sus ojos le decían lo contrario de sus palabras, y las manos de Dylan se desplazaron de arriba abajo por su muslo, sintiendo que el cuerpo de Georgette se relajaba mientras ella luchaba para no responder a su roce.

—Ya estamos aquí. —Casi se echó a reír cuando se sobresaltó, sorprendida.

Georgette miró a su alrededor; no estaba segura de dónde era «aquí». Cuando pudo enfocar más allá de la neblina sexual, divisó las luces brillantes de una heladería.

—¿Helado? —dijo con voz aguda—. ¿Por qué estamos aquí? —Pero ya estaba bajando de su regazo, impaciente por devorar unas diez bolas de helado. Con caramelo. Y sirope de fresa.

«¡Nada de sirope de chocolate y nata montada!».

Se sentía agradecida por la oscuridad de la noche, para que él no la viera ruborizada mientras su cabeza daba vueltas a todas las posibilidades disponibles con nata montada y sirope de chocolate. Iba a tener que tirar esos ingredientes. Ahora que su mente había seguido un camino tan travieso y delicioso no podía tenerlos en su casa ni de coña

«¡No! ¡Delicioso, no! ¡Inapropiado! Básicamente estoy engañando a Charles! Puede que no esté aquí y que yo no estuviera tocando a Dylan realmente... bueno, ya no... Pero aun así, no es justo para Charles que piense esto sobre otro hombre».

Claro que, a ella no le importaría que Charles pensara de aquel modo sobre otra mujer. Pero esa era la clase de relación que tenían. No podía tener sexo con otra mujer mientras estuvieran juntos, pero podía pensar o fantasear sobre cualquiera. Si alguna vez progresaba hasta el punto en que hubiera algo físico, querría que se lo dijera para poder irse cada uno por su lado.

Dylan le abrió la puerta de la heladería y ella entró impaciente en la tienda. Tenía frío, pero la chaqueta de Dylan había desaparecido en algún momento de camino hasta allí y le daba demasiada vergüenza volver a pedírsela.

—Buenas tardes, señora —dijo un adolescente con acento sureño tras el mostrador tan pronto como entraron en la heladería, muy iluminada, en rojo y blanco—. ¿Qué van a tomar?

Georgette se acercó hasta los congeladores con las cubetas de helado,

devorando las posibilidades con los ojos.

—Voy a tomar una bola de cereza con vainilla y otra de melocotón. ¿Puedes ponerles sirope de caramelo? —preguntó.

Oyó la risa de Dylan detrás de ella, pero lo ignoró. Georgette necesitaba aquello. Necesitaba el helado desesperadamente. Aunque no admitiría que Dylan la había excitado hasta el punto de necesitar comida para calmarse.

—Así que te gustan los helados afrutados —dijo mirando por encima de su hombro, apoyando las manos ligeramente y con familiaridad sobre sus caderas—. Yo voy a tomar el *rocky road*, de chocolate con nueces y malvavisco, con sirope de chocolate y nata montada —le dijo al dependiente.

—¡No! —dijo ella ahogando un sofoco y volviéndose en redondo. Sabía que estaba cerca, pero no se había dado cuenta de que estaba tan cerca de ella. Sus manos le permitieron volverse, pero ahora estaba atrapada entre el congelador y Dylan. Hielo y fuego. Helado y Dylan. Las sensaciones dicotómicas la estaban volviendo loca.

«¿O es solo su cuerpo duro haciendo presión contra el mío?». Ya no estaba segura de nada.

Georgette miró a Dylan, con la boca ligeramente entreabierta por la sorpresa. Estaba tan cerca y su beso seguía fresco en su memoria. «¿Será lo mismo si me besa una vez más? ¿Perderé el control? ¿O será un beso normal y corriente?».

Sus ojos descendieron involuntariamente; miraba aquellos labios duros que habían creado tal confusión en su interior.

—¿Que no tome helado *rocky road*? —preguntó en bajo, con voz ronca y ojos también fijos en sus labios.

—Nada de sirope de chocolate —susurró ella, completamente atrapada en la tensión—. Ni nata montada —declaró en voz baja.

—¿No te gustan el chocolate y la nata montada? —preguntó mientras subía la mano y se acercaba a Georgette.

—Me encantan —contestó lamiéndose los labios inconscientemente. Era como si no hubiera nadie allí, solo ellos dos. Solo el momento. No había problemas a los que enfrentarse por la mañana ni señales de peligro resonando en su cabeza. Solo estaban Dylan y ella. Y aquella necesidad intensa de volver a besarlo.

—A mí también me gustan.

Sonrió levemente.

—Algo en común, supongo.

—¿Vas a dejar que tome el sirope de chocolate y la nata montada? — preguntó. Georgette supo al instante que le estaba preguntando algo completamente diferente.

Estaba a punto de decir que sí, pero algo la detuvo. No podía hablar, no podía negarse ni acceder. El momento estaba en suspenso, la tensión aumentaba.

—Son seis con cuarenta y nueve —dijo el dependiente.

Georgette salió de entre sus brazos de un respingo, volviendo a cruda la realidad de nuevo. Miró a su alrededor para darse cuenta de que seguían en la heladería luminosa y de que estaba en brazos de Dylan. Dio un paso atrás y respiró hondo parpadeando con rapidez mientras intentaba encontrarle sentido a lo que acababa de ocurrir.

—Está delicioso —dijo llevando su helado a una de las mesas—. Gracias.

—De nada —contestó Dylan. Sabía que se había pasado el momento. Algo había pasado, pero no estaba seguro de qué. «Esta mujer es compleja y fascinante». Parte de él quería conocerla, entender su manera de pensar, pero la tensión sexual se interponía constantemente.

«Aunque no es como si me importara», pensó mientras hablaba con ella y hacía que volviera a relajarse. Mantuvo una conversación ligera, preguntándole por la gente, de qué los conocía y qué hacían, pero debajo de todo eso estaba intentando descifrarla. Quería conocerla.

Cosa que resultaba extraña. Le habían gustado otras en el pasado, pero ninguna le había interesado nunca como aquella sureña dulce y complicada.

Se comieron el helado, pero ninguno de los dos hizo amagos de salir de la heladería. Estaban demasiado ocupados hablando. Por la parte que le tocaba a Georgette, era muy agradable estar sentada frente a él y no sentir esa tensión peligrosa. Seguía allí, casi tangible, pero no era un deseo candente en ese momento. Y estaba disfrutando de una conversación con Dylan que no estuviera plagada de insinuaciones.

En cuanto a Dylan, se sentía cautivado por la hermosa mujer sentada a la mesa frente a él. Las mujeres eran un aspecto precioso y placentero de la vida, y le encantaba estar con ellas, pero eso solía significar que se las había llevado a la cama. Con Georgette, no había duda de que iba a llevársela a la cama. Era una conclusión inevitable. Pero en realidad estaba disfrutando de hablar con ella. Hacerla reír hacía que sintiera una especie distinta de impacto por todo el cuerpo. La primera vez que ocurrió, pensó que aquella sensación fue de casualidad, pero era tan agradable que se esforzó en repetirlo una y otra vez. La

suave risa de Georgette le encendía los ojos, y sus labios, cuando le sonreían, le hacían sentir algo extraño. En general, estar sentado y hablando con una mujer guapa era una experiencia novedosa y extremadamente placentera.

Otros clientes entraron en la heladería, y algunos incluso disfrutaron de sus helados en las mesas cercanas, pero ninguno atravesó la crisálida que habían tejido en torno a ellos. Georgette y Dylan no se dieron cuenta de cuánto tiempo había pasado hasta que el dependiente se acercó y le dijo a Dylan que tenía que cerrar por aquella noche.

—Ay, madre —dijo ella, mirando su elegante reloj—. No me había dado cuenta de que son casi las doce.

Se levantó rápidamente y le volvieron los nervios enseguida, al percatarse de que tendría que volver a la limusina con Dylan. No quería hacerlo. Se lo había pasado bien con él, hablando con él, sin la tensión sexual que los atraía.

—Te llevo a casa —dijo él, posando la mano en la parte baja de su espalda para conducirla fuera de la heladería. Georgette dudó, pero sus ojos no tenían esa llama. Solo estaban ellos dos.

—Gracias —dijo por fin metiéndose en el interior oscuro del vehículo. Se sentó, el cuerpo tenso y agitado. «No va a volver a besarme, ¿verdad?».

Temblaba con sólo pensar en aquella posibilidad. No se dio cuenta de que su cuerpo cambió de postura, para volverse hacia él. Tampoco se dio cuenta de que retorció los dedos con nerviosismo sobre su regazo.

Sin embargo, Dylan sí se percató. De modo que, cuando llegaron a su casa, salió de la limusina y le ofreció la mano para ayudarla. Una vez más, Georgette dudó antes de aceptar su ayuda, pero él esperó, a sabiendas de que no podía limitarse a ignorar su mano. Su naturaleza no se lo permitiría.

Como era de esperar, puso su mano en la de él y salió de la limusina. El corto paseo desde la entrada de coches hasta su puerta vibraba con la conciencia sexual de ambos. Georgette intentó recordarse una y otra vez que no era el hombre para ella, que era una equivocación con respecto a lo que quería en su vida. Pero su cuerpo no respondía al mensaje de su cerebro. Su cuerpo recordaba el beso fuera del edificio, y de nuevo en el coche. Estaba cautivada, preguntándose qué iba a hacer él.

«Debería darme prisa en entrar», se dijo. «Ni siquiera debería esperar a que mueva ficha», se dijo con firmeza. «Un beso me traerá problemas». Sin embargo, encajar la llave en la cerradura estaba resultando más difícil de lo que recordaba. Cuando por fin completó la tarea, aparentemente sencilla, se volvió

para darle las gracias. Por desgracia, él tenía planeada otra manera de terminar la noche.

Dylan sabía lo que iba a hacer ella y no estaba dispuesto a permitirlo. Cuando se volvió, se limitó a estrecharla entre sus brazos. En lugar de dejar que lo apartara con un aspavientos, cubrió su boca con los labios y la besó tiernamente, sorprendiéndola una vez más.

Solo fue un beso breve, pero su impacto fue extraordinario. Georgette lo miró fijamente, sin saber con seguridad si quería pedirle más o si debería darse media vuelta y entrar a casa corriendo.

—Gracias por acompañarme esta noche, Georgette. Tengo ganas de ir al siguiente evento en el que vayes a ayudarme.

Ella se sentía tan bien en sus brazos. Era tan fuerte, tan musculoso, y su cuerpo parecía encajar perfectamente contra el suyo. De modo que, cuando la soltó y se alejó por la acera hacia su coche, Georgette se sintió... despojada. ¡Engañada!

«¡Maldita sea! Yo no soy esta mujer», se dijo. Volviéndole la espalda a sus anchos hombros, entró en casa como un vendaval, sin saber qué pensar. El hombre era un completo misterio y debería apartarlo de su mente.

Por desgracia, su mente no estaba cooperando. Había decidido que aquella noche en sus brazos y a su lado, que sus besos intensos y tiernos que la hacían tambalear al borde de la confusión o de la locura, no bastaban. Su mente había decidido atormentarla mientras dormía. Tuvo innumerables sueños con Dylan aquella noche. Nata montada y sirope de chocolate junto con besos apasionados que anulaban su sentido común hicieron que se despertara jadeando, con las sábanas enredadas en las piernas y el cuerpo palpitando con algo que no estaba segura de qué era. ¡Nunca se había sentido tan consciente de su cuerpo!

Mirando el reloj, se dio cuenta de que eran las cinco menos cuarto de la mañana. Normalmente no le levantaba hasta muy pasadas las siete, porque no tenía que llegar a su *boutique* hasta las nueve, más o menos. Su ayudante abría la tienda, pero aun así intentaba llegar más o menos a la misma hora.

Pero aquella mañana sabía que no podría volver a dormirse. Tampoco quería. No después de aquel sueño. Se sentía avergonzada de lo vívidos y eróticos que habían sido sus sueños aquella noche. Eran vergonzantes, sobre todo porque se suponía que Charles volvía a la ciudad al día siguiente. Puede que incluso aquel mismo día.

Suspiró y abrió la ducha. Tendría que limitarse a esforzarse por evitar a Dylan de ahora en adelante. Le diría a su abuelo que no podía acompañar a su

amigo por ahí, porque necesitaba mantener las distancias con Dylan. Además, su abuelo podía acompañarlo. Aquella noche había ido a la gala y conocía a la misma gente.

CAPÍTULO 3

Georgette entró en el restaurante elegante suspirando aliviada cuando el aire fresco rozó su piel. Nueva Orleans era conocida por ser cálida y húmeda. Pero había algo en ese verano que parecía ser especialmente agobiante.

Le encantaba aquel restaurante. Las líneas elegantes, las balaustradas negras de hierro forjado y la decoración en blanco subrayaban perfectamente todo lo que era fantástico y maravilloso de Nueva Orleans. Tenía elegancia y refinamiento, pero debajo subyacía una decadencia palpitante, apasionada, excitante. La comida era intensa y excelente, mientras que el personal servía casi con reverencia las exquisiteces criollas.

—Buenas tardes, Srta. Charding —dijo el *mâitre* cuando Georgette atravesó las puertas de la entrada.

—Buenas tardes, Andrew —contestó ella con una sonrisa—. ¿Qué tal los niños este verano? ¿Volviendo loca a Cheryl? —preguntó, refiriéndose a su mujer.

Andrew rio con suavidad, inclinado la cabeza levemente.

—Este verano están excepcionalmente exuberantes —contestó, una manera cortés de admitir que, efectivamente, estaba volviendo loca a su mujer con la energía y el entusiasmo del verano—. El Sr. Henson ha llegado y está esperando en la mesa.

Dicho eso, abrió camino por el restaurante hasta detenerse ante la mesa favorita de Georgette, justo bajo la ventana paladiana para que pudiera mirar el patio. Varios comensales preferían sentarse fuera, pero Georgette optó por evitar el calor de mediodía y a Charles tampoco le gustaba, así que él no iba a dignarse a comer fuera con ese calor y humedad.

—Hola, cielo —Charles se levantó tan pronto como llegó. Le cogió las manos y la besó suavemente en la mejilla. Después esperó con educación hasta que Georgette se sentó antes de volver a coger su propia silla—. Estás guapísima, como siempre.

Analizó a Charles, admirando su físico. «Es muy alto, pero mientras que Dylan es fuerte, Charles es más... ágil. No puedo decir ni de coña que sea delgado, porque Charles tiene sus buenos músculos. Simplemente no son tan abultados como los de Dylan, supongo. Pero Charles es un hombre muy guapo. Hay quien dice que es frío y duro, pero a mí nunca me lo ha parecido. ¿Y los rumores de que es un hombre de negocios difícil? Bueno, es que no lo veo.

Charles es demasiado... ¡agradable!».

Georgette sonrió ante su cumplido mientras abría la carta, pero se preguntaba si era sincero. Charles era un hombre dulce y bueno, y llevaban saliendo un par de meses. Trabajaba en el banco de su padre como vicepresidente y era muy simpático, de una manera tradicional y atractiva. Georgette se encontró preguntándose si los cumplidos tácitos de Dylan de la noche anterior eran más sinceros que los tópicos de su novio.

Cuando se percató de lo que estaba haciendo, sacudió la cabeza y miró la carta. Charles era un hombre muy bueno, exactamente la clase de hombre con la que elegiría pasar el resto de su vida. Era educado, considerado, inteligente y conocía las reglas según las cuales vivían todos ellos. Nunca la miraría como si... bueno, ¡como si fuera el postre!

Inspiró profundamente y cerró la carta. «Ni siquiera sé por qué la miro. Siempre pido lo mismo: ensalada de fresas». Era agrídulce y el almuerzo perfecto para no sentirse pesada durante la tarde mientras intentaba hacer su trabajo al final de la jornada.

Charles rio entre dientes cuando puso la carta sobre la mesa.

—¿Ensalada de fresas? —preguntó.

Georgette estaba a punto de contestar cuando Charles miró de súbito por encima de su hombro y se levantó educadamente al acercarse alguien.

—¡Dylan! —llamó.

Georgette se quedó paralizada al oír ese nombre. «¡No puede estar aquí! ¡Es imposible!». Pero entonces sintió ese hormigueo. ¡Lo odiaba! ¡Lo había sentido la noche de la gala y otra vez aquella mañana al despertar de esos sueños! ¡No soportaba esa sensación! Era como si la piel le ardiera y quisiera pasarse los dedos por... «¡Para!». Casi gimió al darse cuenta de dónde había ido a parar su mente en una milésima de segundo de conciencia sexual.

«¡Yo no soy esta clase de mujer! ¡Soy tranquila y calmada, con dominio de mí misma y refinada! ¡No soy la clase de mujer que quiere ser cautivada por... nadie! Sobre todo no por un hombre que parece fiero y aterrador cuando me mira».

—Georgette —la saludó Dylan en voz baja, llevándose su mano a los labios.

Ella se quedó sin aliento cuando le besuqueó los dedos. «¡Los ha besuqueado! ¿¡Qué clase de hombre escandaloso haría algo tan... loco, en un sitio como este!? Un beso cortés es todo lo que se exige, pero ¡no! Él tiene que ir mucho más allá de lo que se espera. ¡Besuqueando!».

Su cabeza divagó cuando su rabia volvió a dispararse. ¡No iba a pensar en absoluto en lo que le había besuqueado durante sus sueños aquella noche! ¡No podía hacerlo! Era demasiado travieso.

Sacó su mano de la de Dylan con un tirón.

—Buenas tardes, Dylan. ¿Qué tal estás hoy?

Los ojos le hacían chiribitas, mirándola con una emoción extraña. «¿Es eso enfado?», se preguntó. «¡Claro que no! No tiene ningún motivo para enfadarse conmigo. ¡Somos simples conocidos! Unos cuantos besos robados no le daban derecho a enfadarse. Le dije que estoy saliendo con Charles, así que comer con él es completamente apropiado».

—¿Tienes tiempo para unirme a nosotros para la comida? —preguntó Charles, ajeno a los mensajes silenciosos que iban y venían entre Georgette y Dylan.

Dylan mantuvo el contacto visual con Georgette, vio la mirada de espanto que asomó a sus ojos y sonrió.

—Nos encantaría unirnos a vosotros para comer, *Charlie* —dijo enderezándose y liberando por fin a Georgette de los grilletes de su mirada.

Charles rio con su nuevo sobrenombre y Georgette quedó atónita de que no regañara al hombre más alto por tomarse esas confianzas.

—Prefiere *Charles* —dijo en lugar de su novio.

Charles ya había echo una seña al camarero.

—*Charlie* está perfectamente bien —corrigió—. El Sr. Alfieri y su invitada van a comer con nosotros —le explicó al camarero.

Solo pasaron unos instantes antes de que juntaran otra mesa. Cuando todos volvieron a sentarse, Georgette lanzó una mirada gélida a la mujer que había junto a ella. Al instante no le gustó la mujer rubia de pelo suave y brillante ataviada con un traje de negocios nítido y de apariencia profesional. «¡Ninguna mujer iría andando por ahí con tacones así de altos!». Georgette se reconfortó maliciosamente a sabiendas de que a la mujer le dolían los pies con toda probabilidad.

—Hola —dijo la *Barbie* ofreciéndole la mano a Charles—. Soy Brenda.

—Charles Henson —contestó él, estrechándole la mano con delicadeza por encima de la mesa—. Y ésta es Georgette Charding.

La *Barbie* rubia se volvió y sonrió levemente a Georgette, ladeando la cabeza en señal de reconocimiento antes de abrir la carta.

—¿Qué es bueno aquí? —preguntó.

Georgette miró al otro lado de la mesa y se quedó atónita al encontrarse a

Dylan mirándola directamente. Con una ceja negra levantada, sostenía la carta en una mano, pero no estaba mirando las opciones.

—Todo está delicioso —contestó ella, más al interrogante tácito de él que a la pregunta de la *Barbie* Brenda.

—¿Ninguna recomendación en particular? —preguntó Dylan.

—Supongo que puedes decidir lo que te gusta y lo que no por ti mismo —dijo Georgette.

Charles miraba a Georgette como si hubiera perdido la cabeza.

—Georgette está de broma —le dio a Dylan mirándola de manera extraña desde el otro lado de la mesa—. Adora la ensalada de fresas. Justo estábamos hablando de que la pide cada vez que viene aquí.

Los ojos de Dylan no se habían apartado de la mirada de Georgette.

—¿De modo que no te gusta probar nada diferente y probablemente más interesante?

Ella se tensó ante su caracterización de Charles como aburrido y serio.

—Simplemente sé lo que me gusta. ¿Por qué iba a probar algo diferente cuando lo que me gusta está perfectamente bien?

—Porque tal vez necesites arriesgarte un poco y experimentar. Tal vez hayas tomado la ensalada de fresas demasiadas veces y ahora necesites probar algo como la *jambalaya* o incluso puede que las tortillas de cangrejo.

Las manos de Georgette se cerraron en puños debajo de la mesa, pero mantuvo una sonrisa perfectamente serena en la cara.

—No creo que necesite cambiar. Hay algo bueno que decir a favor de la coherencia. Cuando encuentro algo que me gusta, me quedo con ello. Nunca me decepciona.

—Ah, así que temes la decepción.

—Necesitaremos un momento —le dijo Charles al camarero.

Georgette estaba prácticamente erizada de cólera.

—Nunca me han decepcionado antes. ¿Por qué iba a probar algo nuevo?

—¿Seguimos hablando de la carta? —preguntó la *Barbie* Brenda rubia, sonriendo y mostrando todos sus perfectos dientes blancos.

Charles se encogió de hombros, sin estar seguro de qué ocurría.

—¿A lo mejor te gustaría probar la *jambalaya*? —le sugirió a Georgette.

Ella negó con la cabeza.

—No. Sabes que no me gusta la comida picante. Prefiero el dulzor sutil de la ensalada de fresas, Charles.

Los ojos de Dylan volvieron a resplandecer antes de que argumentara:

—Lo que está diciendo realmente es que le gusta la comida más segura. No quiere aventurarse en zonas peligrosas. Tal vez las gambas y la sémola sean fantásticas, pero ni siquiera las probará porque...

—Odio la sémola —espetó, interrumpiéndolo y haciendo que Charles frunciera el ceño y que la rubia *Barbie* Brenda se quedaran sin aliento ante semejante herejía. Miró a los otros dos, sintiéndose terriblemente cohibida.

—Quiero decir que no me gusta la sémola en general. La textura... — terminó débilmente. ¡Admitir algo tan horrible como odiar la sémola! ¡Bueno, ningún sureño auténtico admitiría algo tan malo! Le devolvió a Dylan una mirada fulminante, cargando toda la culpa de su admisión blasfema sobre esos hombros ridículamente anchos—. Además, por lo menos sé lo que me gusta y no finjo disfrutar de la ensalada de fresas cuando lo que realmente quiero son gambas picantes.

Dylan miró a Brenda de reojo, entendiendo lo que le decía Georgette. ¿Pensaba que estaba saliendo con Brenda? Echó la cabeza atrás y empezó a reírse, negando con la cabeza ante una suposición tan ridícula. Brenda era su encargada de finanzas, casada y con cuatro niños. Solo había ido allí a pasar la noche para tasar el terreno para determinar el gravamen. ¡Pero los celos de Georgette le daban esperanzas! Era una señal excelente.

Georgette se cruzó de brazos y miró furiosa al hombre que ahora se reía de ella.

—No sé qué es tan gracioso de la ensalada de fresas frente a las gambas picantes. Están en categorías completamente distintas, por lo que a mí respecta, pero creo que deberíamos pedir la comida antes de que alguien empiece a calumniar la *crème brûlée*.

Brenda estaba completamente de acuerdo y volvió a abrir su carta. El camarero apareció como por arte de magia y la rubia pidió la ensalada de fresas. Georgette estaba demasiado enojada porque la mujer había pedido su plato favorito, cosa que significaba que ella parecería ridícula si también lo pedía. Además, algo en su interior le decía que fuera diferente. También estaba la cuestión de que se negaba rotundamente a tener nada en común con la rubia *Barbie* Brenda. Así que en lugar de pedir la comida que había estado esperando desde que Charles la había llamado aquella mañana, escogió algo al azar.

—Tomaré la ensalada criolla de aceitunas y *muffalata* —le dijo al camarero.

Todos en la mesa se volvieron para mirarla fijamente, pero ella se limitó a enderezar sus cubiertos ignorando la confusión del resto. No iba a explicarse,

pero estaba furiosa en silencio. ¡Le encantaba su ensalada de fresas! ¿Por qué se la había pedido Brenda? ¡Acababan de hablar de cuánto le gustaba!

Casi le entraron ganas de llorar porque no quería la estúpida ensalada de *muffalata*. Y desde luego que no era una entusiasta de las aceitunas. «¡A veces me hacen sentir náuseas! ¿Por qué he pedido esa comida, joder?».

Alzó la mirada y supo exactamente por qué. ¡Porque quería demostrarle a Dylan que no era aburrida y tediosa! Quería ser valiente y aventurera, aunque solo fuera con la comida. ¡Qué ridículo!

Dylan y Charles estaban hablando de algo de negocios, números que no significaban absolutamente nada para ella. Incluso la rubia *Barbie* Brenda estaba participando en la conversación con sus conocimientos sobre impuestos y algo sobre la contribución bruta. Su contable le hablaba de cosas de esas todo el tiempo, y Charles también había intentado explicárselo, pero ella se dedicaba a diseñar vestidos de novia. Conocía los materiales, las formas, los drapeados. Entendía los puntos y cómo curvar la tela alrededor del cuerpo de una mujer para que la favoreciese. Ni siquiera quería entender de números. Revisaba sus cuentas todos los meses, asegurándose de que los cheques y el balance cuadraban correctamente. Pero resultaba ser una experiencia horrible que duraba todo el día, y la odiaba.

—¿Qué piensas? —preguntó Dylan, sacando a Georgette del pensamiento que había hecho que se le cayera el rizo en la frente.

Georgette parpadeó y se alisó el pelo para colocarlo en su sitio.

—¿Qué pienso? —preguntó como una idiota—. Lo siento, no estaba siguiendo la conversación.

Charles frunció el ceño cuando se percató de que había excluido a Georgette de la conversación con descortesía. La rubia *Barbie* Brenda se reclinó sobre su silla con una sonrisa petulante en sus bonitos rasgos y Dylan se inclinó hacia delante.

—Estábamos hablando del proyecto en la ribera del río. Todos esos almacenes abandonados serán derruidos a partir de la semana que viene.

Georgette parpadeó, perpleja ante aquella noticia.

—¿La semana que viene? ¿Tan rápido?

—¿Hay alguna razón para retrasarlo?

Ella se inclinó hacia delante, ahora impaciente por unirse a la conversación. Tal vez no entendiera nada de contribución neta ni de responsabilidades fiscales, pero decididamente entendía la belleza y el valor de las casas antiguas y la integridad de aferrarse y comprender el pasado de uno.

—Allí hay muchas casas preciosas. Puede que sean pequeñas, pero son históricamente significativas.

Dylan la observó, sintiendo esa llama que prendía en su interior cuando argumentaba su opinión. «Joder, es preciosa», pensó. «Y toda esa pasión. La está reprimiendo, pero sé que está ahí. Justo debajo de la superficie, y tengo muchísimas ganas de desatarla».

—¿Así que quieres detener cualquier clase de mejora para salvar un par de casa viejas que nadie conoce? —la retó, sin discutir la opinión pero disfrutando de su pasión.

El camarero llegó con la comida y Georgette tuvo que reprimir su réplica enojada hasta que el camarero volvió a marcharse. Cogió su tenedor y miró la ensalada, enfadada de que la rubia *Barbie* Brenda tuviera su favorita mientras ella comía una ensalada plagada de trozos de carne grasienta, queso y apestosas aceitunas verdes.

Centrándose en la discusión en lugar de su comida, miró directamente a Dylan, negándose a recular.

—No defiendo eliminar todo progreso. Entiendo el valor de deshacerse de edificios viejos que son peligrosos y que probablemente tienen un montón de roedores, enfermedades y delincuentes. Simplemente sugiero que eches un vistazo a algunas de las casas, averigües si merece la pena salvar alguna y tal vez utilices un poco de creatividad para salvarlas. ¿No es mejor proteger algo que merece la pena que echarlo abajo a toda prisa para empezar algo nuevo?

Dylan pinchó una gamba en su punto de la *jambalaya*.

—Cuando merece la pena salvar lo viejo, sí. Estoy de acuerdo contigo. Pero no podemos postergarlo sin más hasta que todas las opciones se hayan examinado. Es demasiado caro.

Georgette apartó una aceituna aplastada de la lechuga.

—¿Ves? ¡Eso es con lo que no estoy de acuerdo! ¡Muchísima gente simplemente ignora llevar a cabo el trabajo duro para preservar algo que merece la pena! Se limitan a echar algo abajo y a seguir con su vida.

Brenda miró a Georgette con nerviosismo.

—A veces es difícil salvar algo que decididamente merece la pena.

Georgette suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Solo en determinadas circunstancias —apuntó Dylan.

Ella volvió a mirarlo.

—¿Y tú eres experto en decidir lo que tiene valor? —replicó—. Me parece que te interesa más echar cosas abajo y levantar cosas nuevas. Lo nuevo

es más excitante al principio, pero cuando empiecen a aparecer grietas en las paredes, ¿te limitarás a echar esa casa abajo también? Ya no sería perfecta, así que ¿por qué salvarla?

—Decididamente me gusta crear nuevos ambientes. Sobre todo cuando lo viejo ha perdido su utilidad.

Georgette empezó a decir algo, pero cerró la boca. «No sirve de nada con este hombre». Pensó en otra cosa y abrió la boca para decir su argumento, pero entonces se detuvo.

—¿No hay réplica? —la retó.

Ella pinchó otra hoja desnuda de lechuga.

—No discuto con gente que se niega a aceptar que otra persona pueda tener un argumento válido.

Él se rio suavemente, pero aceptó el cambio de tema. La rubia *Barbie* Brenda estaba claramente confundida sobre qué pasaba, pero intentó fingir que lo entendía mientras que Charles intervino para volver a llevar el tema de conversación a cómo podría ayudar su banco a la empresa de Dylan en su nuevo proyecto. Los tres volvieron a hablar de números. Georgette permaneció callada, negándose a escuchar siquiera el resto de la discusión.

Cuando el camarero llegó con la cuenta, suspiró aliviada, impaciente por marcharse. Aunque no estaba participando realmente en la conversación, Dylan tampoco lo estaba. De hecho, terminó su plato de gambas y entonces se reclinó sobre el asiento y procedió a hacerla sentirse incómoda mientras los otros dos hablaban de las tasas de interés que convendrían al proyecto. Dylan la miraba fijamente desde el otro lado de la mesa, sus ojos observándola como si fuera mejor comida que las gambas. Cuando empezó a frotarse el labio con el dedo, Georgette casi se quedó sin respiración. De alguna manera, era una invitación sensual y un reto atrevido, todo a la vez. Georgette sintió que el corazón le latía más rápido, su cuerpo se estremecía y algo extraño ocurría en su bajo vientre. La mirada feroz en ojos de Dylan le decía alto y claro que la conversación entre ellos no se había terminado a pesar del hecho de que ella se hubiera salido de la discusión.

Cuando se produjo una pausa en la conversación sobre gastos indirectos y rendimiento de las inversiones, terminó la comida educadamente.

—Siento acabar con la diversión de esta comida maravillosa, pero tengo que volver al trabajo —anunció.

Charles se mostró contrito al instante, dándose cuenta de pronto de que había estado ignorándola.

—Georgette, lo siento mucho, cariño. He sido un grosero.

Puso una mano sobre el brazo de Charles para calmarlo y negó con la cabeza.

—Estoy bien. Pero, de verdad, necesito volver al trabajo.

Se inclinó hacia delante y lo besó con delicadeza. Después de ese beso, si sus ojos se cruzaron con los de Dylan... «Bueno, solo le estaba diciendo adiós educadamente. No es como si le estuviera restregando por las narices mi relación con Charles».

Después de un gesto seco y cortés hacia Brenda, salió del restaurante con tanta dignidad como le permitieron sus rodillas temblorosas.

Cuando salió al calor, miró a su alrededor, intentando orientarse. Cosa que era ridícula porque llevaba años yendo a ese restaurante y su *boutique* estaba justo al otro lado del parque, que no era un parque en realidad, sino más bien una plaza grande con césped, árboles y bancos para que los caminantes cansados o acalorados se sentaran a la sombra de los árboles y se gozaran de la increíble humedad de Nueva Orleans. La plaza estaba rodeada de tiendas y restaurantes por todos los lados, y en ocasiones caminaba hasta el centro de la plaza para mirar su propia tienda y asegurarse de que seguía siendo tan bonita como había pretendido inicialmente.

Aquel día se detuvo, más para centrarse y librarse de las sensaciones no deseadas que zumbaban por todo su cuerpo. Se sentía más viva, por alguna razón. Tal vez se debiera únicamente a que ese hombre la sacaba de sus casillas y a que hacía mucho, mucho tiempo que no tenía una buena pelea. No desde que Suzy Raballa le quitó el novio durante el segundo año de instituto y se comportó de manera tan grosera. Se sintió bien, entonces y ahora. Tal vez no hubiera marcado ningún tanto a la horrible piel de rinoceronte de ese tipo, pero al menos no se había dejado pisotear. Ni siquiera le importaba que ni Brenda ni Charles hubieran entendido de qué discutían ella y Dylan en realidad. No era asunto suyo.

«Tampoco es asunto mío. Dylan Alfieri no forma parte de mi pasado, de mi presente ni de mi futuro. Simplemente es un hombre al que tengo que aguantar por el bien de mi abuelo durante el evento ocasional. No voy a...».

Georgette acababa de empezar a caminar otra vez cuando una fuerte mano envolvió su brazo, y le dio la vuelta hasta que se dio de bruces con un torso muy duro y muy grande.

—¿Qué haces? —preguntó fulminando a Dylan—. Suelta...

No pudo terminar la orden porque la boca de Dylan cubrió la suya,

besándola con más pasión de la que creía posible en un ser humano. Su beso era tan exigente, tan sensual, y no se rendiría hasta que le devolviera todo lo que él le estaba haciendo a ella. Georgette no se percató de que sus manos se aferraron a la chaqueta de su traje; ni siquiera de que su cuerpo estaba apretado contra el de Dylan. El calor del sol se había esfumado de su mente, porque todo lo que percibía era ese hombre y la manera en que sus manos la sujetaban, la forma en que su lengua se sumergía en su boca, retándola a participar del beso.

No había podido desafiar al hombre abiertamente durante la comida, pero no iba a rendirse a su intimidación ahora. Lo besó con todo lo que tenía, dándose tanto como estaba recibiendo, y tembló cuando Dylan profundizó el beso, casi doblándola hacia atrás.

Cuando finalmente levantó la cabeza, ambos respiraban con fuerza. Las manos de él seguían sosteniéndola contra su cuerpo, y Georgette no podía dejar de temblar. Tampoco podía obligar a sus manos a soltar la tela que empuñaban. Simplemente se miraron a los ojos, sin decir ni una palabra.

Un coche tocó el claxon en la distancia y Georgette se apartó de un respingo, mirando con suspicacia a los viandantes en la acera. «¿Qué he hecho? ¿Por qué he besado a este hombre? No me gusta él ni lo que representa. Y Charles se quedará destrozado si se entera de lo ocurrido. ¿Cómo puedo haberle hecho algo así a un hombre tan bueno y amable?».

—Tengo que irme —susurró saliendo de su abrazo. Ni siquiera pudo mirarlo al alejarse a toda prisa. «Ha sido una locura», pensó mientras entraba en su *boutique*.

—¿Hay mensajes? —preguntó de manera automática mientras se aproximaba a las escaleras donde tenía su despacho. Tuvo que detenerse en el segundo escalón; las piernas le temblaban demasiado como para dar un paso más. Apoyándose sobre la pared blanca, cerró los ojos e intentó que le bajarán las pulsaciones.

—Nada por ahora —contestó Dorothy al salir de la trastienda; llevaba varias telas en los brazos. Dorothy era una señora muy elegante con un gusto impecable al que sólo superaba su inclinación por los chismes. Lo sabía todo de todo el mundo, la mayor parte de oídas en la tienda. Muchísimas novias y damas de honor iban a la *boutique* a hacerse pruebas y, con un poco de vino y mucha risa, los cotilleos salían a la luz durante las divertidas sesiones.

—¿Quién era ese hombre tan guapo que cruzaba el parque contigo? —preguntó Dorothy.

Georgette subió la cabeza de golpe y miró nerviosa a su ayudante.

—¿Hombre? No había ningún hombre —contestó de inmediato, pero vio la incredulidad en los ojos de Dorothy. Lo que era aún peor, su negativa había avivado la curiosidad de Dorothy—. ¡Ah! —respondió intentando quitarle hierro al asunto—. Probablemente era Dylan Alfieri. Charles lo invitó a acompañarnos durante la comida junto a una... mujer —terminó sin convicción—. Son bastante majos. Está empezando un gran proyecto de renovación junto al río. Todos esos almacenes abandonados desaparecerán para ser sustituidos por casas.

La confusión de Dorothy se disipó y sus ojos se iluminaron con una sonrisa.

—Parece una gran idea. Siempre me he preguntado por qué no ha venido nadie a deshacerse de todos esos edificios vacíos. Se están deteriorando. ¿Por qué nadie los ha echado abajo hasta ahora?

Georgette seguía demasiado aturullada por el beso y por la manera en que había reaccionado al mismo como para querer oír aplaudir el plan de Dylan.

—No estoy segura. Supongo que la ciudad estaba esperando a alguien que tuviera suficiente dinero.

—¡Oh! ¡Guapísimo y rico! ¿Está soltero?

Georgette se encogió.

—Estaba con una rubia guapa en la comida —contestó, odiando la idea. De repente se le ocurrió que había salido del restaurante y que había dejado a su cita ¡para salir a besarla! «¿Qué clase de escoria hace eso? Claro que, Dylan y Brenda no han actuado realmente como si estuvieran saliendo».

Georgette desechó la idea de ir a su despacho en el segundo piso porque las piernas seguían temblándole demasiado. Fingió hojear los pedidos, pero no conseguía centrarse en nada de lo que tenía delante. Solo quería dejar de temblar y recuperar la concentración. «¡Esto es ridículo! El hombre sólo me ha besado. Pero, ¡santo Dios! ¡Qué beso!». Todavía saboreaba sus labios y sentía la textura de su boca, de su lengua. «La verdad es que besa muy bien», pensó. «No es malo reconocer que besa bien, ¿no? Puedo reconocérselo sin que me guste y sin respetarlo, ¿verdad?».

Suspiró y se sentó en uno de los lujosos taburetes que había tras el mostrador. «Tal vez debería llamar al Abuelo y decirle que me niego a ver a Dylan. El Abuelo lo entenderá, ¿no?».

Miró el reloj e hizo un mueca. «Tendría que sacarlo de su partido de golf», pensó. «¿Cómo es posible que siga jugando al golf a su edad? Claro, que el golf no es más que una excusa para ir a ver a su querida». Había descubierto el secretillo un día, por accidente. Cuando se enfrentó a él sobre su infidelidad,

enfadada porque le hiciera daño a su abuela, él se rio y dijo que él y su abuela tenían un acuerdo.

Qué era eso, no quería ni planteárselo. Después de su descubrimiento no le dirigió la palabra durante una semana. Pero, durante ese tiempo, razonó que no podía estar enfadada con él si su abuela no lo estaba. En cambio, no tenía por qué gustarle. Tampoco tenía que estar de acuerdo con su acuerdo ni su manera de entender las cosas.

«¡Pero tampoco voy a fiarme de ningún hombre!». Su padre se había marchado poco después de nacer ella. Por lo visto, nunca había estado realmente enamorado de la madre de Georgette, confesión que su madre terminó por explicarle. Pero aquella confesión solo llegó después de suplicar, rogar e insistirle en que le diera detalles sobre su padre durante meses.

De modo que a su padre no le interesaba quedarse. Parece ser que había encontrado a otra mujer más interesante, y su abuelo tenía una aventura extramatrimonial, una que era continua y semanal. ¿Era de extrañar que Georgette se aferrara a Charles? Era bueno y generoso. Seguro.

—¿Estás bien, Georgette? —preguntó Dorothy.

Georgette dio un pequeño respingo y alzó la mirada hacia Dorothy.

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

Dorothy miró a su amiga y jefa desde el otro lado del mostrador; no estaba segura de qué ocurría.

—Porque te estaba hablando de los últimos encargos y pedidos y apenas has dicho una palabra.

Georgette sacudió la cabeza.

—Lo siento. Estaba distraída con... —Estaba a punto de inventarse una excusa, pero sonó el timbre agudo del teléfono, librándola de tener que pensar en una mentira viable—. Ya lo cojo yo —dijo levantando el auricular—. Diseños de Boda —saludó al interlocutor.

—¡Georgette! ¡Nunca coges el teléfono allí!

Georgette no estaba segura de quien era.

—¿Linda? —Linda era la propietaria de una de las tiendas de un poco más abajo en esa calle y salían a comer al menos una vez a la semana. Eran amigas desde el instituto y lo sabían todo la una de la otra. Incluido el hecho de que el marido de Linda había confesado que quedaba con una prostituta hacía varios años, confesión que había sacudido la vida de Linda y la dejó llorando durante una semana. Lo resolvieron con terapia y penicilina, pero fue una temporada difícil para su amiga.

—¡Sí! Dime que es verdad —dijo con entusiasmo y con una carcajada conspirativa.

Georgette no tenía ni idea de qué hablaba su amiga, pero le siguió el rollo.

—Vale, es verdad.

—¡Lo sabía! ¡Sí que lo has besado!

«¿Eh?».

—Espera. ¿De qué hablas? —Miró por la ventana, intentando averiguar qué habían podido ver los demás propietarios.

—¡Lo has besado! Has besado a ese tío guapísimo. ¡Habíamos oído que venía a la ciudad, pero tú le has echado el guante primero! Estoy muy emocionada por ti. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. ¡Bueno, cuéntame! ¿Era bueno? ¿Vas a verlo después del trabajo? ¿Es tan *sexy* de cerca como parece a distancia?

—¡Linda! —exclamó Georgette, intentando detener el bombardeo de preguntas.

—¿Qué? —preguntó ésta, riéndose de lo emocionada que estaba—. Ven a tomarte una copa de vino esta noche y te dejo ahora.

—¡Hecho! —accedió, a sabiendas de que Dorothy estaba escuchando su parte de la conversación. No quería tener que explicárselo porque, en realidad, ¿qué podía decir? ¿Que no quería besar al hombre pero que, cuando sus labios tocaron los de ella, no pudo apartarse ni de coña porque estaba colgada de él?

«¡Ah! ¿Cómo voy a lidiar con esto?».

Georgette eligió la retirada en lugar de dar explicaciones. Explicaciones que en realidad no podía dar porque no entendía del todo sus propias acciones.

—Subo a mi despacho. ¿Puedes hacerte cargo de las citas de esta tarde?

Dorothy sonrió con confianza.

—Por supuesto. Sube y crea algo loco y fabuloso para las nuevas líneas. Sé que la primavera que viene va a ser muy ajetreada.

Georgette se detuvo mientras reunía su cuaderno de diseño y sus lápices.

—¿Sí? —preguntó, mirando a su asistente—. ¿Qué pasa?

Dorothy procedió a enumerar todos los romances del momento que flotaban con el calorcito veraniego. Cómo sabía Dorothy todo sobre esas parejas era más de lo que Georgette alcanzaba a comprender.

—¡Hala! Ni siquiera sabía que Jessy estaba divorciada.

Dorothy se echó a reír, haciendo un aspaviento para restarle importancia.

—Ha sido un divorcio tranquilo, pero salió bien para las dos partes.

Georgette asintió aturdida y subió las escaleras. Se sentía como si tuviera los zapatos llenos de plomo, y a su estómago no le gustaba el hecho de que Linda hubiera visto el beso. «¿Cómo puedo haber sido tan estúpida como para besar a Dylan? ¡Y en público! ¡Madre mía!». Aquella ciudad podía ser ajetreada, pero los mentideros de chismes estaban vivitos y coleando. Si Linda lo había visto, ¿quién más podría haber entrevisto ese beso?

Se desplomó sobre su escritorio en el despacho, hojeando las páginas de su cuaderno de bocetos, intentando conseguir ideas para otros vestidos de novia, de noche o de dama de honor. Pero su nerviosismo por el beso, así como el miedo de que otros pudieran haber sido testigos del mismo, bloqueaba toda su creatividad. «Tengo que calmarme», se dijo. «No puedo dejar que ese hombre, independientemente de lo fenomenal que bese, trastorne mi rutina. Me encanta diseñar vestidos y no pienso dejar que me haga perder el ritmo».

Con determinación, cogió su lápiz, abrió una página en blanco de su cuaderno de bocetos y se concentró. Por desgracia, el teléfono sonó en ese momento. Lo cogió y saludó distraídamente a quien llamaba.

—Georgette, ¿cuándo pensabas contarme la noticia? —preguntó una voz de mujer.

A Georgette se le hizo un nudo en el estómago y casi partió el lápiz por la mitad.

—¿Noticia? ¿Qué noticia, Madre? —preguntó. Pero en su interior, sabía exactamente qué le estaba preguntando su madre.

—¿Estás saliendo con ese hombre tan simpático?

—Estoy saliendo con Charles —contestó ella.

Su madre rio suavemente.

—Desde luego, Charles es un buen partido, pero no es para ti, cariño. Ahora bien, ese joven tan guapo que conocimos el otro día es tu tipo, indudablemente.

Georgette no lograba entender qué pasaba.

—Madre, lo primero: ¿cuándo has conocido tú a Dylan Alfieri? Y lo segundo: ¿por qué crees que es tan buen partido para mí?

—Lo conocimos en el despacho de tu abuelo. La abuela y yo pasamos por allí para invitarlo a comer y el resulta que el Sr. Alfieri también estaba allí. Tuvimos una comida muy agradable todos juntos.

«Madre mía, desde luego que Dylan sabe moverse».

—Bueno, independientemente de eso, el Sr. Alfieri está saliendo con alguien. Hoy iba a comer con Charles. Dylan y su novia estaban allí por

casualidad y Charles los invitó a comer con nosotros.

—Bien. Es un gran partido. Ah, y no está saliendo con nadie —le dijo a su hija.

—¿Cómo lo sabes?

Su madre volvió a reírse.

—Porque se lo pregunté, cariño. Es la manera más fácil de averiguar estas cosas. Y si no estás saliendo con él, ¿por qué he oído que te han visto besándolo en el parque enfrente de tu tienda esta tarde?

Georgette gimió.

—No era un beso. En realidad, no. —Pensó intentando frenéticamente inventarse cómo podría haber sido la escena. Por desgracia, tenía la mente en blanco.

—Bueno, deberías besarlo.

—Estoy saliendo con Charles. Es un hombre muy majo.

—Charles es rico y asombrosamente atractivo. Pero es un hombre muy recatado, Georgette. No te conviene.

Georgette exhaló un suspiro.

—No sabía que te disgustaba tanto.

—¿Y qué no iba a gustarme? Es un chico dulce, muy inteligente y tiene todos los contactos necesarios. Para la mujer adecuada, será perfecto. Pero tú no eres la mujer adecuada para Charles. Es demasiado... soso.

—Es un caballero muy bueno. Y eso es exactamente lo que quiero en un hombre.

Su madre resopló.

—Cielo, tú no sabes lo que quieres, pero te garantizo que Charles no lo tiene. De todas formas, no te olvides de la cena de la semana que viene, cariño. Sigue en tu agenda, ¿verdad?

—Por supuesto, Madre —en realidad, Georgette no tenía ni idea de qué cena estaba hablando su madre, pero no tenía la fuerza mental como para molestarse siquiera en investigar el asunto.

—Bien. Ahora voy a hacer unas llamadas, a ver si alguien ha visto algo más hoy en el parque. Tú dices que no estabas besándolo, pero estoy segura de que otros tal vez tengan una idea más clara. ¡Luego hablamos, cariño!

Y se cortó la línea. Georgette miró el teléfono, preguntándose por qué a su madre se le ocurría pensar en hacer llamadas ¡para enterarse de lo que había hecho su hija después de comer! «¡Pero si odia el cotilleo!».

El teléfono volvió a sonar, pero aquella vez Georgette hizo caso omiso.

No quería oír ni una pregunta más sobre su excursión por la hierba después de comer. «¡Es una locura! ¿Por qué tiene que meterse todo el mundo en mis asuntos? Tal vez debería mudarme a Nueva York o Los Ángeles, donde sería anónima. Claro, que la llamada podía estar relacionada con los negocios, pero si ése es el caso, Dorothy puede hacerse cargo».

—¿Georgette? Tienes una llamada.

Georgette miró el identificador de llamadas y se encogió. No era una amiga, sino una enemiga. No era alguien con quien quisiera hablar en ese momento.

—Coge el mensaje, Dorothy, por favor. —Con eso, reunió sus cosas, cogió el bolso y salió por la puerta trasera. Tiró todo en el coche y salió pitando calle abajo buscando un respiro de todas las sensaciones absurdas que seguían propagándose por su cuerpo, así como de los cotilleos que la acosaban.

CAPÍTULO 4

A Georgette le encantaba el *ballet*. En su opinión, era una de las artes más hermosas. Le encantaban los movimientos suaves y los súbitos estallidos de energía, el vaivén delicado y elegante de los cuerpos de los bailarines y la manera en que el baile contaba una historia.

Aquella noche, le encantaba la oscuridad que la rodeaba. De vez en cuando sentía miradas sobre ella y sospechaba que algunas personas podrían estar cotilleando sobre ella, preguntándose sobre su relación y sobre el maldito beso del que tantos habían oído hablar o del que, de hecho, habían sido testigos. No había oído nada de Charles, y averiguó que se había ido de viaje de negocios de repente. Daba gracias de que estuviera fuera de la ciudad y de que no estuviera allí para oír todos los chismes, pero también le preocupaba que los hubiera oído y que ésa fuera la razón para su repentina marcha. «¡Desearía que la gente se ocupara de sus propios asuntos!».

Se dio cuenta de que se estaba poniendo tensa y, de manera consciente, obligó a su mente y a sus músculos a relajarse de nuevo. Mirando al escenario, dejó que los bailarines capturaran su imaginación y pensó en varias ideas para vestidos de novia utilizando el *fluir* de la danza, el vaivén del movimiento. Le picaban los dedos literalmente por empezar a dibujar sus ideas, pero una vez más tuvo que recordarse a sí misma relajarse y dejar que las imágenes se fundieran en su mente. Trabajaría sobre ellas, las mejoraría, si conseguía relajarse y ver el *ballet* sin más.

El hormigueo empezó en el vello de la nuca. Se llevó allí los dedos, rozándose el cuello, pero no había nada. «¡Ni debería haberlo! ¿Qué esperaba? ¿Una araña trepándose por el cuello en el teatro? Cosas más raras se han visto, pero...».

—Estás preciosa —dijo una voz grave a la vez que un cuerpo grande y masculino se sentaba a su lado.

Georgette alzó la mirada y sus ojos chocaron con los azul oscuro de él, incluso en la oscuridad del teatro.

—¿Qué haces aquí? —inquirió furiosa, solo para que su madre y su abuela, que estaba sentadas delante de ella, le mandaran callar.

Georgette volvió a hundirse en el asiento, sintiéndose tonta por reaccionar de una manera tan intensa ante ese hombre. No podría haber revelado más si hubiera gritado lo que sentía a todo el teatro. Se mantuvo en silencio

durante un largo momento. Cuando el brazo de él la rodeó para descansar en el respaldo de su asiento, se puso rígida, aunque consiguió permanecer en silencio.

Sintió el calor antes de sentir sus dedos, y cada centímetro de ella se puso en alerta máxima.

—Mantente callada —le susurró al oído—. Ya son demasiadas las personas que hablan de nosotros.

«¡Lo sé! Y no ayudas sentándote a mi lado, y mucho menos inclinándote hacia mí y susurrándome al oído».

Casi gimió en voz alta cuando sus dedos cálidos se deslizaron por la piel de su cuello. Agachando la cabeza, intentó ocultar el escalofrío sensual, que pero sus dedos expertos sabían exactamente qué hacer. Dejaron un rastro de fuego a medida que él acariciaba la piel de la nuca, las orejas y a lo largo del borde de su vestido negro de cóctel.

—Para —susurró.

Dylan fingió que no la había oído e inclinó la cabeza más abajo. «Probablemente esto haya sido un error», pensó al oler su perfume, muy suave y sutil. Su cuerpo reaccionó al instante al olor; ¡le encantaba! Nunca había oído nada tan sexy y precioso. Había algo en esa mujer que lo estimulaba más y que le calaba hondo de una manera que verdaderamente le gustaba.

—¿Qué has dicho? —le susurró al oído.

Su mano seguía sobre el cuello de Georgette, de modo que sintió y acusó su escalofrío.

—¡Para ya! —replicó ella.

Él no paró. Sus dedos se deslizaron a lo largo de la columna vertebral de Georgette tanto como pudieron hasta que el asiento los detuvo.

—¿Por qué debería parar?

—Porque la gente va a empezar a... —Georgette dejó de hablar cuando el público estalló en aplausos. Por suerte, Dylan apartó la mano y Georgette exhaló un suspiro de alivio. Se encendieron las luces del teatro y se puso de pie, desesperada por salir de su palco durante el entreacto. Alejándose varios pasos de Dylan, se dirigió hacia la salida.

Fuera, en el pasillo, había las multitudes paseaban y las conversaciones crearon un murmullo bajo a su alrededor. Miro en torno a sí, echando una ojeada a la sala, desesperada por encontrar el modo de alejarse de él. Se había sentido muy aliviada de que Charles estuviera fuera de la ciudad, pero en ese preciso instante le habría encantado tener su brazo para apoyarse en él.

—Por aquí —le rugió Dylan al oído. No espero a que accediera, sino que

se limitó a apoyar una mano fuerte sobre su brazo y tiró de ella por el camino. Georgette sabía que otros los estaban mirando e intentó con todas sus fuerzas fingir que aquello no era más que una conversación amistosa, pero era muy difícil mantener una sonrisa en la cara dadas las circunstancias. Sobre todo cuando Dylan abrió de golpe una de las puertas laterales y los empujó a ambos hacia un pasillo oscuro, únicamente iluminado por luces a la altura de los pies un poco más lejos.

—No huyas de mí —gruñó Dylan un momento antes de estrecharla entre sus brazos. Y, así, Georgette se vio rodeada por su fuerza, el deseo la atravesó y arqueó la espalda en su abrazo. Durante una milésima de segundo pensó en indignarse, cuando supo que debería retroceder y salir de su abrazo, quizás incluso decirle lo que pensaba. Pero, entonces, la lengua de Dylan rozó sus labios, exigiendo paso, y gimió al abrir la boca, desesperada por sentir las sensaciones locas que había sentido la última vez que la besó.

Sus dedos se deslizaron entre el cabello de Georgette, haciendo que se movieran las horquillas de atrás y que varios mechones se derramaran por su mano. A ella no le importó. Quería más. No estaba segura de qué más, pero lo necesitaba de aquel hombre, en ese preciso instante.

Dylan la empujó hasta apoyarla contra la pared, para tener las manos libres, una de las cuales subió por su cintura y después, lentamente, bajó con firmeza. Encontró su trasero y Georgette jadeó cuando él tiró de su cuerpo para atraerlo por completo contra el suyo, contra su erección, que era asombrosamente grande.

Ella se apartó; la cabeza le daba vueltas con el deseo imperioso que aquel falo duro había despertado en su interior. Quería que la levantara y la empalase contra su cuerpo. O tal vez que la tumbase sobre la alfombra y fuera malo e hiciera con ella lo que quisiera. «¡No me importa! ¡En absoluto!». Lo único que sabía era que lo deseaba tan desesperadamente que el pensamiento racional era cosa del pasado.

Un portazo al fondo del pasillo irrumpió en su mente lujuriosa y se apartó de un salto de sus brazos. Dando bocanadas de aire, se alejó de él, la mirada desenfocada y las manos temblándole tanto que le costó recoger su bolso de mano del suelo, donde lo había dejado caer. Descubrió lo que las grandes manos de Dylan habían hecho en su pelo y por poco sollozó de frustración. Rápidamente, sus manos intentaron arreglarse el peinado. Se alejó varios pasos, incapaz de mirar a Dylan, avergonzada por lo que acababa de hacer con él. «¡Otra vez!».

El grupo de asistentes al teatro al otro lado del vestíbulo era ruidoso y se sintió sinceramente agradecida por la interrupción. No tenía ni idea de qué podría haber pasado si no hubieran salido. Le gustaría pensar que habría tenido la fuerza de voluntad para detenerse con Dylan, pero en lo más profundo, sabía que probablemente se estaba engañando.

—Deja que te ayude —se ofreció él, extendiendo el brazo para colocar uno de los rizos en su sitio, pero ella dio un respingo hacia atrás.

—Por favor —susurró con dedos temblorosos mientras se llevaba las manos al peinad para ajustarlo—. Puedo hacerlo yo.

Dylan permaneció allí de pie, observando sus esbeltos brazos porque no podía verle las manos. Cuando Georgette terminó, permaneció frente a él, mirando al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó él, aproximándose.

Georgette dio un paso atrás, pero Dylan le cogió la mano.

—Georgette, contéstame.

Ella se mordió el labio, furiosa con él por ponerla en esa situación y disgustada consigo misma por permitirle que la llevara allí fuera.

—¡No! —le espetó, intentando zafarse de él. Pero Dylan no dejaba que se echara atrás ni ella podía avanzar porque su cuerpo enorme le cortaba el paso—. No, no estoy bien, y no, si no quiero contestarte, no lo haré.

Dylan rio en voz baja, pero mantuvo la sujeción sobre sus brazos. No apretaba con fuerza, sino con firmeza, de modo que no le dejaba escapar de él como había hecho aquel día después de la comida.

—Vale, eres terca y estás enfadada. ¿Puedes explicarme al menos por qué estás enfadada conmigo?

Ella lo miró con escepticismo, anonadada de que no supiera por qué estaba tan furiosa.

—Me aborras en el parque y, durante el resto de la tarde, tengo que evitar llamadas de gente que intenta averiguar cuándo he roto con Charles y empezado a salir contigo. —Le clavó el dedo en el pecho para enfatizar lo que decía—. Ahora Charles se ha marchado y no puedo localizarlo. Esta noche me has arrastrado entre los demás asistentes del teatro hasta un lugar privado y... —no pudo terminar la frase y lanzó la mano al aire como si aquello lo explicara todo.

—¿Y te he besado otra vez? —sugirió. No debería reírse, pero en secreto estaba entusiasmado de que Charles hubiera desaparecido del mapa durante una temporada. Desgraciadamente, no tenía mucho tiempo para sacar provecho de su

ausencia puesto que en dos días él mismo tendría que salir de la ciudad. «Solo estoy aquí esta noche porque Philip me dio el asiento en su palco, con el comentario de que Georgette también estaría aquí. El anciano está conspirando contra su nieta, pero yo no voy a quejarme. Parece que tiene las mismas ideas que yo sobre Georgette».

—¡Sí! ¡Me has besado! No dejes que vuelva a suceder.

Dylan se rio.

—Y tú me has devuelto el beso. ¿O tengo que recordártelo? —dijo acercándose a ella.

—¡No! —Georgette ahogó un grito, apoyando las palmas sobre el torso de Dylan para apartarlo—. ¡Ni te atrevas!

—¡Oh, sí que me atrevo! —Y las manos de Dylan pasaron de las muñecas de Georgette a su cintura, para atraerla contra su cuerpo duro—. Voy a atreverme una y otra vez hasta que reconozcas que me deseas. Y una vez que aparte eso de mi camino, voy a hacerte el amor hasta que no puedas ver con claridad. ¿Alguna pregunta? —inquirió, con el rostro a apenas dos centímetros del suyo.

Georgette no pudo responderle. «¡Ay, madre, casi no puedo respirar!». Miró a su derecha, donde permanecía de pie el pequeño grupo de gente, algunos de los cuales empezaban a mirar en dirección a ellos.

—¿No podemos hablar de esto en otro momento? —preguntó Georgette, mirándole el pecho, justo frente a ella.

—No, porque te limitarás a ignorar la cuestión. —Dudó durante un instante—. O tal vez podría esta noche después del *ballet* y podríamos discutirlo en la comodidad de tu casa. ¿Te viene mejor eso?

—En absoluto —replicó Georgette, temblando ante la idea de tener a ese hombre descomunal en su casa. «Mi casa no es lo bastante grande para alguien del tamaño de Dylan. Haría que mis habitaciones pequeñas y confortables parecieran enanas, que no estuvieran bien hechas»—. Estás vibrando —dijo Georgette, refiriéndose a su teléfono móvil, que estaba justo bajo la palma de su mano, obviamente en el bolsillo del abrigo de Dylan.

—Tú también —dijo él, deslizando la mano de arriba abajo por su espalda haciendo que se estremeciera.

Georgette cerró los ojos e intentó fingir que no le afectaba de aquella manera. Pero resultaba imposible porque él era demasiado perceptivo.

—No —dijo con la voz entrecortada—. En serio, estás vibrando. Tienes una llamada.

Dylan rio entre dientes al sentir la vibración por sí mismo.

—Sí —dijo. Dando un paso atrás, le cogió la mano para impedir que escapara mientras miraba el número. Haciendo una mueca, le lanzó una mirada fugaz—. Tengo que cogerlo.

Georgette suspiró aliviada.

—Te daré un poco de intimidad —dijo y, antes de que pudiera detenerla, se escabulló dentro del teatro. Las luces se estaban atenuando en ese momento, para indicar que el entreacto estaba llegando a su fin.

Pero, en lugar de volver a su palco, llamó la atención de su madre y la apartó a un lado.

—Me voy a ir a casa. Me duele la cabeza.

Ellen miró a su hija preocupada.

—Por casualidad, el dolor de cabeza no tendrá nada que ver con el hombre guapísimo del que estás intentando escapar, ¿verdad? —preguntó.

Georgette dio un bufido impropio de una señorita.

—En absoluto. Solo me voy a casa para intentar ponerme en contacto con Charles. Lo echo de menos —mintió. No había vuelto a pensar en Charles desde su comida del otro día excepto para esperar que no hubiera oído los rumores de su beso con Dylan.

CAPÍTULO 5

Georgette se sentó en una de las duras sillas, inspirando profundamente y disfrutando el silencio relativo de la abadía de Westminster. «Es una iglesia verdaderamente preciosa», pensó. Sacó su cuaderno y sus lápices y miró a su alrededor, asimilando las líneas, el techo y las curvas de los pasajes abovedados. Había dado una vuelta, observando las múltiples capillas, y después tomó asiento junto al coro de madera.

Mientras su mente lo asimilaba todo, sus dedos empezaron a dibujar. Nada concreto al principio. Pasó de página varias veces, casi haciendo garabatos. Ése era su proceso creativo. Tenía que meterse en el ambiente, en el espíritu de la iglesia antes de poder diseñar nada realmente dirigido a esa iglesia.

Sin embargo, mientras garabateaba, las líneas terminaron tomando forma. Al principio solo era la curva suave de una falda, que seguía las líneas del techo de piedra con una red intrincada en la falda. Después siguió el cuerpo, más curvas, con líneas de apariencia más medieval y más decoradas.

Para cuando se había metido realmente en el diseño, ya había creado las mangas ajustadas y un cuello alto. Después, una falda larga y con caída.

«Debería haber hecho esto hace semanas», pensó. Su lápiz siguió moviéndose sobre el papel, e incluso pasó de página a una nueva y un nuevo diseño brotó de su mente. «Sí, debería haberme escapado a Europa la semana pasada y así no habría conocido a Dylan, no habría hecho daño a Charles ni estaría completamente confundida con respecto a un hombre que no tiene sentido en mi vida ni en lo que quiero». No quería sentirse atraída por Dylan. Quería casarse con Charles.

«Bueno, tal vez Charles, no. Es un poco... aburrido», admitió finalmente. Tras su conversación con Dylan en la heladería, tenía que reconocer que quería pasar su vida con alguien con quien poder mantener una conversación de verdad. A Charles le gustaban los números. Su vida eran números y asuntos de impuestos, contribución bruta, contribución neta, gastos indirectos y tasas hipotecarias. «Así que, no, no hay mucho sitio para otras cosas en su vida, así que tengo que aceptar que tal vez Charles no sea el hombre perfecto para mí. Pero alguien como Charles. Alguien bueno y amable. Alguien... seguro».

¿Realmente era eso por lo que luchaba? La cara sonriente y bromista de Dylan se le vino a la cabeza y dudó. Pero, entonces, volvió su sentido común y negó ligeramente con la cabeza.

«Sí, quiero alguien que no me importe demasiado». Que le importase quería decir que le haría daño cuando la dejara.

Echando a un lado las ideas sobre su futuro, de Dylan contra Charles y todas sus fantasías románticas, obligó a su mente a centrarse únicamente en el trabajo. Observó el altar elaborado de la antigua abadía con su precioso suelo de baldosas. De hecho, eso le proporcionó otra idea para un vestido y dio la vuelta al papel con ímpetu. Su lápiz volaba de un lado para otro a medida que el patrón de las baldosas dejó paso a un vestido de novia de apariencia moderna y más geométrica. Sonrió al contemplarlo. «Muy vanguardista», pensó. De inmediato le gustó la manera en que los cuadrados fluirían alrededor de las curvas de la mujer, casi creando una ilusión óptica.

Seis diseños más tarde, recogió su bolso, sorprendida al percatarse de lo tarde que era. Salió de la abadía con los tropes de turistas, parpadeando al volver a la brillante luz del día. Puesto que la abadía estaba situado justo frente a la calle del Parlamento y del Big Ben, la zona estaba llena de turistas y ejecutivos que corrían de acá para allá, por no hablar de los funcionarios que se apresuraban a su próxima reunión. Había una gran presencia policial, pero estaba allí principalmente para dirigir el tráfico y a los peatones. ¡Bueno, y probablemente para proteger a los parlamentarios!

Georgette acababa de girar hacia el edificio del Parlamento cuando un hombre alto y guapo captó su atención. «¿Es ese...?». Miró a la derecha, donde el hombre enorme se introducía en la parte trasera de una berlina negra, pero estaba demasiado abarrotado como para verlo claramente. Pelo oscuro, hombros imposiblemente anchos, postura arrogante...

«Es ridículo», pensó. Girando a la izquierda, se rio levemente, preguntándose por qué se le había ocurrido que Dylan podría estar en Londres. «¿No es una locura?».

Levantó el brazo para parar un taxi y, cuando uno se detuvo junto al bordillo, se metió en el asiento trasero, agradecida por el frescor relativo. Londres estaba viviendo una ola de calor que había provocado que hiciera un calor espantoso en el metro. Ya lo había cogido antes aquel día y le parecía que no había una ventilación adecuada en el metro como para lidiar con el calor del momento. Para dificultar aún más su visita a Londres, todo lo que había metido en la maleta era ropa para un clima más fresco, así que estaba bastante incómoda. Tendría que comprar algo distinto en una de las tiendas cercanas al hotel. No iba a aguantar ese clima ni de coña con lo que llevaba. «Inglaterra es conocida por sus días lluviosos y temperaturas frescas. ¿Por qué ha tenido que

llegar el termómetro hasta casi treinta grados precisamente hoy?».

Dylan entrecerró los ojos cuando el taxi pasó a su lado.

—¡Pare el coche! —le dijo a su conductor. El coche se detuvo de inmediato y Dylan giró la cabeza, intentando divisar otra vez a la mujer de pelo rojizo y piel clara. Georgette se había esfumado después del *ballet* y se había puesto furioso. Si no hubiera tenido esa reunión en Londres, la habría perseguido para exigirle que hiciera frente a lo que había entre ellos. Se la imaginaba escondida en su casa con los cascos puestos y con su cuaderno de bocetos en el regazo, fingiendo que la Tierra no seguía girando mientras ella vivía en su mundo aburrido y tedioso, soportando los castos besos de Charles Henson en la mejilla.

«No la entiendo, pero joder si lo voy a intentar cuando vuelva a Nueva Orleans».

Diez minutos después, entró en el hotel The Millenium Bailey's, en Kensington. Cada vez que ponía un pie en el elegante vestíbulo, se imaginaba a una mujer con un vestido anticuado, parasol y un sombrero coqueto en la cabeza. Últimamente, esa cabeza tenía un pelo suave, rojizo como el fuego, y ardientes ojos castaños.

Cogió el ascensor hasta la última planta, y se quitó la chaqueta de un tirón para arrojarla sobre una silla lujosa mientras marcaba un número de teléfono.

—¿Tenéis información? —inquirió a su equipo de seguridad. Les había encargado la tarea de encontrar a su belleza sureña desaparecida, pero no habían tenido mucha suerte.

Su jefe de seguridad se mostraba reacio a comunicarle la noticia de que seguían sin ser capaces de encontrar ni rastro de la preciosa Georgette Charding.

—Todavía no. Estamos comprobándolo con los vecinos, pero nadie la ha visto desde antes de que se marchara usted.

Dylan dijo una palabrota por lo bajo.

—¡Consígueme algo! Rápido. —Colgó bruscamente. Estaba empezando a preocuparse. «¿Y si le ha pasado algo? Salió del teatro a toda prisa y no pude detenerla antes de que se metiera en un taxi. No me gusta que esté desaparecida desde entonces sin que nadie la haya visto».

Georgette se detuvo en el centro del vestíbulo de un hotel anticuado mirando fijamente al fondo del largo y estrecho pasillo. «¡Esos hombros! ¡Otra vez!». El hombre desapareció en el ascensor y pensó en correr hasta la puerta del mismo para ver en qué piso paraba. «¿Estoy perdiendo la cabeza? ¿Por qué veo a

Dylan en cada tío alto que camina por Londres?».

Sacudiendo la cabeza, subió por las escaleras, concentrándose en la alfombra roja y en la barandilla de madera oscura y suave. Se negaba a permitir que su cabeza siguiera evocando visiones de Dylan. «Una de dos: o estoy perdiendo la cabeza o estoy tan desesperada por volver a verlo que hago que todos los hombres se parezcan a él. En cualquier caso, esto no es sano».

Cuando entró en su habitación de hotel, se sintió mucho mejor. «¡Aire acondicionado! Es el paraíso», pensó Georgette. Arrojó su bolso de cuero sobre la silla y se dejó caer sobre la cama mirando el techo. No había huido a Europa solo para alejarse de él. Aquel viaje ya estaba planeado, aunque no tan de súbito. Mientras seguía observando el techo, su innato sentido de la sinceridad y de la justicia se hicieron notar. Había huido.

Georgette odiaba reconocerlo porque dejaba ver un miedo que no quería tener. Pero era cierto. Dylan le daba tanto miedo que se había ido de viaje para alejarse de él. Por desgracia, no había funcionado. El hombre horrible había calado hondo con su media sonrisa sexy y adorable, con su ingenio asombroso y con esos... besos.

Suspiró y se puso boca abajo, intentando enterrar la cara en una de las almohadas. «¡No debería sentirme tan desesperada por un hombre! Sobre todo por un hombre que puede hacerme tanto daño. Tengo que dejar de pensar en él. ¡Y, en serio, tengo que dejar de soñar con él! ¡Esos sueños!».

Mordió la esquina de la almohada y la soltó en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

«¿Por qué me ocurre esto a mí? ¿Por qué no puedo controlar el deseo? ¿Por qué no puede mi cuerpo contentarse con Charles?».

Volvió a ponerse boca arriba, mirando el techo de nuevo mientras intentaba encontrar respuestas. Pero todo lo que quería hacer su cabeza era imaginar a Dylan sin camisa. «¿De verdad es tan musculoso como parece bajo mis dedos? ¿Tendrá pelo en el pecho? Probablemente un montón», pensó. «Espero que no. Sé que a algunas mujeres les gusta una buena mata de pelo, pero yo prefiero sólo una pizca».

Se rio en voz alta, rompiendo con el sonido el silencio de la habitación.

—¡Como si hubieras tenido mucha experiencia con distintos niveles de vello pectoral! —se dijo. Después se incorporó y se metió en la ducha. Tenía que calmarse y centrarse en el trabajo. Tenía que crear nuevos diseños y normalmente era capaz de inventar varios que sirvieran. Solo tenía que concentrarse en el trabajo en lugar de en un hombre guapo, muy alto, muy musculoso y muy molesto.

Iba a cenar pronto y a irse a la cama con el cuaderno de bocetos. No había dormido bien durante la última semana, con su cabeza inventando sueños de hacer el amor con Dylan. Pero constantemente se levantaba a mitad de la noche con las sábanas enredadas en las piernas y el cuerpo acalorado por los sueños. Sueños en los que no encontraba satisfacción. Sueños en los que no se dejaba terminar lo que habían empezado.

Se puso su único vestido sin mangas, unos tacones sencillos y un toque de maquillaje. Cogió el bolso de cuero y caminó por el pasillo y las escaleras al restaurante del hotel. Iba a cenar sola y a sacar algo de trabajo antes de acostarse temprano. «Tal vez si me tomo una copa de vino dormiré mejor y no soñaré con Dylan esta noche».

Una idea perversa se le vino a la cabeza. «Tal vez si me tomo esa copa de vino, ¡dormiré el tiempo suficiente para terminar el sueño!». Se estremeció a la expectativa con esa idea. «Dios, no me permitiría hacerlo en la vida real, pero ¿no estaría bien... terminar la fantasía?».

Al entrar al bar del hotel, quedó impresionada con la decoración. No era el estilo habitual de un *pub*. Aquel bar tenía paredes moradas con interesantes apliques en las paredes y dramáticas lámparas de araña. Las mesas bajas estaba rodeadas de cómodas sillas en lugar de los artísticos e incómodos taburetes que lucían algunos bares. La música estaba un poco más alta de lo que le gustaría, pero estaba bien. Quería relajarse y el ritmo de jazz encajaba con su estado de ánimo.

—Una copa de *chardonnay* —dijo cuando el camarero llegó para tomar nota.

Dylan oyó la voz y se quedó petrificado. Había bajado a tomar algo antes de ir a su cena. Al oír aquella voz y la inconfundible manera sureña de alargar las palabras, junto con el familiar tono ronco, su mente y su libido se pusieron a toda marcha. «¡Está aquí!».

Casi se echó a reír en voz alta al pensar que había huido de él después del teatro sólo para llegar allí, a la misma ciudad donde se encontraba él. «¡Qué casualidad!».

Dándose la vuelta, miró hacia el restaurante que estaba justo al otro lado de una chimenea que separaba el bar de los comensales.

—Esto tiene que ser una broma —farfulló por lo bajo. Casi se echó a reír otra vez, pero se contuvo, temeroso de sorprender a la preciosa mujer vestida de arriba abajo de un negro conservador.

—Hennessey —le dijo al barista. Después se inclinó hacia un lado,

analizando a la mujer que se le había escapado. «Bueno, en realidad no se me ha escapado, porque está sentada justo ahí, más guapa que ninguna otra mujer a la que haya observado».

Con las piernas cruzadas, éstas parecían kilométricas. Ni siquiera tenía que llevar tacones altos para que esas piernas parecieran largas. Eran alucinantes. Su mirada se desplazó hacia arriba, disfrutando de la manera en que el material negro trataba de ocultar esos pechos. Pero eran demasiado grandes, demasiado turgentes. Y su cintura demasiado pequeña. Nada podía ocultar la turgencia de esos pechos deliciosos.

Dio un sorbo a la bebida, sintiendo el ardor hasta la garganta. Sacó el teléfono y le envió un mensaje al hombre con el que se suponía que debía reunirse para decirle que había surgido una emergencia y que tendría que anular la cena. Cuando terminó, volvió a mirar a la mujer, disfrutando de su bebida y de su preciosidad.

Ella estaba dibujando, con ojos centelleantes, y se preguntaba si sabía cómo torcía los labios cuando rojos cuando hacía bocetos. Era evidente cuando le gustaba lo que estaba dibujando porque sonreía ligeramente. «¡Joder, esos labios son tentadores! Hora de ponerse manos a la obra», se dijo.

El lápiz de Georgette raspó la página cuando un hombre grande se sentó frente a ella.

Al alzar la mirada, ahogó un sofoco cuando reconoció la atractiva sonrisa de Dylan.

—¿Qué haces aquí? —inquirió. «¡Se suponía que no debía estar en Londres!». Parpadeó, pensando que simplemente lo había evocado en su imaginación porque había pensado en él demasiado a menudo durante los últimos días.

Pero, no, no era su imaginación. «Está aquí, sentado enfrente de mí, al otro lado de la mesa!».

Dylan se percató de los pequeños detalles en ese momento. Su respiración se hizo más fuerte; percibió sus pechos que, junto con los deliciosos pezones que hacían presión contra el vestido, le decían todo lo que necesitaba saber.

Se reclinó sobre el asiento y saboreó la reacción de Georgette ante su presencia.

—Un compañero de la universidad es parlamentario. Me han pedido que eche un vistazo a un terreno, para ver si puede desarrollarse y cómo hacerlo.

Georgette se limitó a mirarlo fijamente durante un largo tiempo; no

estaba segura de seguir creyendo que él aún estaba allí, sentado frente a ella.

—¿No me estás siguiendo? —preguntó.

Dylan se rio.

—Podría haberte preguntado lo mismo cuando te vi en la abadía de Westminster. Pero entonces pensé que estaba viendo visiones.

Ella se inclinó ligeramente hacia delante, sorprendida al oír que no se había vuelto loca.

—¿Estabas allí? — preguntó con urgencia.

—Sí. ¿Por qué? ¿Tú también me has visto?

—¡Sí! —contestó riéndose y reclinándose sobre el respaldo—. Madre mía —dijo cogiendo su copa de vino—. Pensaba que estaba perdiendo la cabeza.

Dylan también dio un trago de licor.

—Entonces, ¿has soñado conmigo? —Vio la verdad en sus ojos. También vio la mentira tomando forma en esos labios exquisitos y la detuvo. Inclinandose hacia delante, captó su mirada antes de que pudiera decir nada más—. Yo también he estado soñando contigo. ¿Quieres compartir sueños? Yo te contaré lo que haces en el mío si tú me cuentas lo que hago yo en el tuyo. —Vio sus mejillas blancas encenderse de color y rio suavemente—. Parece que tus sueños eran mucho más lascivos que los míos.

—¡Ah, como si tus sueños no fueran todos sobre sexo! —espetó Georgette.

Dylan echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Sí. Algunos. Otros son de ti sentada ahí, al otro lado de la mesa, hablando conmigo sin tenerme miedo.

Georgette abrió la boca y la cerró. No estaba segura de qué decir.

—¿Sólo quieres que seamos amigos? —«Debería sentirme aliviada al oír eso. ¿Por qué no me siento así?».

—Sí. Y amantes.

Casi exhaló un suspiro de alivia con la primera palabra. Pero Dylan tenía que arruinarlo con las dos últimas. Aunque también consiguieron derretir una capa de hielo que había construido con cuidado alrededor de su corazón.

—No vamos a ser amantes —afirmó con convicción, reclinándose sobre el respaldo, con el cuaderno de dibujo apretado contra el pecho. Sentía los pezones rozando contra su vestido y era una sensación casi erótica. Georgette se sentía aliviada de tener el cuaderno de bocetos para poder ocultarle la reacción, pero sospechaba que podría haberla visto. Ese hombre era condenadamente observador.

Dylan no respondió, pero aceptó la carta que le ofrecía el camarero.

—¿Qué vas a cenar esta noche?

Georgette sopesó la posibilidad de decirle que se marchara, que quería cenar sola. Pero no le salían las palabras. En secreto, le encantaba estar sentada frente a él. Le encantaba la manera en que se sentaba con tanta autoconfianza en la silla, con apariencia de ser el hombre de los sueños de toda mujer. «¿Y me desea? ¿Estoy tan loca como para plantearme siquiera cenar con él? ¡Ya comí con él en Nueva Orleans, con mi novio enfrente, y mira lo que pasó entonces!». Las llamadas y preguntas de todos sus amigos habían sido incesantes.

Pero nadie la conocía allí, en Inglaterra. Era completamente anónima. «Tal vez podría disfruta de una sola noche de pasión con Dylan, sacármelo del sistema y seguir con mi vida».

Siempre había pensado que su marido sería su primer amante, pero tal vez había hecho demasiado hincapié en eso. Otras mujeres tenían aventuras con hombres antes de casarse. Y nunca se había sentido así con ningún hombre hasta entonces. Se mordió el labio inferior y sopesó sus siguientes palabras cuidadosamente. «Si digo lo que quiero, estaré emprendiendo un nuevo camino en la vida. Pero, si no aprovecho la oportunidad, ¿me haré vieja arrepintiéndome de ello? O, si paso una noche con él, ¿me arrepentiré todavía más de eso?».

—Tomaré la pasta azul —le dijo al camarero, en lugar de las palabras que quería decir desesperadamente, palabras que la dejarían en sus brazos durante las horas siguientes.

—Yo tomaré el *risotto* de marisco —le dijo Dylan al camarero—. Y traiga una botella de vino—. Pidió la botella de vino blanco que era el preferido de Georgette.

Ésta guardó el cuaderno de dibujo en el bolso de cuero que reposaba en la silla, con toda su atención puesta en el hombre que tenía enfrente.

—Entonces, ¿qué le has recomendado a tu amigo? —preguntó Georgette.

Él se encogió de hombros.

—Cada terreno es diferente. Le he prometido ir a Edimburgo a echar un vistazo. Hay muchísimos factores implicados para hacer que funcione una comunidad nueva.

Ella le preguntaba qué es lo que buscaba y descubrió que le fascinaba la manera en que evaluaba una zona antes de decidir que era la adecuada para establecer una comunidad. Había muchísimos factores implicados, pero en su interior sospechaba que Dylan utilizaba su instinto más que el análisis. Se lo mencionó cuando se llevaron sus platos y él se rio.

—Supongo que, después de hacer el análisis, sí. Llego a un punto en que tengo que confiar en mi instinto. Hasta ahora, no me ha fallado todavía. —Dylan la miraba y Georgette supo al instante que hablaba de algo más que de trabajo. Tragó el vino con cuidado; no quería atragantarse con aquella cosecha excelente.

Georgette lo miró fijamente. Su cuerpo llevaba toda la cena palpitando con la tensión sexual, pero ahora había algo diferente, un mensaje que no entendía. O, más concretamente, una señal que le daba miedo interpretar.

Dylan le dio la mano, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Vas a subir a mi *suite*, Georgette. —Se lo había dicho. No se lo estaba preguntando. Pero ella sabía que si decía «no», él respetaría su respuesta. Permaneció allí sentada mientras los dedos de Dylan acariciaban los suyos con sensualidad. Nunca había sentido una caricia como esa y le estaba costando concentrarse. Probablemente porque no quería hacerlo. Sólo quería estar con él. Su cabeza llevaba tanto tiempo diciéndoselo que era hora de seguir aquel deseo.

Deseaba a Dylan de una manera muy básica. Quería experimentar su roce mágico, volar hasta sus brazos y que fuera su primer amante. Ignoró una punzada de culpabilidad cuando pensó en su marido desconocido, pero aceptaba que así era ahora y que ya no podía seguir ignorándolo.

—Sí —dijo finalmente.

Esperaba que la levantara de la silla y la arrastrara por las escaleras de inmediato, pero él siguió allí sentado, mirándola fijamente.

—Termínate el vino —le dijo.

Georgette miró su copa y después volvió a mirarlo a él. Con un trago rápido, había desaparecido el vino y ella volvió a mirarlo, viendo como una sonrisa se formaba lentamente en aquellos labios.

Dylan se puso de pie, pero incluso entonces se levantó con dominio de sí mismo. Le sostuvo la mano mientras ella cogía su bolso y lo seguía fuera del restaurante. Cogieron el ascensor para subir y Georgette lo miró fijamente, deseando que la besara, que calmara los miedos que empezaban a levantarse lentamente en su interior.

—Relájate —le dijo en voz baja, besándole el ceño mientras sus brazos rodeaban su cintura—. Tenemos toda la noche.

Ella no estaba tan segura de eso. Georgette solo iba a hacer aquello una vez. Era todo lo que iba a permitirse. Una sola vez con aquel hombre era suficiente. Tal vez fuera demasiado, pero no quería pensar en eso.

Las manos de Dylan la abrazaron por la cintura, sosteniéndola con firmeza.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca he hecho esto antes —susurró. Dejó que sus manos deambularan hacia arriba; quería tocarlo, pero había sido un tabú durante tanto tiempo que, de hecho, le daba miedo lo que pudiera ocurrir.

Los ojos de Dylan sonrieron ligeramente cuando bajó la vista hacia ella, pero entonces se le ocurrió una pregunta.

—¿Nunca? —dijo con cautela.

Ella negó lentamente con la cabeza. Se le hizo un nudo en el estómago cuando la sonrisa de Dylan desapareció.

Tenía las manos inmóviles en su cintura cuando el significado de lo que Georgette había dicho atravesó la tensión sexual que llevaba toda la noche levantándose. Dylan estaba anonadado, sorprendido de que aquella preciosa mujer no hubiera estado antes con ningún hombre.

—¿Estás segura?

Ella sonrió nerviosa.

—Sí, estoy bastante segura de que nunca he hecho esto antes.

Dylan no le devolvió la sonrisa, sus manos aferradas con un poco más de fuerza a la cintura de Georgette debido a la urgencia de oír su respuesta.

—Sabes lo que te estoy preguntando, Georgette.

La sonrisa de Georgette desapareció y ella asintió despacio. Dylan salió del ascensor y la condujo a través de la única puerta de la planta.

—Cuidaré de ti —prometió un momento antes de que sus labios capturasen los de Georgette. El beso empezó lentamente, pero enseguida aumentó de intensidad, haciendo que la cabeza le diera vueltas por lo mucho que lo deseaba y lo rápido que aquello se había salido fuera de control.

Dylan tiró de ella lentamente, con ternura, contra su cuerpo, moviéndola para que sus cuerpos encajaran el uno contra el otro. No hizo nada durante un tiempo larguísimo, sólo besarla y hacer que se sintiera excitada y casi loca de deseo de más, del siguiente paso.

La alzó más alto contra sí mismo, encajando su erección justo donde ella la quería.

—Por favor, Dylan —jadeó. Aquellas palabras debían ser lo que estaba buscando él, porque sus manos por fin entraron en escena. Acariciándole la espalda, movió las manos de arriba abajo y, después, lentamente, centímetro a centímetro, le bajó la cremallera del vestido. Cuando éste formó un círculo a sus pies, Georgette lo miró con timidez, preguntándose si podría encontrarla

deficiente de alguna manera.

Las manos de Georgette subieron de forma automática para ocultar sus pechos, la parte de su cuerpo de la que siempre se había sentido más avergonzada.

—No —le dijo él con voz ronca cuando apartó las manos de Georgette con las suyas. Ella lo miró a los ojos y vio el deseo, vio la urgencia, y dejó caer las manos a los lados. La manera en que la miraba hacía que se sintiera... fuerte. «¿Orgullosa? Sí, me siento orgullosa de que le guste lo que ve».

—Eres preciosa. —Un segundo después, la cogió en sus brazos y la llevó al dormitorio. La recostó con cuidado en el centro de la cama, mirándola mientras se quitaba la chaqueta. Corbata y camisa cayeron al suelo, mientras su mirada ardiente contemplaba todas sus curvas.

Georgette intentó con todas sus fuerzas mantenerse inmóvil mientras la observaba, pero hasta que se quitó la camisa no estuvo segura de haberlo conseguido. Sin embargo, cuando el material blanco almidonado dio paso a una piel bronceada y musculosa, no pudo ocultar una brusca bocanada de aire. Estaba maravillada con solo mirar su torso. El ardor, que llevaba creciendo en su interior desde que Dylan se había sentado frente a ella, estalló en deseo candente. La intensidad del deseo que la azotó no se parecía a nada de lo que había experimentado antes. Incorporándose sobre las rodillas, se agarró a los hombros de Dylan. Él había tenido la misma idea y la atrajo más cerca; sus cuerpos casi desnudos aferrados el uno al otro.

Dylan la besó, sintiendo sus suaves pechos contra el torso, y su boca ardiente devolviéndole el beso. Todo ello demostraba que Georgette sentía exactamente lo que él estaba soportando y casi perdió el control. Por pura fuerza de voluntad, recuperó el control y volvió a apoyar a Georgette contra el colchón para colocar su cuerpo entre las piernas de ella y deleitarse en lo suave y perfecta que era.

Cuando Georgette intentó tocarlo, le agarró las manos y las sostuvo por encima de su cabeza con una mano.

—La próxima vez —le dijo con un gruñido ronco. La boca de Dylan se desplazó a lo largo de su cuello, su oreja, mordisqueando y lamiendo, sintiéndola temblar y estremecerse. Dylan movió la mano libre por la cintura de Georgette, envolviendo sus pechos y haciendo que el tentador pezón se endureciera a través del encaje del sujetador. Su pecho era tan turgente que casi se le salió de la mano. Dylan miró a Georgette maravillado de lo preciosa que era.

Pero su impaciencia crecía mientras ella movía las caderas contra él. Con

un giro de muñeca, soltó el broche del sujetador de encaje y se lo quitó con un movimiento rápido. Cuando volvió a mirarla, sus pezones rosados estaban justo ahí, atrayéndolo, suplicándole que los acariciara con el hocico. Inclino la cabeza, tocando la esfera sensible con la nariz y con la mano. Casi se echó a reír cuando ella dio un gritito de frustración al no darle él lo que quería. Calentándola un poco más, besuqueó la parte inferior de sus pechos, pero cuando Georgette cambió de postura, suplicándole en silencio, Dylan no pudo contenerse más. Dylan le cubrió el pezón con la boca, succionando con fuerza al principio, entusiasmado por la manera en que Georgette gritaba su nombre. Alivió la presión, pero entonces mordió la piel con los dientes, para acariciarla con la boca un momento después. Con cada roce, cada caricia diferente, Dylan escuchaba los sonidos que salían del fondo de la garganta de Georgette, deleitándose con la manera en que ella arqueó la espalda y presionó los pechos contra su boca.

—¡Para! —aulló ella mientras intentaba separarse de Dylan cuando la estimulación llegó a ser demasiado. Así, él pasó al otro pecho, dedicándole a este otro la misma atención. Aquella vez, no se detuvo hasta que Georgette se retorció debajo de él, suplicándole que siguiera y gritando que parase.

Él se habría reído de su situación, pero también estaba sufriendo de deseo. Quería desesperadamente enterrarse dentro de Georgette, embestir contra su sexo hasta alcanzar el clímax, pero había mucho más aquella vez. Con ella, también era un placer sentir su cuerpo y absorber sus gritos de deseo. Le encantaba la manera en que su cuerpo era tan receptivo, tan desesperado por sus caricias. Era como una gatita sexy que exige que la acaricien.

Cuando sus manos descendieron por el abdomen de Georgette, sintiendo la manera en que sus ágiles músculos se contraía con sus caricias, sonrió, pero Georgette no pudo verlo. Los dedos de Dylan se movieron entre sus piernas y éste casi gimió cuando se abrió para él. Pero entonces, sus dedos jugaron entre los rizos que ocultaban su sexo y Dylan tuvo que cerrar los ojos al sentir la humedad. Estaba tan caliente, tan lista para él. Pero todavía no podía penetrarla. Quería que lo tuviera todo. Quería que gritara su nombre y la única manera de hacer eso era...

—¡Dylan! —jadeó cuando sus dedos tocaron la protuberancia sensible, intentando cerrar las piernas. Pero Dylan no la dejaba, exponiendo su sexo a su mirada voraz. Una milésima de segundo más tarde, el cuerpo de ella convulsionó, mientras sus piernas se aferraban a la mano de Dylan, que se movía contra ella. Él observó fascinado mientras el cuerpo de Georgette experimentaba su primer clímax a manos de un hombre y apretó la mandíbula pensando lo

preciosa que estaba.

Cuando el cuerpo de Georgette se relajó, Dylan apretó la rodilla entre sus piernas, colocándola en su sitio. Ella se abrió a él deseosa, con la respiración entrecortada mientras sus ojos se abrían lentamente. Subió la mirada hacia él, sonriendo despacio, intentando calmar su corazón acelerado.

—Gracias —susurró. Georgette nunca había experimentado nada tan intenso, tan mágico. Dylan era un amante realmente increíble. Sólo desearía que no hubiera terminado tan rápido. Le habría gustado que siguiera un poco más—. Gracias —volvió a decir antes de reírse ante sus cejas levantadas.

—Todavía no hemos terminado —le dijo abriendo el paquete de aluminio, envainándose con protección.

Georgette sintió que palpaba con delicadeza allá abajo y se le abrieron los ojos como platos.

—¿Eso no era...? —se interrumpió cuando Dylan echó la cabeza atrás riéndose.

—No. Eso no era. —Una mano se movió más abajo, levantándole la pierna para que su rodilla estuviera doblada mientras él se introducía en su interior.

Georgette abrió los ojos de par en par cuando la invadió aquella nueva sensación. Era... ¡increíble!

—¡Eso es más grande! —dijo ella moviendo las caderas para intentar ayudarlo a él y a sí misma—. ¡Mucho más! —Contuvo la respiración mientras Dylan empujaba contra su sexo y después se movía hacia fuera, pero a Georgette no le gustó aquello. Sus manos agarraron las caderas de Dylan y volvieron a empujarlo hacia su interior. Fue más y más adentro y, cada vez, ella se sentía un poco más a la perfección.

Pero, en ese momento, Dylan llegó hasta la membrana y apretó hasta atravesarla, provocando un jadeo de dolor.

—Para —susurró. Georgette cerró los ojos, respirando hondo mientras mantenía inmóvil a Dylan.

Pero entonces él se movió. A pesar de las manos de Georgette en sus caderas, o tal vez a causa de eso, se movió ligeramente y ella se puso tensa, abriendo los ojos como platos, sorprendida.

—¿Estás bien? —preguntó Dylan, apretando la mandíbula en un esfuerzo por mantenerse inmóvil. Georgette tenía que acostumbrarse a su invasión, a su tamaño, y él intentaba con todas sus fuerzas darle tiempo para hacerlo, pero su cuerpo apretaba el miembro de Dylan y ¡le hacía sentir tan bien!

—Vuelve a hacerlo —le suplicó con los ojos cerrados.

Pero Georgette volvió a mover el cuerpo antes de que Dylan tuviera tiempo para hacerlo, y él supo que estaría bien. «Joder, parece que va a llegar al clímax otra vez». Dylan se movió dentro y fuera de Georgette, ligeramente. Cuando ella arqueó el cuerpo, penetró más profundo, sintiendo su sexo apretado y observando su rostro.

—Abre los ojos, Georgette —le dijo. Cuando ella se mordió el labio inferior pero mantuvo los ojos cerrados, Dylan se quedó inmóvil y ella negó con la cabeza ligeramente, abriendo los ojos para suplicarle.

—¿Qué? —preguntó.

—Quiero verte llegar al clímax esta vez —le dijo. Le regaló una risa entrecortada y empezó a moverse otra vez: despacio al principio, pero cogiendo velocidad cuando ella lo miró. Cuando Dylan sabía que estaba a punto de llegar al orgasmo, se inclinó y la besó, absorbiendo sus gritos con la boca mientras su propio cuerpo explotaba.

Georgette no podía creerse lo que le estaba ocurriendo. Era como si Dylan tuviera control total sobre su cuerpo y se chocara contra ella, proporcionándole el placer más increíble. Hasta ese momento, nunca habría creído que algo así era posible. Las sensaciones palpitaban a su alrededor, vibrando e impulsándola. Era increíble y sorprendente, y deliciosamente pecaminoso.

Georgette sintió que Dylan caía sobre la cama, pero su brazo la rodeaba para atraerla cerca de sí. Intentó con todas sus fuerzas poner su respiración bajo control, pero era difícil.

Apretando el rostro en el centro del pecho de Dylan, intentó aceptar lo que acababa de ocurrir.

Dylan escuchaba su respiración mientras intentaba calmar la suya propia. Parte de él no podía creer lo increíble que había sido aquello, pero la otra parte de su cerebro había sabido durante todo aquel tiempo que sería así de bueno para Georgette.

—¿Estás bien? —preguntó deslizando la mano por su cuello. Entonces sonrió ante la manera en que el cuerpo de Georgette se ponía rígido. Incluso oyó su sorpresa al darse cuenta de que su cuerpo estaba preparado para la segunda ronda. Él no estaba sorprendido. «Joder, dame un minuto y yo también estaré listo. Bueno, ni siquiera un minuto», se percató.

—Ahora mismo vuelvo —le dijo, besando su hombro desnudo.

Georgette lo vio entrar al cuarto de baño y oyó el agua corriente. Durante

todo el tiempo, solo observó su espalda, impresionada con los músculos que se extendían por su espalda y sus hombros, su culo prieto y sus largas piernas. Cuando Dylan salió del baño, Georgette intentó apresuradamente taparse con la sábana el cuerpo desnudo, avergonzada de haber estado observándolo en lugar de recuperar la modestia. Necesitaba un poco de eso después de la última ronda. ¡Había gritado su nombre! ¡Le había suplicado y rogado! «¡Madre mía, casi me pongo a dar gritos ante la belleza de lo que acabamos de compartir!».

—No te molestes —le dijo con un gruñido mientras volvía a la cama. Apartó la sábana de un manotazo y estrechó entre sus brazos, acercándosela cuando volvió a tumbarse sobre la cama.

Georgette se sonrojó cuando Dylan deslizó una pierna entre las suyas y se puso bocabajo.

—¿Entonces? —preguntó, mirando los pechos y de puntas rosadas.

—¿Entonces, qué? —preguntó ella, riéndose de su gesto lascivo.

—Entonces...

—¿Si he disfrutado? —preguntó Georgette, esperando su pregunta e intentando encontrar una respuesta inteligente. Algo que rompiera la tensión que sentía en ese preciso instante.

Dylan negó con la cabeza.

—No. Sé que has disfrutado —le dijo mordiéndole un hombro desnudo—. Entonces... ¿estás lista para hacerlo otra vez?

Georgette pensó en su promesa de solo hacer el amor con Dylan una vez, para sacárselo del sistema. Pero cuando la boca de él pasó a su cuello, supo que una vez no iba a conseguir sus objetivos. No, quería mucho más de él. «Tal vez dos», se prometió mientras levantaba el mentó para darle mejor acceso a su cuello.

—Sólo si me dejas tocarte esta vez —dijo acariciando a lo largo de su brazo musculoso, alucinada ante la cantidad de músculos ocultos bajo el soso traje.

Dylan levantó la cabeza, mirando los pechos de Georgette antes de inclinarse más abajo para llevarse un capullo maduro a la boca.

—No sé —le dijo—. Puede que me hayas hecho esperar demasiado. Todavía no sé si estoy preparado para que me toques.

Georgette sonrió, sintiéndose poderosa y femenina. Su mano se deslizó hacia abajo, pasando a la zona que la había dejado fascinada cuando volvió del baño.

—¿Estás seguro de que no puedo tocarte? —dijo tocando con vacilación.

Cuando él negó con la cabeza y se llevó la mano de Georgette arriba con un movimiento rápido, se echó a reír mientras gemía a la vez.

—Me encanta, Georgette, pero no. Perderé el control con tus manos.

Sin embargo, Dylan bajó por su cuerpo, abriéndose camino a besos.

—Además, hay muchas cosas que todavía puedo hacer. La última vez has llegado al clímax demasiado pronto. No he podido... —con eso, su boca se cerró sobre el sexo de Georgette. Ella, sin conocer sus intenciones, se arqueó y gritó al mismo tiempo. Los dedos de Dylan entraron en escena y después su lengua se movió rápidamente contra el sexo de Georgette. Ella casi dio un salto, pero él no había liberado sus caderas. De inmediato, volvió a caer hacia atrás sobre las sábanas, ya arrugadas, aferrándose a ellas con los dedos mientras la boca de Dylan trabajaba sobre su cuerpo como si fuera su propio placer personal.

Dylan inspiró su perfume, sintiendo que se le endurecía el miembro con un placer increíble mientras exploraba el cuerpo de Georgette, averiguaba lo que la excitaba y cómo ralentizar sus orgasmos para poder disfrutar más tiempo de ella a la vez que los hacía más intensos para provecho de ella. Averiguó cuánta excitación podía aguantar antes de gritar pidiendo llegar al clímax, y adoró cada momento de su aprendizaje.

Aquella noche, una y otra vez, la llevó a la cumbre del placer. No tenían noción del tiempo; sólo de una manera o la siguiente de darse placer el uno al otro. Dylan la animó a que explorase su cuerpo, enseñándole qué hacer, pero también disfrutó de sus intentos de principiante. Todo lo que hacía Georgette, cada movimiento contra él, solo servía para aumentar el placer de ambos. Se durmieron en brazos del otro cuando el sol por fin empezaba a salir por el horizonte, y a Dylan ni siquiera le importó. «Esto es el nirvana», pensó mientras se dejaba llevar por el sueño, con los rizos rojizos de Georgette esparcidos por su pecho y su cuerpo suave y delicioso acurrucado junto al suyo.

CAPÍTULO 6

—Ven conmigo a Escocia —dijo Dylan cuando bebían café en el balcón de su *suite* en el ático a la mañana siguiente. Georgette llevaba su camisa y nada más, mientras que él sólo se había tomado el tiempo de ponerse unos vaqueros. Se habían duchado y volvieron a hacer el amor bajo el agua caliente, exhaustos pero aún incapaces de impedir que sus manos se tocaran. Y tocarse siempre llevaba a una cosa. Una única cosa que se intensificaba más y más cada vez que hacían el amor.

Georgette lo miró por encima del borde de la taza de café.

—¿Cómo dices? —preguntó. Lo había oído, pero no estaba segura de haber entendido realmente qué le estaba pidiendo.

—Ven conmigo a Escocia. Tengo que ir a Edimburgo... —miró su reloj e hizo una mueca—, bueno, hace seis horas —le dijo con un guiño—. Pero volaremos esta noche, tomaremos algo de cena y después... —dejó en el aire el resto de aquella frase.

—Yo iba a ir a Bath mañana.

—Pues ve esta noche. Iré contigo. Puedes terminar lo que tengas que hacer y nos iremos a Escocia al día siguiente.

Iba a decir que no, pero se detuvo. «¿Por qué no?». —¿Tomarás el té con leche local conmigo? —preguntó.

Dylan rio, con la mirada encendida de ideas.

—¿Has probado el té con leche de aquí antes?

Georgette negó con la cabeza, disfrutando de la manera en que sus ojos seguían el trazo de su pelo, todavía mojado.

—No. ¿Tú? —preguntó.

Dylan asintió.

—Sí. Te enseñaré cómo se toma.

Georgette sonrió, pero sospechaba que su versión del té con leche y panecillos podía ser radicalmente distinta de la del resto del mundo. Y tal vez a ella le gustara mucho más.

Dos horas después, estaba sentada junto a Dylan mientras él surcaba las transitadas carreteras de Londres alejándolos de la ciudad. El potente Mercedes gris que había alquilado acompañaba con su murmullo mientras las manos de Dylan se mantenían seguras sobre el volante. Las carreteras de Londres no eran muy distintas de las de Estados Unidos, excepto que allí conducían por el lado

izquierdo de la calle, en lugar del derecho. Avanzaban fácilmente por la autopista M3, hablando de trabajo o de lo que se les pasara por la cabeza.

Parecía como si sólo hubiera transcurrido media hora antes de que doblaran la esquina y los recibiera una vista impresionante. Dylan se detuvo para que Georgette pudiera contemplar desde ladera de la colina la ciudad de Bath, que se extendía más abajo.

—Es precioso —suspiró Georgette.

—Estoy de acuerdo —dijo Dylan, pero estaba mirándole el pelo, al que el sol vespertino había prendido fuego. Desde el momento en que había conocido a esa mujer, lo tenía deslumbrado. Ahora era suya y no podía esperar a llevarla al hotel para poder hacerle el amor hasta que volviera a retorcerse en sus brazos, pero también quería darse prisa en salir de la ciudad para poder seguir juntos su viaje por carretera. Siempre había sabido que sería una amante sensual, pero lo cierto era que también disfrutaba en su compañía. Le gustaba estar con ella sin más y hablar con ella. Era lista e inteligente, ingeniosa y sarcástica cuando algo se le ocurría algo. Dylan había reído más durante las pasadas veinticuatro horas con ella que con ninguna otra mujer que conociera. Incluida su hermana, lo que era decir mucho.

—Es incluso más bonito cuando bajas a la ciudad —le dijo arrancando otra vez. Bajaron por la colina hacia la ciudad y Dylan encontró el hotel fácilmente. Estaba en la parte antigua de la ciudad, justo al lado del río Avon. El hotel seguía siendo viejo, pero la decoración era completamente distinta de la del hotel de Londres. El Francis Hotel era más artístico, pero conservaba un estilo anticuado, aunque con acentos modernos que intensificaban el ambiente creativo.

Dylan hizo el registro y le dio a Georgette la llave de su habitación.

—¿Por qué no vas a trabajar en tus cosas mientras yo hago unas llamadas? Así no te estorbo.

Ella agradecía la maniobra más de lo que podía expresar, pero le regaló una sonrisa de oreja a oreja. Entonces, en un impulso, se acercó y lo besó. Solo pretendía darle un besito en la mejilla, pero él no estaba de acuerdo con ese plan. Para cuando se separó de él, Georgette estaba sin aliento y sopesando renunciar a trabajar durante otro día.

Dylan debió de verle la intención en los ojos, porque rio por lo bajo y la empujó dulcemente hacia la puerta.

—Termina tu trabajo ahora, porque no vas a dormir mucho esta noche —prometió.

Con otra amplia sonrisa, Georgette cogió su bolso y salió por la puerta con paso tranquilo, lanzándole una última mirada anhelante antes de cerrar la puerta. Vio su mirada de sorpresa mientras coqueteaba con él, y eso le dio una sensación de enorme poder. También lo supo exactamente cuando Dylan cambió de opinión y corrió fuera de su alcance.

Georgette rio y casi tropezó por la calle, mientras la felicidad la inundaba. «Dios, de haber sabido que tener una aventura era tan divertido, tal vez hubiera encontrado un amante hace mucho tiempo».

Observó la ciudad de aire italiano y a los hombres que caminaban por allí; entonces tuvo que revisar su idea. No creía que los otros hombres fueran amantes tan increíbles como Dylan. Tenía algo especial, algo que avivaba su imaginación y hacía que se sintiera más abierta y segura de sí misma con él. Sinceramente, no podía imaginarse haciendo el amor con otro hombre.

Caminó felizmente hasta el río, observando la manera en que fluía el agua por las antiguas murallas. El puente era precioso, pero lo que captó su atención fue la manera en que se movía el agua. Apenas se percibía la fuerte corriente a un lado del puente principal, en la sección turística. Pero al otro lado del bonito puente, fluía con rapidez sobre los muros de piedra, cayendo en cascada capa a capa. Georgette miró el agua durante varios minutos, después cogió uno de sus lápices y dibujó el fluir del agua. Cuando miró su dibujo y después al río, le pareció que había captado la esencia bastante bien. Entonces pasó la página y dibujó un vestido utilizando las líneas del agua para crear la caída del vestido. No estaba segura de qué tejido utilizaría, pero de alguna manera captaría perfectamente la imagen. También le gustaba que el agua era verde y la espuma, blanca. No iba a hacer un vestido de novia verde, pero a medida que esbozaba vestido mentalmente, se le ocurrió la idea de añadir matices rosas o amarillo claro.

Cuando terminó ese diseño, fue a la abadía de Bath, una iglesia enorme y muy bonita construida hacía siglos, alrededor de la cual se había levantado el resto de la ciudad. Una vez más, utilizó las líneas del techo, los arcos y la mampostería para crear el diseño del vestido, mientras que el cuerpo se basaba en el intrincado trabajo de forja de una de las capillas.

Lo siguiente eran los baños romanos. Georgette se apresuró a través de la zona del museo, tomando nota de los vestidos de los cuadros así como de la mampostería antigua. Aquello resultaba más difícil porque la piedra era tan antigua que la decoración se había desgastado con el paso del tiempo. De modo que, en lugar de eso, se sentó en uno de los escalones de piedra de la parte más

antigua, observando a uno de los educadores de «historia viva», que iba vestido como un ciudadano romano acaudalado. El vestido, que no procedía de la naturaleza, parecía más estructurado, pero era completamente distinto de los otros que había dibujado durante los pasados días. Aquellos tenían faldas grandes que caían con vuelo desde el cuerpo. Éste iba más pegado al cuerpo, abrazando las líneas femeninas con un material delicado y cruzándose en el pecho y la cintura. En lugar de romano, parecía bastante griego, pero a Georgette le gustaba de todas formas.

Para cuando volvió a la *suite* que compartiría con Dylan, se sentía tímida y se preguntaba qué iba a suceder. Estaba acostumbrada a volver a su casa diminuta o a visitar la bonita mansión georgiana de su madre. Nunca había vuelto a casa del trabajo para encontrarse a un hombre esperándola. De modo que, cuando cerró la puerta, miró a su alrededor ansiosa, con el bolso aún en el hombro, buscando a Dylan con ganas. Sólo había estado ausente durante cuatro horas, pero en ese tiempo había conseguido hacer muchas cosas.

Tan pronto como la puerta se cerró con un clic, otra puerta se abrió y Georgette contuvo la respiración cuando vio a Dylan caminando hacia ella, bebida en mano.

—Ten —dijo dándole un vaso con algo oscuro y cremoso—. Bebe —le dijo.

Tomó su mano y la condujo hacia el balcón.

—¿Qué es esto? —preguntó cogiendo el vaso de refresco que le ofrecía y dando un sorbo—. ¡Hala, está delicioso!

—Vamos a tomar té con leche, tal y como pediste.

Georgette miró con suspicacia la bandeja, llena con varias cosas.

—No creo que esta sea la versión inglesa del té con leche —le dijo con recelo. Dio otro traguito del líquido dulce—. ¿Qué es esto? —preguntó.

—Licor de café mezclado con licor de chocolate. —Se llevó la mano de Georgette a la boca y besó su palma—. No he encontrado licor de té.

Ella se echó a reír, pero dio otro sorbo.

—Vale, ¿y qué es todo eso que hay en la bandeja?

Dylan no respondió de inmediato, sino que empezó a desabrocharle la camisa. Cuando terminó, se la quitó de los hombros.

—El té con leche se trata de los postres —dijo, fingiendo examinar sus pechos con ojo clínico, aunque el deseo en las profundidades azules lo delataba. De repente, Georgette se quedó sin aliento. Los pantalones cortos salieron con facilidad, deslizándose por sus piernas—. Siéntate —le dijo—. ¡Espera! —Un

momento después, le quitó la ropa interior, admirando su trabajo mientras recorría su piel con los dedos, trazando con delicadeza la línea del sujetador de Georgette—. Creo que ahora estás perfectamente vestida para tomar té con leche.

Le dio la mano y la condujo hasta una de las sillas del balcón.

—Ahora puedes sentarte. —La colocó en una de las sillas, cubierta una suave manta por encima para evitar que se sentase sobre el hierro frío de los muebles del balcón. Cuando se hubo sentado, Dylan tomó asiento a su lado—. Cuéntame qué has creado hoy —le dijo.

Georgette miró a su alrededor, sintiéndose muy expuesta, pero se dio cuenta de que el balcón estaba más alto que los demás edificios, así que era muy íntimo. Percatarse de ello tornó su ansiedad en algo completamente diferente. Allí sentada con él, que la miraba despreocupadamente con solo un sujetador de encaje, se sentía... ¡decadente!

Georgette lo miró y sonrió, inconsciente del poder sexual que ocultaba aquella expresión. Pero Dylan sí que lo vio y todo su cuerpo reaccionó. Casi la levantó de la silla y le hizo el amor sobre la mesa, pero se detuvo. Lo deseaba. Quería mostrarle otra cara y parecía que le gustaba.

—Se me han ocurrido varios diseños nuevos. Sólo tengo que encontrar los tejidos adecuados para ellos.

—Y eso, ¿va a ser un reto?

Georgette se encogió de hombros, sintiéndose solo ligeramente cohibida ante el hecho de estar básicamente desnuda.

—A veces. Tengo que encontrar una tela que envuelva el cuerpo de cierta manera pero que tenga estructura.

Mientras relataba sus aventuras por Bath, Dylan se inclinó hacia ella y le retiró del hombro la tira de su sujetador. Le gustaba ese aspecto. Unos momentos después, hizo lo mismo con la otra tira, provocando que su respiración se acelerase aún más.

Dylan se esforzó por mantener la conversación, pero al final, Georgette estaba demasiado *sexy*. Después de unos pocos minutos, se puso de pie, se quitó la camisa y la cogió en brazos. Pero, en lugar de llevarla al dormitorio, la tumbó sobre la mesa.

—El té con leche es un té de postre —dijo Dylan, acariciándole el vientre con las manos. Cogió la jarra de miel de la bandeja y vertió el cálido líquido con delicadeza por su piel—. Soy terriblemente goloso —y sumergió la cabeza, lamiendo el dulce reguero.

Hizo lo mismo con la nata montada, pero en sus pechos, lamiendo y excitándola de tal manera que estaba volviendo a Georgette loca de deseo. Normalmente era genial a la hora de excitar su piel sensible, pero con el dulce añadido para lamerlo, era una sensación completamente diferente.

Cuando vertió la miel templada entre sus piernas, Georgette pensó que iba a morir de placer. Una y otra vez, fingió que era una tarta y a ella le encantaba. Para cuando por fin la penetró y la llenó, casi explotó con su primera embestida. Pero Dylan estaba llegando a conocer su cuerpo bastante bien, así que cambió de postura para seguir excitándola. Cada embestida la acercaba un poco más, pero él no estaba dispuesto a dejarla caer por ese delicioso precipicio. No la dejó caer hasta que él estuvo preparado, gritando en el balcón, donde los pájaros eran sus únicos testigos mientras el placer atravesaba su cuerpo.

Después, la llevó al baño y empezó el proceso de nuevo, pero con agua caliente y gel de melocotón, para ayudar a calentarla y a darle escalofríos. En el momento en que la llevó al dormitorio, Georgette estaba exhausta, pero completamente satisfecha. Se acurrucó a su lado y suspiró contenta.

CAPÍTULO 7

Georgette rio mientras abrazaba el brazo de Dylan, sintiendo el aire fresco colarse entre sus mechones.

—Gracias por esta tarde —suspiró, apoyando la cabeza contra su hombro ancho. Dylan los había llevado a Escocia en su avión privado y cogieron un taxi por el casco viejo de la ciudad. Aquella vez se quedarían en el apartamento de un amigo en lugar de en un hotel, y a Georgette le gustó mucho el cambio. Resultaba incluso más liberador al no estar en un espacio hotelero. El apartamento era enorme y diáfano, y se prestaba a un gran entretenimiento. Pero solo con los dos allí, resultó... perfecto.

Dylan la llevó de prisa calle arriba, un corto paseo hasta el castillo de Edimburgo, que yacía sobre una colina que dominaba toda la ciudad. Georgette se había llevado su cuaderno de dibujo y la imaginación le bullía con todas las ideas medievales que atravesaban su cabeza hasta el papel.

—¿Has sacado alguna buena idea del castillo de Edimburgo? —preguntó Dylan mientras descendían por la calle adoquinada que llevaba de vuelta al apartamento. ¡Los edificios en el casco viejo de la ciudad eran fascinantes! Muy distintos de los otros lugares que habían visitado. Las calles eran empinadas y curvas, pero los edificios eran planos y se movían con la forma de la calle. La avenida que llevaba hasta el castillo de Edimburgo era casi una callejuela por la manera en que los edificios enmarcaban las calles. Y, debido a eso, los sonidos hacían eco desde la roca y el asfalto, haciendo que los músicos callejeros y las conversaciones, las gaviotas, palomas y cualquier otra criatura se oyeran mucho más alto porque el sonido rebotaba contra todo hasta que se disipaba por arriba.

—Muchas buenas ideas. Las mazmorras eran fascinantes.

Dylan rio.

—¿Así que te gusta que te aten?

—¡En absoluto! —replicó, dándole un suave puñetazo en el brazo como castigo por haberlo sugerido.

—Probablemente aún no lo hayas probado —la miró con lascivia—. Lo añadiré a la agenda.

Georgette se quedó boquiabierta durante un largo instante, pero entonces captó la idea. No estaba segura de qué quería decir Dylan, pero todo lo que le había enseñado sobre el sexo y hacer el amor hasta el momento había sido fascinante. De modo que no discutía con él en ese aspecto.

—Me encanta estar aquí.

—¿Te refieres a estar conmigo? —preguntó él.

Georgette lo miró y vio su gesto serio. Tragó saliva y pensó en inventarse una respuesta para darle la vuelta, pero al final se limitó a asentir con la cabeza.

Dylan le dio un suave apretón, diciéndole que él se sentía del mismo modo.

—Es tan agradable andar por las calles y no ver a ningún conocido.

Una ceja oscura subió con su comentario.

—Pensaba que te gustaba vivir en Nueva Orleans.

Georgette suspiró e intentó encontrar la manera de explicarlo.

—Me encanta Nueva Orleans. Es una ciudad preciosa, pero aquí nadie nos conoce. —Subió la mirada hacia Dylan—. ¿Te acuerdas de aquella tarde en que me besaste en el parque enfrente de mi *boutique*?

—Sí —dijo él con mirada maliciosa.

Georgette se rio entre dientes, pero entonces sacudió la cabeza.

—Cuando volví a mi despacho, recibí tres llamadas, todas de gente que quería saber qué estaba pasando, si estaba saliendo contigo, si íbamos en serio, si había roto con Charles... —entonces se detuvo, aflojando el agarre en torno a su brazo.

—¿Qué pasa?

Georgette lo miró, sintiéndose fatal de repente.

—¡No he roto con Charles! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Llevo toda la semana durmiendo contigo y no he roto con mi novio! ¿Qué clase de persona soy?

Dylan volvió a atraerla contra su costado.

—Puedes hacer eso cuando vuelvas a Nueva Orleans —le dijo, dándole un beso en la frente.

—Supongo. —Sacudió la cabeza y dejó estar el tema—. Tiene razón. No sabe que estamos aquí y no creo que le llegue noticia de nuestras actividades. Además, estaba en Tokio cuando me marché, así que probablemente tampoco sabe nada del beso. —Gimió— A menos que alguien se lo haya contado. Cosa que probablemente hayan hecho. ¡No hay secretos en esa ciudad!

Dylan se echó a reír.

—Todo el mundo lo ve todo.

—¡Exactamente! —Inspiró hondo, disfrutando del débil sol que intentaba abrirse camino calentando a través de la niebla—. Nadie me ve ni se interesa por mí aquí. Somos completamente anónimos.

—Bueno, anónimos, de todas maneras. Aquí hay espías en la calle — bromeó.

Georgette subió la mirada hacia él; no estaba segura de a qué se refería.

—¿Por qué dices eso?

Dylan apuntó a un edificio blanco guarnecido de negro.

—¿Ves ese edificio de allí? El que tiene el tejado negro y curvo con antenas.

—Sí. ¿Qué pasa con él? — Georgette parpadeó hacia la luz débil del sol, encantada con su vasto conocimiento de aquellas ciudades.

Dylan la sonrió mirándola a los ojos.

—Hay un espejo en la azotea. Espía a la gente de la calle. Se llama cámara oscura y captura una imagen de la gente que hay en la calle para proyectarla en una pantalla que en esa sala abovedada.

Georgette miró el edificio, pero no veía el espejo.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No. ¿Quieres verlo?

Ella sopesó sus opciones. «¿Está bromeando conmigo? Para ser un hombre tan grande y tan serio, le gusta mucho bromear». Le había contado historias sobre su infancia como el mayor de cinco niños y todas las torturas que había hecho sufrir a sus hermanos. Independientemente de cuántas historias hubiera compartido, a Georgette siempre le resultaba difícil identificar al hombre de negocios cruel, decidido y extremadamente rico con el amante amable, bromista y juguetón con el que se despertaba cada mañana.

Mirando de nuevo hacia el edificio, pensó en lo que le decía. «¿Me está tomando el pelo? No estoy segura».

—Demuéstramelo. Me parece que no te creo.

Dylan tomó su mano y la condujo al interior del edificio. Después de comprar las entradas, les dijeron a qué hora tenían que estar en la sexta planta. Hasta entonces, pasaron por las diversas exposiciones, riendo ante los increíbles ilusiones ópticas. La arrinconó en el laberinto de espejos y la besó en el túnel que daba vueltas, haciendo que incluso la gente normal que pasaba por allí perdiera el equilibrio a pesar de encontrarse en un puente de acero que era plano. Debido a los remolinos de colores, la mente pensaba que el suelo también daba vueltas.

Le encantaban todos los trucos y deseaba tener su cámara. Dylan le enseñó cómo funcionaba todo, explicándole las ilusiones y los trucos mentales. Georgette adoraba estar con él. Pensó en anotar algunas ideas en su cuaderno de

bocetos, pero lo había dejado en el apartamento, porque solo quería estar con Dylan aquella tarde.

En el piso superior, les enseñaron la cámara oscura. No era más que una tabla blanca reflectante, prácticamente plana, que proyectaba la imagen de la calle que se extendía por debajo. La guía turística demostró cómo se daba la vuelta al espejo que había fuera del edificio para que tuvieran una vista de la calle en trescientos sesenta grados.

—Hace una hora aproximadamente hemos pillado a una pareja besándose en la calle —explicó con su voz alegre—. Veamos si encontramos a alguien interesante.

La sala estaba casi completamente a oscuras, pero sintió los brazos de Dylan dándole un apretón ligero con aquella noticia. Georgette rio, disfrutando con el hecho de que grupos anteriores de espías pudieran haberlos pillado con aquel interesante artefacto, pero los dos seguían siendo relativamente anónimos. «¡Es muy refrescante y extremadamente liberador!».

—Creo que no vamos a volver a encontrar a nuestra pareja del beso, ¡pero les aseguro que parecía muy romántico! —El resto del público rio, pero ella y Dylan compartieron un momento en silencio.

Salieron de la sala, de la mano y riéndose de cómo los habían pillado. Pero a Georgette no le importaba. «Es maravilloso ser tan abierta y cariñosa con este hombre de apariencia dura y no preocuparme por el futuro ni por el pasado, ni de lo que nadie más pueda preguntar sobre nuestra relación. No hay expectativas, preocupaciones de nada más que lo que vayamos a cenar o hablando de temas de trabajo».

Partieron de Escocia a la mañana siguiente y Dylan siguió a Georgette hasta Dublín. Le había dicho que no tenía que visitar las iglesias de allí. Ya tenía más que suficientes ideas. Pero Dylan insistió en ir con ella porque no quería que acortara su viaje. Había previsto dos días en Dublín, de modo que irían a Dublín. Solo era un vuelo corto, poco menos de una hora, pero sería cómodo, ya que Dylan la había convencido de ir una vez más en su avión privado. A Georgette le encantaba el lujo pecaminoso de los asientos de cuero y la comida deliciosa. Y era mucho más fácil pasar los controles de seguridad puesto que el capitán trabajaba para Dylan. Simplemente salían del coche, saludaban al capitán y ¡allá iba el avión! Sin controles, sin largas colas, y el capitán despegaba cuando Dylan decía que estaba preparado.

Para la tarde, Georgette ya estaba sentada en la catedral de la Santísima Trinidad, con el cuaderno de dibujo sobre el regazo y la misma sonrisa de boba

en la cara. No podía concentrarse en nada más que los recuerdos de la noche anterior con Dylan. Era tan divertido estar con él, tan extraordinariamente creativo en el aspecto sexual. Nada de locuras, pero desde luego que hacía una aventura de cada noche en sus brazos.

Suspiró y echó la cabeza hacia atrás. No sabía que iba a dibujar allí. Solo quería sentarse y absorber la atmósfera. La catedral de la Santísima Trinidad era ligeramente distinta del resto de iglesias en las que se había aventurado últimamente. Las otras eran muy serias, decididas a exponer sus historias extraordinarias a la vista de todos. Eso también era cierto en la catedral de la Santísima Trinidad, pero allí las historias tenían un giro divertido. Todos los asientos en el santuario tenían un zorro bailarín tallado en el respaldo. No sabía por qué, de modo que le preguntó a uno de los educadores. Aparentemente, los símbolos de zorros se debían a que, en el pasado, los frailes que dirigían la abadía se volvieron bastante zorros en la manera en que enseñaron a los diversos patronos a donarles dinero. Georgette escuchó las historias y rio, encantada con el pasado cómico de la catedral.

Tras solo unas pocas historias, Georgette ya sabía lo que quería diseñar. Volvió a sentarse en uno de los bancos de madera y esbozó una falda echa con falsas colas de zorro discretamente incorporadas a la misma. Ladeó ligeramente la cabeza, intentando encontrar la manera de introducir el tema del zorro en el cuerpo. Le encantaba la falda, pero seguía atascada con el cuerpo del vestido.

Después de dos horas ajustando el boceto, repitiéndolo y empezando de nuevo, finalmente se rindió. «No voy a conseguir forzarlo de ninguna manera. Es un diseño muy distinto, pero tendré que volver a ello en otro momento. Necesito inspirarme en otra cosa para trabajarlo con el conjunto del diseño». Miraba hacia arriba, sonriendo a los rostros de piedra en los extremos de cada arco, cuando una de las caras captó su atención. Se puso de pie, intentando verla más de cerca. «¿Es eso...? Seguro que no. Puede que solo sea un zorro».

Georgette miró con los ojos entrecerrados e incluso levantó la cámara, intentando conseguir una fotografía mejor. «Efectivamente, es una cara de mono. ¿En piedra? No tengo ni idea de qué está pasando».

Miró alrededor, quería preguntarle alguien sobre aquel rostro, pero todos los educadores estaban ocupados con otros grupos turísticos.

En otras iglesias le habían dicho que los rostros en los extremos de los arcos representaban a frailes o a gente importante para la vida de la iglesia. Entonces, ¿por qué había un rostro de mono en uno de los arcos?

Con un suspiro, salió de allí, imaginando el rostro de mono e intentando

adivinar por qué estaba allí. Pero entonces se le ocurrió cómo terminar el cuerpo del vestido. Apresurándose, corrió de vuelta al hotel, que estaba a solo unas manzanas de la iglesia, para dibujar su idea y ver si funcionaba.

Entró como un vendaval en la *suite* del hotel, otro ático con vistas impresionantes de la ciudad. Tiró su bolso de cuero de cualquier manera y cogió su cuaderno de dibujo, impaciente por plasmar su idea en el papel. Vio a Dylan al teléfono y le saludó, pero siguió centrada en su idea. Oyó el suave murmullo de su voz y supo que volvía a hablar de números, cifras tan grandes y complejas que no podía ni imaginar sobre qué podría estar hablando, pero seguía empeñada en su diseño.

Cuando terminó, extendió la página sobre la mesa y se levantó para contemplar su idea desde la distancia. «¡Me gusta! Es diferente y alocada, un poco irreverente, pero aun así incorpora todo lo bonito de un vestido de novia que hace que una mujer se sienta especial». Había cuidado los aspectos tradicionales, pero añadió detalles que hacían que toda la imagen fuera bastante descarado.

—Es precioso —dijo Dylan desde detrás de ella, deslizando los brazos alrededor de su cintura mientras lo contemplaba—. ¿De dónde has sacado la idea de ocultar colas de zorro en la falda? —preguntó—. Parece divertida.

Georgette se sintió muy emocionada de que hubiera entendido exactamente lo que había intentado dibujar. Dio la vuelta y lo besó en la mandíbula, la única parte de él a la que llegaba.

—Hoy he estado en la catedral de la Santísima Trinidad y tiene una historia interesante. Pero la verdad es que me han gustado mucho las colas de zorro que parecían ser el tema de la iglesia.

Dylan asintió con la cabeza, sonriéndole.

—Así que, ¿ya has terminado por hoy? —preguntó.

Georgette rio; sabía perfectamente por dónde iba su mente.

—Supongo que puedo haber terminado. —Salió de entre sus brazos y cogió el cuaderno de dibujo del sofá. —Pero también... —empezó a decir, solo para chillar cuando la cogió por detrás y se la echó sobre el hombro. Ella, riéndose, se aferró a su espalda—. ¡Vale! He terminado —dijo riendo.

Dylan solo la llevó hasta la habitación y la arrojó en el centro del colchón suave y enorme, dejándose caer sobre ella y sujetándola allí cuando intentó escaparse.

—¿Crees que eres más fuerte que yo? —le preguntó agarrándole las muñecas y sosteniéndolas por encima de su cabeza mientras utilizaba los dientes

para apartar la camisa de su camino.

—¡No! —rio Georgette; empezaba a dolerle el estómago de tanto reír—. Lo prometo, nunca se me había ocurrido esa idea. —Intentó escapar de sus roces excitantes entre risitas. Pero aquello solo hizo que empeorasen las cosquillas, y en pocos minutos jadeaba sin aliento—. ¡Por favor! ¡Piedad! —suplicó.

—Nada de piedad —respondió Dylan, cubriendo su boca con los labios hasta que se acalló la risa. Aquella vez iba en serio. Se quitaron la ropa, lanzada fuera de su camino para que manos y dedos pudieran explorar, excitar y volverse locos el uno al otro. Georgette degustó la piel de su pecho, de su abdomen e incluso de más abajo. Casi sonrió con el gemido de Dylan cuando se lo metió en la boca—. Vale, ahora soy yo el que suplica piedad —le dijo enredando las manos en su pelo mientras la boca de Georgette le volvía prácticamente loco por el deseo de enterrarse en su interior.

Solo le dio unos momentos antes de levantarla y hacer exactamente lo que quería. En solo unas pocas embestidas, Georgette llegaba al orgasmo, y Dylan llegó con ella momentos después.

A medida que recuperaban la respiración, Dylan la atrajo contra su costado, acariciándole el cuello con la nariz y disfrutando de la manera en que seguía deslizándose contra él, como si su cuerpo no se hubiera recuperado del orgasmo maravilloso que acaban de disfrutar ambos.

—No podemos hacer eso demasiado a menudo.

—¿Por qué no? —preguntó Dylan, poniéndose una almohada tras la cabeza mientras sus dedos se deslizaban por la espalda desnuda de Georgette.

—Porque durante el próximo podría darme un infarto.

Dylan se rio y Georgette sintió el sonido además de oírlo puesto que tenía la mejilla apoyada contra su pecho musculoso.

—Yo me preocuparé de eso cuando suceda.

Georgette sonrió, dejando correr los dedos por su vello pectoral. «¿Por qué luché tanto para que esto no ocurriera?», pensó. Después se quedó dormida con la puesta de sol.

CAPÍTULO 8

Georgette metió los brazos en el esponjoso albornoz, atándose a la cintura mientras cogía una toalla para secarse el pelo. Era su último día juntos y se sentía asombrada y triste de que aquello tuviera que terminar.

Saliendo del baño, buscó en su mente, intentando encontrar la manera de seguir con su aventura cuando volvieran a Nueva Orleans.

—Entonces, ¿cuánto tiempo vas a quedarte en Nueva Orleans? —preguntó intentando mostrarse despreocupada sobre su vuelta mientras se preparaba mentalmente para que terminase su tiempo juntos, preocupada de que Dylan tuviera que volver a su mundo real, que no la incluía a ella.

Dylan estaba hojeando su cuaderno de dibujo, aún desnudo y con la sábana blanca tapándole solo parcialmente su magnífico abdomen con aquellas fascinantes líneas y con la deliciosa línea de fino vello que desaparecía bajo la sábana. «Qué afortunada la sábana», pensó distraídamente.

—¿Te pondrías este cuando nos casemos? —preguntó señalando el vestido que había creado en la abadía de Westminster—. ¿O este? —preguntó pasando varias páginas hasta el vestido de la catedral de la Santísima Trinidad—. No sé cuál de los dos me gusta más.

Georgette se quedó helada; todo el cuerpo se le quedó frío. No podía hablar, no podía moverse y se sentía como si el estómago se le hubiera retorcido con un nudo doloroso.

—¿Georgette? —preguntó Dylan, levantando la mirada hacia ella cuando se quedó en silencio. Se le abrieron los ojos como platos cuando vio su expresión aturdida—. ¿Qué pasa?

Ella se arrancó la toalla del pelo con un tirón, enredándose en las manos.

—No vamos a casarnos —le dijo con rotundidad absoluta, intentando ocultar de su voz el miedo que la calaba hasta los huesos.

Los hombros de Dylan se relajaron y él se puso de pie, totalmente despreocupado por su desnudez. Metió la mano en el cajón de la mesilla de noche y sacó una caja negra de terciopelo.

—Debería hacerlo como es debido, ¿verdad?

Georgette ya negaba con la cabeza, echándose atrás. Se sentía como si las palabras de Dylan le estuvieran partiendo el corazón en dos, incluso hasta haciéndolo trizas.

—No puedo —respondió de inmediato. «¿Se me mueven los labio? No estoy segura». El miedo y el pánico prácticamente la estaban abrumando en ese momento, de modo que no estaba segura de nada—. ¡No puedo!

Dylan abrió la caja y la miró.

—No puedes, ¿qué?

—Casarme. No puedo casarme —dijo apartando la caja de un empujón—. Matrimonio, no.

—¿No quieres casarte? —preguntó Dylan. A Georgette le dolió el corazón todavía más cuando vio la mirada de dolor en sus ojos.

Ella negó con la cabeza.

—Matrimonio, no. ¿No podemos simplemente... —extendió los brazos hacia Dylan, con las palmas hacia arriba, como si le suplicara que lo entendiera—. ¿No podemos simplemente... seguir así?

Él sacudió la cabeza.

—Quiero saber que eres mi mujer, Georgette. Quiero saber que, al final del día, estarás ahí conmigo.

Ella se mordió el labio, deseando que aquello fuera posible.

—¿Por qué no vamos día a día? —Se dio cuenta de inmediato de que no quería eso en absoluto.

—Porque quiero el compromiso, los niños, todo el paquete. Te quiero, Georgette. Estoy enamorado de ti y pensaba que tú también me querías.

Ella palideció con aquellas palabras y volvió a dar un paso atrás.

—¿Enamorada? —probó la palabra, rezando para que no fuera cierto—. ¿Enamorada? —dijo la palabra en voz más alta. Cuando se percató de que era verdad, enterró la cara en las manos y empezó a sollozar—. ¡Oh, no! ¡Estoy enamorada de ti! ¿Cómo puede haber ocurrido esto? —Se levantó y se secó las lágrimas de las mejillas con saña—. Pensaba... Sabía que no eras seguro, que tu reputación... —Sacudió la cabeza, llorando más fuerte ahora al alejarse de él—. ¿Por qué has hecho esto?

Dylan la miró extrañado.

—¿Por qué he hecho que te enamores de mí? —Quería echarse a reír, pero sospechaba que Georgette hablaba en serio. Y, decididamente, no entendía nada—. ¿Por qué es malo eso? Yo también te quiero. Y obviamente estamos muy bien juntos.

—¡Sí! Así que, ¿por qué tenían que entrometerse... las emociones en esta relación? —Una vez más, se secó las mejillas despiadadamente, deseando poder interrumpir el mar de lágrimas. Revelaban demasiado, revelaban emociones que

quería ocultar, que no quería reconocer.

Dylan rio entre dientes ante su gesto horrorizado. No debería, pero no podía evitarlo.

—Tenía que suceder. Eres una mujer hermosa, vibrante, con un gran sentido del humor e inteligencia. El sexo entre nosotros es mejor que increíble. ¿Por qué piensas que no íbamos a enamorarnos y a casarnos?

Georgette se tapó los oídos al escuchar sus palabras.

—¡No lo menciones!

—¿Casarse? —preguntó, sin saber del todo qué palabra la ofendía tanto—. ¿O enamorarme de ti?

—¡Ambas! ¡No puedo quererte!

—Pero me quieres —afirmó Dylan, negándose a creer que no sentía nada por él. Simplemente, no era la clase de mujer que pudiera entregarse a él de manera tan completa sin estar enamorada—. Es el curso natural de lo que hemos estado haciendo.

—¡No lo es! —siseó ella—. Mis abuelos están casados y básicamente se odian. Rara vez acuden a los mismos eventos porque odian estar cerca el uno del otro. De hecho, mi abuelo tiene una querida. No sé nada de ella, pero lleva años viéndola. —Pensó en aquello durante un largo momento, después negó con la cabeza—. Bueno, ha estado viendo a alguien. Puede que fueran mujeres distintas. Ni lo sé ni me importa. Simplemente... no quiero casarme. Ni enamorarme. Ni nada más que pueda... —no consiguió terminar la lista de normas.

Dylan no estaba seguro de qué problema atacar primero, de modo que se quedó con el más fácil.

—Tus abuelos son la excepción a la norma —discutió—. Y si se odian tanto, ¿por qué coño siguen casados?

Georgette se envolvió con los brazos, casi meciéndose para intentar encontrar algo de alivio en su dolor.

—Porque crecieron en una generación que no cree en el divorcio —explicó disgustada—. Simplemente... se soportan. Básicamente llevan vidas separadas, a pesar de que vivan en la misma casa. Pero únicamente pasan tiempo juntos cuando reciben compañía.

—¿En serio? —preguntó Dylan, aún sin saber si la creía. «Pero, ¿por qué iba a mentir sobre algo así?»—. Es una locura.

Georgette se frotó los brazos, encogiéndose de hombros en respuesta.

—Puede que sea una locura, pero esa es su realidad.

Dylan sacudió la cabeza, aceptando que sus abuelos eran unos idiotas, pero seguía sin estar de acuerdo con la relación de sus abuelos.

—Vale, están como cabras. Se odian y siguen casados. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Mi padre dejó a mi madre antes de que yo naciera. Nunca lo conocí. Un día se levantó y se fue sin más.

Ahora Dylan empezaba a cabrearse.

—¿Y crees que yo voy a hacer lo mismo? —inquirió, furioso ante sus insinuaciones.

—¡No lo sé! ¡Sé que los hombres y el matrimonio en mi familia no funcionan! Sé que el amor solo es una emoción que revolotea en la cabeza de alguien cuando es conveniente y divertido, pero cuando las cosas se ponen difíciles, no superan juntos los problemas.

—No te atrevas a meterme en el mismo saco que tu padre y tus abuelos —gruñó—. Me conoces mejor que eso.

—¡Pero es eso! ¡No quiero conocerte! ¿No podemos simplemente...?

—¿Acostarnos? —terminó él cuando Georgette dudó sobre las palabras.

—¿Seguir como estábamos hasta ahora?

Parte de Dylan pensó en aceptar su oferta. «Si no puede casarse conmigo, ¿no es esa pequeña parte de ella mejor que nada?». Pero entonces se dio cuenta de lo que estaba pensando y negó con la cabeza. No iba a dejarla marchar. En el fondo, sabía que estaban destinados a estar juntos.

—¡No! Lo quiero todo, Georgette. Te quiero. Quiero hacerme viejo contigo y tener niños contigo. Quiero saber que estarás ahí al final de cada uno de mis días.

—¡Nos odiamos!

—¡No! —contestó él de inmediato—. Discutiremos y peharemos. Pero también reiremos y nos querremos. Yo estoy hecho de un material más duro. Sé lo que hace falta para hacer que un matrimonio funcione.

Georgette se estremeció ante la imagen maravillosa que estaba creando. Pero no funcionaría. Simplemente lo sabía, no sabía cómo.

—¡Yo no! Y no voy a arriesgarme... —se detuvo con aquellas palabras.

Dylan la miró, comprendiendo por fin.

—¡Ah, así que temes quererme demasiado. Que te volverás dependiente de ese amor y que te deje. ¿No es eso?

—¡No! —dijo ella, alzando los puños a los lados de la cabeza—. ¡Sí! ¡Puede ser! —Inspiró hondo—. ¡No lo sé!

—Estabas dispuesta a casarte con Charles, ¿no? —preguntó Dylan en voz baja, descifrando lo que se le pasaba por su bonita cabeza en ese momento.

—¡Por supuesto!

—Porque Charles es seguro.

—¡Exacto! —Georgette ya no tenía miedo de admitirlo. No podía arriesgarse a una vida con Dylan. No podía dedicarle todo su amor en una ceremonia de matrimonio que solo los llevaría a aguantar el primer año, tal vez. Se quedaría destrozada cuando la dejara.

Enderezándose, se volvió de frente a Dylan. Necesitaba que lo entendiera.

—No me importaría que Charles me dejara —le dijo con labios temblorosos—. Probablemente apenas me diera cuenta.

—¿Y eso es lo que quieres hacer con tu vida? —le preguntó Dylan con ternura.

Georgette lo miró a los ojos increíbles, viendo el amor que sentía por ella, y se odió a sí misma. Odiaba la cobardía que la abrumaba en ese momento.

—Sí. Eso es exactamente lo que quiero en la vida.

Dylan negó con la cabeza.

—No, no es lo que quieres. —Bajó la mirada a sus ojos color miel y quiso agitarla—. Ni yo voy a dejar que te conformes con un matrimonio sin amor.

—No puedes detenerme.

—¿Quieres apostar? —preguntó Dylan. La atrajo contra sí, enredando las manos en el cinturón del albornoz—. Vamos a casarnos, Georgette.

—Yo, no.

—Dime que no me quieres.

Georgette abrió la boca; quería decir las palabras, pero no le salían.

—¿Ves? Ni siquiera puedes negarlo.

—Lo superaré.

Dylan se rio con un sonido desagradable, pero no dejó que se alejara de él.

—No, no lo harás. Y yo no voy a permitirlo. —Con eso, la besó y dio un paso atrás—. Te ganaré por agotamiento, Georgette. No te asustes, pero vamos a casarnos. Muy pronto.

Dicho eso, entró al baño, silbando como si no acabara de darle calabazas.

Georgette esperó hasta que oyó correr el agua de la ducha. Pero, con el primer ruido, tiró el albornoz y se puso la ropa interior, unos vaqueros y una

camiseta. No le importaba su apariencia; solo necesitaba alejarse, huir de aquellas palabras terribles y del hombre que se había metido en su corazoncito sin invitación.

Echó la ropa a la maleta, sin preocuparse de doblarlas ni de si lo había cogido todo. Cerró la cremallera apresuradamente justo cuando se cerraba el grifo. Sacándola al pasillo, cogió su bolso y se escabulló por la puerta, sin percatarse de las lágrimas que le corrían por el rostro. No le importaba nada; solo sabía que tenía que alejarse de Dylan. «Puede que sea demasiado tarde», pensó. «No puedo estar realmente enamorada de él, ¿verdad? Solo es un deseo pasajero».

—¿Me puede pedir un taxi? —le pidió al portero. Un momento después, metían su maleta en el maletero y estaba en el asiento trasero, incapaz de ver la mañana soleada porque las lágrimas la cegaban.

—¿A dónde vamos, cielo? —preguntó el taxista.

—Al aeropuerto de Dublín, por favor. —Miró en su bolso, cerciorándose de que su cartera y su pasaporte seguían allí. Entonces, con un suspiro, se apoyó contra el asiento e intentó encontrar la manera de desenamorarse de un hombre como Dylan Alfieri.

CAPÍTULO 9

Georgette dejó la maleta al llegar a su casa y fue a mirar. Estaba demasiado tranquila. Demasiado solitaria. No sabía qué hacer después, así que se quedó en la entrada. Incluso llevar la maleta al segundo piso parecía demasiado esfuerzo. Pero quedarse allí de pie tampoco parecía una buena opción. De modo que, en lugar de eso, se quedó mirando la oscuridad, preguntándose qué estaba haciendo Dylan en ese momento.

«Debería haberme quedado. No debería haber huido. Debería haber hablado con él y hacerle comprender que no puedo casarme con él».

Mirando las habitaciones solitarias y oscuras, casi lo insultó por haber llevado tanta luz a su vida y luego haberlo mandado todo al diablo.

Dio la vuelta y salió de su casa, no muy segura de hacia dónde iba, pero con la certeza de que no quería estar sola en la casa silenciosa, pensando en Dylan.

Un verano se rompió el brazo cuando su mejor amiga la convenció de que trepar a un árbol era fácil y se cayó al suelo. Cuando tenía ocho años, se quitó el vestido de cumpleaños con cuidado y lo colgó con esmero en el armario después de que su padre no se presentara a su fiesta de cumpleaños. Otra vez. Forzó una sonrisa el año que Stacy Kilman consiguió el papel en la obra del colegio para el que llevaba seis meses ensayando, y después vio a Stacy metiendo la pata con el guión mientras ella las repetía en silencio entre el público. Georgette había pasado los sufrimientos y tribulaciones normales de la infancia, además del añadido de no haber conocido a su padre. Pero, sinceramente, podía decir que nunca había soportado un dolor tan desgarrador, descorazonador y profundo como el que estaba experimentando en ese preciso instante sin Dylan a su lado.

Se metió en su coche y condujo, nada sorprendida al encontrarse la preciosa mansión georgiana de su madre delante de ella. Allí era donde siempre iba cuando estaba sufriendo, cuando no entendía el mundo.

Apartó la idea de los fuertes brazos de Dylan de su mente sin piedad. «Tengo que aprender a vivir sin él. Solo lo he tenido durante una semana. Una semana alucinante, fabulosa e increíble en la que me ha enseñado muchísimo sobre la sexualidad y sobre estar con otra persona».

Georgette no podía ir por ese camino. Tenía que aprender a tenerse por sí misma de nuevo, a estar sola, a soportar el mundo sola. Pero solo después de

llorar en brazos de su madre una vez más. Su madre lo entendería. Su madre había estado allí. Su madre había perdido a su verdadero amor cuando él salió por la puerta, y nunca volvió a amar. Se quedó tan destrozada con la marcha de su padre que nunca volvió a confiar en otro hombre. De modo que tenía sentido que Georgette fuera allí a empezar su recuperación. Su madre la ayudaría, la enseñaría a recuperarse de semejante golpe al corazón.

—¡Mamá! —llamó, entrando al vestíbulo grande y ornamentado. Había ruido en la parte trasera de la casa y lo siguió, pensando que su madre estaría escuchando la radio o viendo la televisión. Cosa que resultaba extraña, porque su madre veía la televisión raramente—. ¿Mamá? —volvió a llamar con voz áspera de tanto llorar.

«¿Es eso risa? ¿Tendrá compañía Mamá?». Georgette estaba a punto de dar media vuelta, pensando que estaba interrumpiendo algo, cuando le llegó la risa de alguien desde la planta superior.

Con la mano en el picaporte, Georgette se volvió, temerosa de lo que podría encontrarse, pero también pensando que lo que oía no tenía ningún sentido. Su madre nunca recibiría invitados arriba.

—¡Ni se te ocurra salir corriendo, Ellen! —le gritó una voz masculina.

Elle corrió escaleras abajo, con una copa de vino en la mano y con risa en la mirada.

—¿Cuántas veces has intentado decirme lo que tengo que hacer? —replicó riendo.

Su madre ya estaba a mitad del tramo de escaleras cuando vio a Georgette de pie junto a la puerta. Se detuvo, pero el hombre que había detrás de ella no lo hizo. La alcanzó, aún inconsciente de la tensión repentina, y rodeó la cintura de Ellen con los brazos mientras le acariciaba el cuello con la nariz. Durante todo el tiempo, Georgette se limitó a mirar fijamente a ambos, atónita y completamente confusa.

—¿Madre?

—¡Georgette! —dijo su madre ahogando un grito mientras intentaba desembarazarse de los brazos del hombre—. Pensaba que estabas en Inglaterra. —Se alejó del extraño que miraba a Georgette escaleras abajo, con cara de sorpresa y diversión a la vez en los ojos.

—He vuelto pronto —explicó, sintiéndose como una intrusa, aunque tenía los ojos abiertos como platos mientras intentaba entender qué estaba pasando. De repente se percató de que su madre llevaba una camisa de hombre. Y de que el hombre que había detrás de ella solo llevaba un par de pantalones.

La camisa probablemente era del hombre y él, seguramente, estaba intentando recuperarla.

De pronto se percató de que acababa de invadir seriamente la intimidad de su madre. Sacudiendo la cabeza, dio varios pasos atrás, buscando el picaporte a ciegas con la mano.

—Debería irme. Siento haberme presentado aquí sin avisar.

Su madre miró al hombre, que estaba apoyado contra la barandilla, sin preocuparse por lo que parecía aquello.

—No. Por favor, no te vayas —instó a su hija—. Deja que suba un momento arriba a cambiarme.

Georgette negó con la cabeza y giró el picaporte.

—No. Estabas haciendo algo. Debería irme.

Abrió la puerta y se apresuró a salir, cerrándola con un portazo mientras su madre le aseguraba que no estaba interrumpiendo. Bajó las escaleras a toda prisa, pero cuando llegó al coche, manoseó torpemente las llaves del coche, intentando entender qué estaba ocurriendo. «¿Mi madre tiene una aventura? ¡Santo cielo! ¿Mi madre?».

Por fin, Georgette abrió el coche y se metió, alejándose a toda prisa. «Mi madre tiene una aventura. ¡Eh! Debería sorprenderme, pero no estoy muy segura de lo que siento. Tal vez siga demasiado adormilada por la proposición de Dylan y por el cambio horario».

Volvió a entrar en casa, arrojó las llaves sobre el platito de la entrada y casi se tropezó con las maletas. Todavía no las subido arriba. Debería hacerlo, pero se limitó a pasar por encima. Subió las escaleras, entró en su dormitorio y se dejó caer sobre la cama, abrazando una almohada. «¡Echo tanto de menos a Dylan! ¿Por qué ha tenido que pedirme matrimonio? Todo era tan perfecto, tan maravilloso. Hasta ese momento».

Lo que era aún peor, ¿por qué se había tenido que enamorar de él? ¡De todas las cosas estúpidas y ridículas que podía haber hecho, enamorarse era la peor! Toda su vida se había dicho que nunca se enamoraría. «Bueno, toda mi vida, no». Recordaba estar sentada en los escalones de la entrada con el vestido de su cumpleaños, esperando a que llegara su padre. Permaneció sentada en esos escalones durante horas, mientras se le dormía el culo y entrecerraba los ojos, desesperada por verlo llegar conduciendo calle abajo. A su madre le llevó mucho tiempo convencerla de que volviera dentro. Desde aquel día odiaba sus cumpleaños.

—¡Georgette! —llamó su madre, que había utilizado su llave para entrar

en casa de Georgette—. Sé que estás aquí. Tenemos que hablar.

Georgette se echó otra almohada sobre la cabeza, deseando que su madre se fuera de una vez. Pero esa no era la forma de hacer las cosas de Ellen Charding. Georgette sabía que su madre buscaría primero en el despacho, y después subiría a su habitación.

Como era de esperar, la puerta de su despacho se abrió y se cerró.

—¡Georgette! Vamos a hablar. No puedes esconderte del mundo.

Ella sonrió con suficiencia, sopesando la opción. Esconderse sería condenadamente genial en ese preciso momento.

Los pasos delicados de su madre subieron por las escaleras de madera, y después se detuvieron en la puerta de la habitación de Georgette.

—Cariño, tenemos que hablar.

Georgette se limitó a apretarse la almohada con más fuerza alrededor de la cabeza.

—Cariño, no es lo que piensas.

Georgette suspiró y apartó la almohada. Incorporándose, espió por encima de la cama y vio a su madre, rodeada de almohadas como si fueran un gran nido esponjoso.

—Parecía que estabas teniendo una aventura con ese tipo.

Su madre sonrió, encogiendo el hombro ligeramente como si estuviera orgullosa de su aventura.

—Vale, entonces era exactamente lo que parecía.

Georgette no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Tienes una aventura? ¿Hace cuánto tiempo?

Su madre miró hacia el techo, dando golpecitos con los dedos como si estuviera contando.

—Unos diez años —le dijo—. No —dijo volviendo a mirar al techo—. Doce años.

Georgette se quedó boquiabierta.

—¿Llevas doce años con ese tío? —No podía creerlo—. Estás de broma, ¿verdad?

Su madre negó con la cabeza.

—No. Es un hombre maravilloso.

Aquellas no eran las palabras que Georgette había estado esperando.

—Pero tú estás enamorada de mi padre.

Elle bufó.

—¡Ni en pintura! —exclamó. De pronto, se percató de la mirada atónita

en la cara de Georgette y se ablandó un poco—. Lo siento, cariño. Pero tu padre realmente era un perdedor de la peor clase. —Elle suspiró y le dio una palmadita en la pierna a Georgette—. Era un chico malo con tatuajes y el pelo revuelto—. Sacudió la cabeza como si aquello explicara su atracción inicial—. Me quedé embarazada por accidente y él salió corriendo de la ciudad lo más rápido que lo llevaba su motocicleta.

Georgette no se dio cuenta de que estaba boquiabierta mientras su madre le contaba la historia. Negando ligeramente con la cabeza, dijo:

—¡Pensaba que estabas enamorada de él! Pensaba que era el gran amor de tu vida y que por eso nunca volviste a casarte.

Su madre rio suavemente.

—Oh, me alegra tanto que eso no sea verdad. Y también siento que hayas creado ese mundo de fantasía en torno al hombre que donó el esperma. No me arrepiento de haberme quedado embarazada porque te tuve a ti —dijo acariciándole el brazo a Georgette con amor—. Pero ese hombre eran malas noticias. Nunca hablaba de él porque, bueno, sinceramente, simplemente no lo conocía muy bien. Y el sexo ni siquiera había sido tan...

—¡Madre! —espetó Georgette, con los ojos muy abiertos. Pero entonces la gracia de lo que le acababa de revelar su madre la golpeó—. Entonces, ¿no lo querías? ¿Y no has estado añorándolo durante todos estos años?

—¡Por Dios! No. He salido, pero hasta que apareció Jim no hubo ningún hombre que realmente me importara como para presentártelo.

¡Otra revelación!

—¿Quieres decir que has salido con otros hombres? ¿Aparte del tipo que perseguía la ropa que llevabas puesta?

Su madre rio, sus mejillas poniéndose de un color rojo favorecedor ante la mención de haberla pillado con la camisa de Jim poco antes.

—¡Por supuesto! Quería encontrar el amor de mi vida.

—Y, en lugar de eso, ¿has encontrado el hombre de tu vida sexual? —bromeó Georgette.

Ellen rio entre dientes.

—De hecho, Jim me pidió que me casara con él hace más o menos diez años. Pero entonces eras demasiado joven y no confiaba en mí misma para decirle que sí. Ya me había quemado una vez por un hombre idiota. No iba a arriesgarme de nuevo. —Hizo un aspaviento con la mano, descartando el pasado como algo sin importancia.

Georgette captó un haz de luz y miró la mano de su madre sin aliento.

—¡Es un anillo de diamantes!

Elle rio, mirándose la mano con el enorme anillo de diamantes.

—Eres muy observadora, querida.

Georgette cogió la mano de su madre.

—¿Vas a casarte? ¿Es eso lo que quiere decir el anillo?

Su madre tocó el diamante con veneración.

—Sí. Jim lleva años pidiéndomelo. Por fin he dicho que sí.

Georgette sacudió la cabeza, con creciente confusión.

—No lo entiendo. ¿Nunca has amado a mi padre?

Ellen suspiró.

—No, cariño.

—¿Y no has estado añorándolo?

—¡Por Dios, no! —rio.

Georgette no lo entendía. Su mundo ya no tenía ningún sentido. Había rechazado a Dylan porque no quería acabar herida como su madre. Pero nunca habían hecho daño a su madre. «¡Lleva años con un hombre! ¡Y enamorada, nada menos!».

—¿Y qué hay del abuelo y la abuela? —preguntó débilmente—. Por favor, dime que no están enamorados también.

Su madre volvió a reírse de aquella idea absurda.

—¡Por Dios, no! Prácticamente se odian.

Georgette suspiró e intentó comprender.

—¿Por qué siguen casados?

Elle se apoyó contra el poste blanco de la cama de su hija.

—Supongo que ninguno de los dos ha encontrado a nadie a quien quiera lo suficiente como para romper su primer matrimonio. Además, ninguno de los dos ha bajado el ritmo. —Su madre se echó a reír—. Creo que también siguen casados simplemente porque les gusta demasiado odiarse.

—Eso parece ridículo.

—No realmente —contradijo su madre—. Encuentran mucho placer atormentándose el uno al otro. Piénsalo. Ambos han pasado de una aventura a la siguiente durante años. Ninguno de los dos ha encontrado a esa persona especial de la que enamorarse, así que siguieron juntos.

—Parece retorcido.

Su madre miró a Georgette con cautela.

—No más retorcido que evitar el amor —dijo en voz baja—. Te estás aferrando a Charles porque crees que él es seguro. Pero en realidad no lo amas,

¿no?

Georgette lanzó una mirada atónita a su madre.

—¿Resulta tan evidente? —preguntó.

—Solo para una madre, quizás. Así que, ¿vas a romper con Charles?

Georgette pensó en el tiempo que había pasado con Dylan en Europa y supo que era la única cosa sincera que podía hacer.

—Supongo que debería.

Su madre aplaudió, obviamente encantada.

—¡Bien! Entonces tal vez te interese ese chico, Alfieri. Lo investigué después de oír que lo estabas besando la semana pasada y...

—¡Madre! No estaba besándolo.

Ellen puso los ojos en blanco.

—Entonces, ¿quién era la pelirroja que estaba en la plaza aquella tarde, besándolo? ¿La que se dirigía hacia tu *boutique*? Solo sé de una pelirroja preciosa que entre a esa *boutique* de manera regular. —No esperó a que Georgette se explicara para continuar—. Y vi la manera en que os mirabais en el teatro aquella noche. Tu abuela y yo tuvimos que salir de allí antes de que el vapor nos estropeará el peinado —dijo dándose palmaditas dramáticas en su peinado perfecto.

Georgette farfulló ante un comentario tan indignante.

—Bah, por favor. No estábamos...

—Sí estabais —interrumpió ella—. Y después huiste a Europa para esconderte de él. ¿De qué iba eso?

—No me escondí —afirmó enseguida, y lo dijo con total sinceridad, puesto que Dylan la había encontrado de todas formas—. Además, es un hombre muy simpático, solo que no...

—Ni se te ocurra decir que no eres la mujer para mí —dijo la voz grave de Dylan desde la puerta de su habitación.

Georgette se incorporó de golpe, horrorizada de que estuviera allí y preocupada por cuánto había podido oír.

—¿De dónde has salido? —inquirió, estremeciéndose a medida que él se acercaba.

—Tengo un avión privado, ¿recuerdas? —preguntó Dylan, acercándose a ella, intimidándola tanto con su rabia como por la manera en que quería desesperadamente arrojarle en sus brazos—. Me abandonaste, Georgette.

«Oh, sí, está realmente furioso», se percató ella.

—Bueno, sí —no estaba muy segura de qué decir. Había sido un acto

cobarde y se sentía avergonzada. Ya llevaba horas reprendiéndoselo a sí misma.

Su madre intervino en ese momento.

—Georgette, ¿entiendo que los dos habéis estado juntos en Europa? —preguntó mirando de hito en hito a su hija y al hombre alto y guapo.

Dylan se volvió de repente.

—Hola otra vez, Ellen —dijo extendiéndole la mano—. Voy a ser tu futuro yerno —explicó llevándose su mano para besarla de una manera muy caballerosa y anticuada.

Ellen miró a Dylan encantada.

—Santo cielo, ¿por qué has huido, cariño? —preguntó. La pregunta era para Georgette, pero Ellen sonreía a Dylan mientras su mano libre revoloteaba en torno a su pecho—. Si Jim no estuviera abajo ahora mismo, tal vez te saldría un poco de competencia.

—¡Lo he oído! —dijo una voz grave desde la cocina de Georgette.

Dylan giró, Georgette volvió la cabeza hacia el lugar de donde provenía el ruido y Ellen se ruborizó.

—Estoy de broma, querido —respondió en voz alta. Después miró a Dylan y sonrió—. Más o menos —susurró.

—¡Madre! —espetó Georgette, riéndose de la forma tan habilidosa en que su madre estaba flirteando con Dylan. Pero entonces recordó la manera en que él había saludado a su madre—. Y no vamos a casarnos —le dijo a él. No creo en el matrimonio.

Dylan volvió a mirar a la mujer que llevaba dos semanas volviéndole loco.

—Sí vamos a hacerlo. Simplemente tienes que hacerte a la idea. —Miró a la madre de Georgette—. ¿Hay algún problema en que la conquiste y te dé nietos en un periodo de tiempo vergonzosamente corto?

Ellen se llevó la mano al pecho.

—¡Por Dios, suena como un plan estupendo! —accedió—. ¿Cuándo puedes llevarla al altar?

Georgette miraba de uno a la otra; no estaba segura de cómo parar aquel tren.

—Perdonadme, pero creo que soy miembro fundamental en esta decisión y no he dicho que vaya a aceptar.

Otro hombre entró en la habitación en ese momento y Georgette abrió los ojos como platos. Era el hombre de la casa de su madre y la rabia casi la consumía.

—¿Qué coño pasa aquí? —inquirió. Al percatarse de que el extraño era blanco más fácil de su rabia, señaló con el dedo al hombre que permanecía de pie en su puerta—. ¡Usted! ¡Ha estado... —dudó qué decir porque no podía aceptar que su madre tuviera relaciones sexuales—, haciendo cosas con mi madre! ¡Y se ha portado mal! ¿Cómo ha podido ser el amante de una mujer durante tantos años sin casarse con ella?

Entonces Ellen se interpuso para defender al hombre, sorprendido por el estallido de su futura hijastra.

—Bueno, querida, durante una temporada simplemente resultó agradable tener un secreto. Todo el mundo lo sabe todo por aquí y se puede decir que nos gustaba vernos en secreto.

Dylan se cruzó de brazos sobre su pecho inmenso. Tenía una ligera sonrisa en sus bonitos labios mientras veía a Georgette intentando encontrarle el sentido a todo.

—Eso no es una excusa —le dijo al hombre enfadada.

—Eso es ser un poco hipócrita, ¿no te parece? —le preguntó Dylan con esa petulancia tan irritante.

—¡No te metas en esto! —le espetó en respuesta.

—Eso no va a suceder, amor mío. —Seguía furioso con ella, pero al menos ahora estaba frente a él, en lugar de a un océano de distancia. Gran parte de su rabia ya se había disipado ahora que podía verla. Aquello no significaba que no quisiera darle un azote en su adorable culito, pero la verdad es que eso también podía llevar a algo más interesante.

Dylan volvió a centrarse en la conversación y en su intención de llevar a Georgette hasta el altar, en lugar de pensar en su culito. Sobre todo en cómo se veía con aquellos vaqueros. No cabía duda, esos pantalones probablemente eran su prenda favorita del armario de Georgette.

Ella lo fulminó con la mirada, sin querer ceder ni un centímetro.

—¡Y no soy tu amor! No soy nada tuyo.

Dylan no iba a ignorar aquel reto. Acercándose más, la atrajo entre sus brazos, despreocupado de si su madre estaba mirando. Besó a Georgette hasta que sintió que su cuerpo se deshacía contra el de él y no se detuvo hasta que ella estaba literalmente colgada de él.

—No vuelvas a decir algo así nunca, Georgette. No pienso permitir que creas nada más. Somos amantes. Tú estás enamorada de mí y yo te quiero. Aunque, ahora mismo, me estás cabreando de verdad.

Elle se rio, dando palmas, encantada.

—¡Por fin un hombre lo bastante fuerte para lidiar con ella!

Jim rio entre dientes y cogió a Ellen por el codo para sacarla del dormitorio.

—Ahora que has dado tu consentimiento, creo que ya no nos necesitan.

Georgette abrió la boca para pedirle a su madre que se quedara, pero Dylan le dio un apretón antes de que pudiera pronunciar palabra.

—Ni lo intentes —le advirtió, reforzando la orden con la mirada.

Georgette sopesó discutir con él, sobre todo porque estaba enfadadísima con él en ese momento. Estaba intentando atraparla en una relación que no quería e ignoraba una relación que podría ser perfecta simplemente porque le pedía más de lo que estaba dispuesta a darle.

Pero hizo caso a su mirada de advertencia y cerró la boca. Con los brazos cruzados sobre el pecho, lo fulminó con la mirada. Tenía tantas ganas de odiarlo y de querer ignorarlo. Por desgracia para su corazón aterrorizado, no era realmente posible ignorar a Dylan. «¿Y odiarlo? Bueno, eso también es bastante difícil».

Sin embargo, no estaba segura de cómo superar su obstinación. Era como una pared dura de tres metros de alto que la atrapaba en su interior.

—Esto no va a funcionar, Dylan —dijo en voz baja—. No voy a casarme contigo. No tiene ningún sentido.

Él rio.

—Es lo único que tiene sentido. Tú me quieres. Yo te quiero. Somos dos personas inteligentes que quieren estar juntas. Cásate conmigo y se lo gritaré al mundo.

—No lo haré.

La sonrisa de él se hizo más amplia.

—Sí lo harás —contradijo Dylan.

Ella se negaba siquiera a esbozar una sonrisa. Estaba furiosa y Dylan tenía que saberlo. No iba a ocultar sus sentimientos sobre aquella situación.

—¿Has comido? —preguntó él, sorprendiéndola.

Georgette parpadeó; esperaba algo más parecido a una discusión. No estaba segura de qué era esa palpitación que sentía en el centro del pecho cuando él se echó atrás, pero se enderezó de todas formas. «Esto es bueno», se dijo mentalmente. «Estamos pasando página. La comida es una fuerza unificadora y puedo hablar con él como una adulta para decidir cómo seguir de ahora en adelante. Tal vez pueda convencerlo de... simplemente mantener las cosas como eran en Europa. Aunque con mucha más discreción», pensó.

—Sí. Comer estaría bien —contestó—. Aunque no tengo mucha comida en casa, a decir verdad.

Dylan se encogió de hombros.

—Por suerte para ti, tengo coche. Podemos salir a comer algo o, si te sientes más aventurera, podemos ir al supermercado y te cocinaré algo de comer.

Georgette se mordió el labio inferior; no sabía bien qué hacer. Salir probablemente sería lo más seguro. Podía mantener las distancias e incluso tal vez dormir sola por la noche y tomar un poco de perspectiva con todo el problema de Dylan. Pero entonces otros podrían verlos. ¿Podría lidiar con las preguntas de sus amigos y conocidos? «¡Comer parece tan... íntimo!».

—Estás preocupada de que otros nos vean juntos si salimos y del hecho de que te haré el amor esta noche si cocinamos aquí. ¿Correcto?

No había llegado a pensar en algo tan lejano como la noche si se quedaban en casa, pero tragó saliva pensando en lo increíblemente bien que la hacía sentir cuando la tocaba. Aquello, decididamente, arrojaría niebla sobre el asunto.

—Salgamos. Tengo demasiado apetito como para ir al supermercado y volver —contestó ella. «No es del todo mentira. Tengo apetito. Más o menos. Vale, nada en absoluto. Pero Dylan no es un hombre como para tomárselo a la ligera».

Dylan rio suavemente, apoyándola contra su pecho con las manos.

—No funcionará, Georgette. Puedes utilizar ese acento dulce y *sexy* todo lo que quieras, pero no voy a dejarte marchar. Estamos destinados a estar juntos. Vas a tener que dejar a tu seguro y aburrido Charles y dejarme sitio.

Georgette empezó a alejarlo, pero Dylan le tomó la mano y la sacó del dormitorio a rastras.

—Vamos a comer algo —dijo.

Cuando estaban en el coche, sonó su teléfono. Dylan apretó un botón en el volante y espetó un saludo.

—¿Qué quieres? —preguntó con dureza.

Georgette se encogió ante su tono de voz, pero también se sorprendió cuando una risa se filtró a través del sistema de sonido.

—¿Otro mal día? —preguntó un hombre a través de los altavoces del lujoso coche de Dylan.

Dylan sonrió ligeramente.

—No. Solo sabía que ibas a ser tú y me enojé a la expectativa de lo que vayas a contarme.

La voz masculina volvió a reír.

—Eso es cierto.

—Georgette, este es mi hermano Davis —explicó, y el cuerpo de ella se relajó un poco. Al menos no estaba insultando a un desconocido.

—¿Por qué eres tan cruel con tu hermano? —preguntó, curiosa a pesar de su necesidad de empezar a alejarse de él, de proteger su corazón del dolor cuando tuvieran que ir cada uno por su propio camino.

La voz se echó a reír.

—Sí, hermano. ¿Por qué eres siempre tan cruel conmigo?

Georgette empezaba a comprender, pero se limitó a sonreír, impresionada con sus bromas fraternales.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Yo soy el mejor —dijo la voz—. Pero somos tres, más nuestra hermana Adriana, que es el verdadero grano en el culo.

Dylan dobló la esquina, poniendo los ojos en blanco mientras lo hacía.

—Voy a contarle que has dicho eso.

Al instante volvió a oírse la risa.

—No me da miedo.

—Entonces eres tonto. —Dylan sonreía a pesar de sus palabras de advertencia—. Creo que tal vez me alíe con ella debido a esas palabras.

De inmediato se detuvo la risa.

—No tiene gracia.

La sonrisa de Dylan se hizo más grande.

—Después de la jugarreta que le hiciste a Adriana en Navidades, en el amor y la guerra, todo vale.

Se produjo un largo silencio mientras el hombre al otro lado de la línea asimilaba su afirmación.

—Bueno, ¿qué quieres? —preguntó Dylan—. Seguro que no has llamado solo para que te diera una patada en el culo.

Davis rio entre dientes.

—No. Te envió esas cifras. Échales un vistazo cuando puedas. Quedarás impresionado.

—Lo haré. ¿Qué tal están Mamá y Papá? ¿Has hablado con ellos últimamente?

—Anoche hablé con Mamá. Papá está otra vez en Italia.

—¿Por la cuenta Benini?

—Sí.

—¿Vas a coger ese proyecto por del que te habló? —preguntó Dylan.

—Por supuesto. ¿Conoces a alguien que le haya dicho que no a Papá? Dylan volvió a reírse.

—Como si fueras a ignorar algo tan gordo.

—Eh, tú no podías hacerlo.

—Tengo mis propios retos.

—Sí, lo sé. Construir casas para los sin techo. —Se rio de su propio chiste—. Eh, ponme al día sobre la nueva sede. ¿Todo sigue según lo previsto?

—De hecho vamos dos semanas por delante de lo previsto. Podrás mudarte más pronto. Pero te avisaré si pasa cualquier cosa que lo cambie. Haré que mi asistente te envíe más detalles y que Rick, el gerente del proyecto, te mande las especificaciones en los próximos días.

—Genial. Gracias por la ayuda. Nadie lo haría tan bien como tú, chicarrón.

Dylan resopló. No al cumplido, sino a la referencia que hizo Davis sobre ser un «chicarrón». Los cuatro hermanos Alfieri eran enormes. Terriblemente enormes, según su hermana, que era una cosita diminuta de un metro sesenta y siete de estatura. Y era la única rubia. Técnicamente, ella era su prima, pero sus padres murieron en un accidente de coche cuando era muy pequeña. El padre de Dylan se hizo cargo y, con su madre, la adoptó.

—Eh, estaré en casa dentro de un par de días. ¿Podrás tomarte unos días?

—Mamá estará encantada. Y por supuesto, allí estaré. Creo que puede que hasta Adriana esté por allí. Claro que traerá al pesado de su marido.

Dylan se echó a reír porque Mitch, el marido de Adriana, era un tipo estupendo. Todos se llevaban extremadamente bien, a pesar de que Mitch los ganaba al baloncesto de tanto en tanto.

—Voy a traer a alguien para presentaros —dijo sin siquiera mirar a Georgette, que estaba sentada en el asiento de cuero del copiloto, escuchando toda la conversación—. No seas un capullo, ¿vale?

—Nunca lo soy —contestó Davis—. Hasta pronto.

—Vale. Dile a Mamá que la quiero —dijo, lo que significaba «te quiero, hermano, pero no voy a decírtelo».

—Lo haré. Ella también te quiere. —De nuevo, aquello significaba «yo también te quiero».

Dylan terminó la llamada entonces y se volvió para mirar a Georgette, preguntándose qué pensaría sobre su hermano pequeño.

—No es tan malo —explicó.

Georgette sonrió débilmente.

—Estoy segura de que es un chico estupendo.

—Te gustará cuando lo conozcas.

—No voy a conocerlo —contestó ella en voz baja, pero con una vehemencia sentida.

—Vas a conocerlo dentro de un par de días —replicó Dylan—. Tan pronto como consiga engañarte para que te montes en el avión y vengas a casa conmigo.

Georgette se estremeció ante aquella idea, sin saber qué decir.

—Tengo mucho trabajo que hacer.

—Llevas trabajando duro toda la semana pasada.

—He estado en Europa. Y he estado holgazaneando contigo. Además, no hay ninguna razón por la que ir a tu casa contigo. No tiene ningún sentido. ¿Por qué no me llevas a mi casa? Ya no tengo hambre.

—Porque sospecho que no has comido en unas veinticuatro horas y voy a asegurarme de que comas algo. —Prácticamente gruñía; la rabia por la tozudez de Georgette estaba pudiendo con él.

Aparcó en uno de los pequeños restaurantes que daban fama a Nueva Orleans. La comida en aquel barrio siempre era excelente y creativa, servida con estilo. Por desgracia, a Georgette no le gustaba mucho Dylan en ese momento y se sentía acorralada, cosa que la asustaba más si cabe.

—No tienes por qué hacer esto —le espetó—. Soy adulta. Llevo cuidando de mí misma bastante tiempo y no necesito guardián.

Dylan cerró su propia puerta de un portazo y dio la vuelta al coche como un vendaval, sorprendiéndola. La había apoyado contra el coche antes de poder alejarse.

—Puede que tú no quieras guardián, pero necesitas uno, joder. Estabas intentando casarte con un hombre al que no amas, que ni siquiera te pone cachonda, solo para mantenerte a salvo. Pero eso no va a funcionar, Georgette. Puedes engañarte pensando que saldrá bien, pero te volverías loca de aburrimiento.

Ella se sacudió contra él, intentando zafarse, pero Dylan no la soltaba.

—Eres un imbécil arrogante, ¿pensar que voy a ser feliz contigo?

—Puede que no seas feliz —espetó él—, pero seguro que no te aburrirás. Y lo sabes perfectamente.

Georgette no podía discutir eso. De todas las cosas que sentía cuando estaba cerca de Dylan, aburrimiento no era una de ellas. Se le pasó por la cabeza

la idea de que se aburría de manera bastante consistente con Charles, pero apartó la idea. No le importaría cuando Charles la dejara. Le importaría muchísimo cuando Dylan pasara página.

Durante la comida, apenas se hablaron. Y cuando la camarera se llevó sus platos a medio comer, Georgette no podía decir sinceramente qué había comido. La comida probablemente estuviera deliciosa, pero ninguno de los dos estaba de humor como para apreciar la creatividad del chef.

Cuando Dylan aparcó fuera de su casa de nuevo, se volvió en su asiento, manteniéndola inmóvil con la mirada.

—No voy a entrar. Sé que tienes resolver algunas cosas en tu mente. Pero mira al otro lado de la calle.

Georgette giró la cabeza, divisando al instante los niños que corrían felizmente por la hierba hacia el parque. También había un par de madres con bebés en brazos, que mecían mientras charlaban unas con otras. Dos padres empujaban a sus hijas en los columpios, probablemente hablando de las estadísticas de deporte, o quizás estuvieran hablando de cuando sus hijas fueran a la universidad. No tenía ni idea. Lo único que sabía era el anhelo profundo y casi atroz que nacía en su pecho cada vez que veía niños.

—Me doy cuenta de que quieres tener niños. ¿Me equivoco?

Los ojos de Georgette no se alejaron del parque; observaba a los niños, fascinada.

—Tienes razón —dijo finalmente.

—Entonces piensa lo siguiente —dijo con voz grave, que le llegó a Georgette mientras observaba a los niños—. Para tener niños, un hombre tiene que tocarte de la manera en que yo te he estado tocando. Tendrás que tener intimidad con él. Tendrás que compartir tu vida con él, tal y como hemos estado haciendo la semana pasada. Quiero que primero te imagines a Charles desnudo. —Cuando ella se estremeció, Dylan sonrió, pero siguió hablando—. Y ahora quiero que te lo imagines haciéndote todas las cosas que yo te he hecho la semana pasada, todo lo que hemos compartido en la cama. Todos los secretos íntimos. ¿De verdad quieres que Charles sepa cómo se sienten tus pechos perfectos? ¿Quieres que te bese los pezones rosados como he hecho yo?

Los ojos de Georgette se apartaron de los niños. No podía dejar de mirar sus ojos azules, inconsciente de que se le entreabría la boca, se le aceleraba la respiración y su mente era un torbellino de posibilidades y recuerdos de lo que habían compartido la semana anterior. En realidad le repulsaba la idea de Charles tocándola del mismo modo en que lo había hecho Dylan la semana

anterior, y no podía ocultar su repulsa de la mirada de éste.

—Exacto. Tengo que salir de la ciudad, pero volveré el miércoles. Te recogeré a las ocho de la mañana. Estate preparada, Georgette, porque vas a venir conmigo. No me importa si has hecho las maletas o estas desnuda, voy a recogerte. —La miró a los ojos con cautela—. Tampoco se te ocurra intentar esconderte. Te encontraré. Te encontraré y te llevaré donde necesitas estar. A un lugar que te demostrará lo tontos que son tus miedos.

Georgette abrió la boca para discutirsele, pero Dylan la besó, sofocando cualquier argumento que fuera a proferir. No quería oírlo. Lo que había dicho de otro hombre tocándola hizo que le doliera el estómago y tenía que demostrarle que nunca iba a estar con otro hombre. ¡Jamás! Era su chica.

Cuando se apartó, Georgette ya estaba buscando el picaporte con la mano, pero Dylan la detuvo con una caricia en el brazo.

—Una cosa más —dijo en voz baja—. No quiero que otra mujer me toque de la misma manera en que tú me has tocado la semana pasada. La idea de otra mujer tocándome hace que se me ponga la piel de gallina. Así que estamos en el mismo barco, Georgette.

CAPÍTULO 10

Unos días después, Georgette lo fulminaba con la mirada desde la amplitud de su avión privado.

—¿Dónde vamos? —preguntó, sentada rígidamente en el profundo asiento de cuero.

Dylan cerró su ordenador, dedicándole toda su atención a Georgette, a quien su excursión no le hacía ninguna gracia.

—¿Estás nerviosa? —sugirió.

Georgette se cruzó de brazos, moviendo el pie de arriba abajo.

—¿Cuando estás cerca? Por supuesto.

Dylan rio entre dientes y se trasladó al asiento más cercano a ella.

—Deberías estarlo. Sabes que voy a convencerte para que te cases conmigo.

Ella resopló por la nariz, pero su pánico iba en aumento.

—No cuentes con ello —espetó.

—Oh, cuento mucho con ello.

Georgette puso los ojos en blanco, intentando fingir que no se sentía abrumada por su autoconfianza.

—No vas a hacer que cambie de idea, Dylan.

—No solo voy a hacer que cambies de idea, sino que me pedirás disculpas por hacerme esperar tanto.

Dylan estaba a punto de decir algo cuando su teléfono empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo y miró el número, sonriendo al percatarse de quién intentaba ponerse en contacto con él.

—Hola, canija. ¿Ya estás allí?

Fuera quien fuera la persona con la que estaba hablando, tenía que ser muy especial. Georgette no recordaba haber visto nunca esa dulce mirada en sus ojos hasta entonces. Se movió incómoda en su asiento, deseando saber algo más sobre la persona al otro lado de la línea. Pero tampoco quería que Dylan supiera que estaba interesada. El interés indicaba que le importaba. Y había trabajado muy duro los últimos tres días para fingir que no le importaba. Ahora era una cuestión de supervivencia. La suya.

Dylan rio y asintió con la cabeza.

—Vale. Llegaremos en una hora y media, más o menos. Asegúrate de que los demás se hayan ido. No van a ayudar mucho en mi caso. —Se produjo

un momento de silencio y luego dijo—. Yo también te quiero.

—¿Quién era? ¿Y quién quieres que se vaya? —preguntó con recelo.

Dylan subió una ceja negra en dirección a Georgette.

—Ésa era mi hermana, Adriana, la única chica de mi familia aparte de mi madre. Va a reunirse con nosotros, junto a su marido y sus dos niños, Ella y Zane. Quienes no quiero que estén allí son mis tres hermanos pequeños: Davis, Marcus y Antonio.

Georgette sentía curiosidad a pesar de sus reservas.

—¿Por qué iban a hacer daño en tu caso?

—Porque los tres son como un grano en el culo.

El comentario era tan inesperado que no pudo evitar un estallido de risa.

—De modo que el magnífico e indómito Dylan tiene problemas fraternales como el resto del mundo.

—Como si tú lo supieras, hija única. Probablemente eras una mimada.

Georgette encogió un hombro con delicadeza.

—Y nieta única también. Así que, sí, era una mimada.

—Y tampoco lo lamentas, ¿eh?

Georgette rio a pesar de los nervios que sentía acerca de dónde se dirigían.

—Bueno, no puedo negar la verdad.

—Has estado negando lo que hay entre nosotros desde el momento en que te conocí. —Lanzó aquel desafío y se acercó ligeramente a ella—. Pero ahora entiendo por qué y voy a hacer que cambies de opinión.

Georgette no tenía ninguna respuesta para aquella declaración. De modo que, en lugar de volver a enfrentarse a él, se limitó a volver a mirar la revista que estaba leyendo antes de que empezara su conversación.

—¿Así que ahora vas a intentar ignorarme? ¿Recuerdas como me desafiaste cuando nos conocimos?

Georgette no podía olvidar aquella noche, después del baile en blanco y negro. No había sido su intención desafiarlo, pero Dylan era rapidísimo para cogerlos al vuelo. En lugar de responder, Georgette lanzó la revista al asiento que había frente a ella y se puso de pie. Iba a cambiarse a otro asiento, uno más lejos de Dylan, pero éste no estaba dispuesto a permitir que lo ignorara.

De modo que en lugar de alejarse de él malhumorada, las manos fuertes de él la alcanzaron y le cogieron de la mano para darle la vuelta. De alguna manera, en lugar de sentarse remilgadamente por su cuenta, terminó en su regazo, inmóvil bajo las manos de Dylan.

—¡Suéltame, bruto! —le gruñó.

—Ni de coña, señorita. Te he dicho que iba a aceptar cada desafío que me lances. Y aquí estás. —Mientras controlaba las manos de Georgette por las muñecas, a los lados, Dylan se inclinó sobre ella y empezó a mordisquearle el cuello.

Georgette intentó con todas sus fuerzas ignorar las sensaciones que atravesaban su cuerpo ante las caricias de Dylan, pero habían pasado varios días desde que la tuviera en sus brazos, y aquello la hacía sentir increíblemente de maravilla. Así que, en lugar de decirle que se apartara de ella, se oyó gemir y levantó la barbilla para dejarle más espacio en el cuello.

—Dime que me has echado de menos —ordenó Dylan, soltándole una de las manos a Georgette para poder meter la suya bajo su blusa de seda.

—No te he echado en falta ni un solo minuto —respondió ella. Pero no pudo impedir que su propia mano se enroscara en torno a la cabeza de Dylan, enredando los dedos en su pelo corto y negro. Tampoco pudo evitar arquearse bajo las manos de Dylan, sobre todo cuando sintió que su dedo pulgar se movía contra su pezón duro.

—Eres una mentirosa —dijo mordisqueándole el lóbulo de la oreja con los dientes—. Y lo haces con ese acento dulce, suave y sexy del sur que nunca deja de ponerme la sangre a cien.

—Tienes que detener esto —suplicó ella.

Dylan rio entre dientes mientras sus dedos abrían con habilidad el broche frontal de su sujetador.

—Y tú tienes que dejar de decirme cosas que en realidad tu cuerpo no quiere. —Dylan levantó la cabeza ligeramente, observando mientras sus dedos desabrochaban lentamente la blusa de Georgette.

Ella le agarró la muñeca, pero su agarre no tenía fuerza.

—Por favor, Dylan —jadeó.

—Haré cualquier cosa que me pidas, siempre que sea una petición sincera.

Georgette abrió la boca para decirle que parase, pero Dylan le tapó la boca con los labios y la besó, acallándola de la mejor manera en que sabía hacerlo. Al final, no pudo reprimir la pasión que ardía entre ellos y la cogió en brazos para llevarla tras una puerta que había en la parte trasera del avión. La tumbó en el colchón y le hizo el amor hasta que gritó su nombre. E incluso después de ambos volvieran a encontrar satisfacción, siguió abrazándola y besándola, asegurándole que todo saldría bien. Georgette se quedó dormida

escuchando el latido rítmico de su corazón bajo la oreja.

Un par de horas después, Dylan se inclinó y besó a Georgette detrás de la oreja para despertarla con ternura.

—Ya casi hemos llegado —dijo en voz baja.

Georgette dio la vuelta y tapó su desnudez con la sábana.

—Has hecho trampas —dijo acusadoramente.

—Por supuesto que sí —respondió Dylan—. Haré lo que sea para conseguir que te cases conmigo.

Georgette se incorporó sobre la cama, mirando a su alrededor e intentando retirarse el pelo de la cara.

—¿Dónde estamos?

Dylan le dio un albornoz y abrió una puerta, mostrándole dónde estaba el cuarto de baño.

—Puedes ducharte, pero date prisa porque estamos a punto de aterrizar.

Georgette cogió el albornoz y metió los brazos para atarse el cinturón rápidamente, avergonzada de estar completamente desnuda mientras que Dylan ya estaba totalmente vestido.

—Todavía no me has dicho dónde vamos y ya he tenido bastante hasta que me digas qué está pasando.

Dylan se echó a reír y le envolvió la cintura con el brazo para atraerla cerca de sí.

—Ah, ahí hay otro desafío. Sabes cuánto me gustan. —Pero se echó atrás dándole una palmadita en el trasero—. Date una ducha rápida y vístete. Aterrizaremos dentro de veinte minutos.

Dicho esto, salió de la pequeña habitación y la dejó echando humo.

—¡Maldito hombre! —Pero Georgette se apresuró al baño y se dio una ducha rápida. Cuando estaba vestida, permaneció de pie en la pequeña habitación, preguntándose qué iba a hacer y cómo iba a reaccionar ante lo que encontrarán al aterrizar.

El golpe en la puerta la sacó de su ensimismamiento.

—Georgette, ¿estás lista?

Ella se miró, alisando sus pantalones mientras se ponía los zapatos.

—Supongo que estoy tan lista como podría estarlo. —Abrió la puerta y salió, negándose a mirar a Dylan.

Mientras el avión rodaba hasta detenerse, Dylan miraba por la ventana.

—Oh, no —dijo. Apartó los ojos de la ventana y miró a Georgette, con diversión y una disculpa en los ojos—. Les he dicho que los vería en casa, pero

nunca han sido muy buenos a la hora de acatar mis órdenes. —Mientras hablaba, se acercaba una escalera a la puerta.

Georgette miró por la ventana, pero no vio nada que le indicara nada sobre dónde habían aterrizado.

—Empieza el espectáculo —dijo. Dylan le dio la mano con firmeza y la condujo escaleras abajo.

Tan pronto como empezaron a salir del avión, se oyó un chillido en la distancia. Georgette miró a la izquierda, donde había varios coches apartados. Del primero salió una niña rubia con una sonrisa enorme que corría en su dirección gritando:

—¡Tío Dylan, Tío Dylan! —Detrás de la niña había un niño más pequeño de pelo negro, con la misma sonrisa emocionada. Georgette habría visto al resto del clan de no ser porque sus ojos estaban centrados en los dos pequeños, encantada con su entusiasmo. Sobre todo cuando la niña se lanzó en brazos de Dylan. Él, obviamente había estado esperando aquella ocurrencia, porque ya se había agachado lo suficiente como para coger a la niña y, un momento después, al niño. Llevando a ambos en brazos, se dio la vuelta y se los presentó a Georgette.

—Georgette, esta señorita es mi sobrina favorita, Ella. —Se volvió hacia el niño, que sonreía de oreja a oreja—. Y este diablillo es mi sobrino favorito, Zane—. Le dio un beso en la mejilla a cada uno y rio entre cuando ellos prácticamente lo estrangulaban con sus abrazos entusiasmados. El niño se volvió para sonreír a Georgette.

—¿Eres tú? —preguntó.

La niña rubia reía detrás de su manita regordeta.

—Claro que es ella. Es la única que el Tío Dylan nos ha presentado, así que tiene que ser ella.

—Sí, ella es la mujer con la que voy a casarme. —Dylan miró en dirección a Georgette cuando oyó que sofocaba un grito—. Pero tenemos que ser muy buenos con ella, o de lo contrario saldrá corriendo.

El niño se inclinó hacia Georgette y le tocó el hombro.

—No tienes que tener miedo de nada. El Tío Dylan es muy bueno peleando contra los monstruos. Dice que ahora todos tienen mucho miedo de esconderse en mi armario. Y ha construido una trampa para cualquiera que intente meterse debajo de mi cama.

Georgette sofocó una carcajada ante aquella declaración. Se percató de que la niña rubia también asentía con la cabeza, como para confirmar que Dylan

también había desterrado a todos los monstruos de su habitación.

—Supongo que vuestro tío es bastante bueno espantando monstruos — dijo ella.

Una mujer rubia encantadora se acercaba a ellos detrás de Dylan, poniéndole una mano en el hombro con demasiada familiaridad para la paz mental de Georgette. Dylan captó su gesto y le guiñó un ojo.

—Georgette, esta son mi hermana, Adriana, y su marido, Mitch. —Dylan miró por detrás de ella y se le frunció el ceño en su bonita cara—. ¿Qué co...? —Se detuvo ante lo que iba a decir y miró a los dos niños en sus brazos antes de ajustar sus palabras—: ¿Por qué estáis aquí vosotros tres?

Marcus alargó el brazo y le dio un puñetazo a su hermano mayor.

—Nos enteramos de que no nos querías aquí, así que nos presentamos de todas formas. —Miró a la mujer de pelo rojizo y se le encendieron los ojos—. Así que tú eres la bella damisela que ha estado volviendo loco a mi hermano durante las últimas semanas. —El guapo joven le ofreció la mano—. Creo que ya estoy enamorado de ti.

Los dos niños se taparon la boca para intentar sofocar la risa. A Dylan no le había hecho tanta gracia.

—¿No tienes una farmacéutica que comprar o un equipo de química que hacer estallar?

Marcus se limitó a reírse y negó con la cabeza.

—No. Estoy libre y tengo todo el fin de semana para enfadar a mi hermano mayor e intentar convencer a esta señorita encantadora de que se mantenga tan alejada de ti como sea posible.

Una versión aún más joven de Dylan, igual de grande, pero no tan guapo, al menos en opinión de Georgette, dio un paso al frente y apartó a su hermano de un golpe con el hombro.

—No te preocupes por estos dos pavos —dijo—. Yo soy Antonio, el más joven y el más guapo, además del más listo. Dame la mano y te alejaré del viejo. Dylan es probablemente demasiado mayor para ti, pero yo sí que valgo.

La rubita en brazos de Dylan rio encantada.

—Tío Antonio, solo vas a meterte en un lío. —Extendió los brazos y Antonio fue a cogerla automáticamente—. La Abuela te ha dicho que te portes bien.

Antonio acarició el cuello de la niña con la nariz hasta que ella volvió a reírse.

—Pero, ¿tú de parte de quién estás, mi niña?

—Del Tío Dylan, claro. —La niña reía nerviosamente, justo antes de darle un gran beso lleno de babas a Antonio.

Georgette reía, pero no podía negar que se sentía intimidada con tanta testosterona.

—Dime que no hay más —dijo mirando a Dylan a los ojos sonrientes.

—Solo yo —dijo otro hombre enorme al rodear a Dylan—. Ha dejado lo mejor para el final. Soy Davis —dijo cogiéndole la mano y besándole los dedos—. Y no voy a bromear contigo ni de coña para que te fugues conmigo. Mi hermano mayor ya va a hacer añicos a los pequeños. —Se puso la mano de Georgette bajo el brazo—. Así que tendremos que encontrarnos en secreto para que no sepa lo que pasa.

Dylan miró al niño, que seguía en sus brazos.

—Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

El niño riquísimo sonrió y asintió con la cabeza. Un momento después, su puñito daba un golpe a su tío Davis en el brazo. Davis fingió que se caía hacia tras bajo la fuerza del puño del hombrecito. Pero se incorporó de inmediato y revolvió el pelo del niño.

—Tenemos que trabajar en esas lealtades, colega.

Dylan levantó la mano con la palma hacia fuera. Zane se estiró y chocó los cinco con su tío.

—Buen trabajo —le dijo Dylan al niño.

Adriana se limitó a poner los ojos en blanco.

—Por favor, decidme que no vais a enseñar a mi hijo a pelear.

Davis se echó a reír de repente.

—Claro que sí. Todo hombre necesita saber pelear para proteger a su mujer.

Adriana sacudió la cabeza, disgustada ante el comportamiento de su hermano. Volviéndose hacia Georgette, dijo con mirada preocupada:

—¿Por qué no vienes conmigo en el coche? Así nos quitamos de encima a todos estos pelmazos.

Georgette no tenía ni idea de qué pasaba. Miró a Dylan, intentando recibir alguna forma de comunicación de su parte. Dylan dio un paso al frente al instante y negó con la cabeza.

—Se queda conmigo. No me fío de ninguno de estos tíos más lejos de lo que puedo lanzarlos.

Todos empezaron a caminar hacia los coches, pero Antonio abrió la boca y dijo:

—Eh, ¿os acordáis de aquella vez que intentamos probar a ver lo lejos que podíamos lanzarnos unos a otros?

Davis echó la cabeza atrás, riendo.

—Sí. ¿Quién ganó la apuesta?

Marcus rio.

—Creo que Dylan ganó. Yo no tenía ninguna posibilidad porque era el más pequeño.

Dylan puso los ojos en blanco.

—Sigues siendo el más pequeño.

Marcus volvió a reírse.

—Deberíamos probar otra vez. Georgette puede ser el premio. Y como ya estás hecho un viejo, y yo soy un semental, tengo más probabilidades ahora.

Otro hombre, igual de alto que el que rodeaba a Georgette, se alejó del coche donde estaba apoyado con un impulso. Estiró los brazos y cogió a Zane de brazos de Dylan mientras le ofrecía la otra mano a Georgette.

—Soy Mitch —dijo con una sonrisa amable—, el marido de Adriana. Yo también puedo ayudarte a sortear a estos idiotas, si quieres algún consejo. —Le guiñó un ojo a su hijo pequeño—. Nosotros los forasteros necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

Georgette abrió la boca para decir que no iba a convertirse en una forastera para aquella familia tan sociable, pero las palabras simplemente no le salían. No sabía si se debía únicamente a que se sentía abrumada cuando todos llegaron a saludarlos al aeropuerto o si había algo más detrás de su incapacidad de hablar, pero asintió levemente en lugar de proferir la negativa automática que tenía en la punta de la lengua.

Todos volvieron a sus coches, los niños con el cinturón de sus asientos infantiles. Momentos después, conducían por el campo de Virginia. Dylan estaba sentado en la asiento trasero de un Land Rover negro, dándole la mano mientras hablaba con Antonio y Marcus de sus negocios en ciernes. Georgette escuchaba, pero volvían a hablar de grandes cifras y desconectó de la conversación para intentar entender qué estaba sucediendo en realidad.

Aparcaron fuera de una casa enorme y preciosa con exuberantes colinas que se extendían a cada lado y a la espalda de ésta. Tan pronto como los tres coches aparcaron, se abrió la puerta delantera y una mujer guapa, madura, de pelo castaño recogido en una coleta, salió a las escaleras de piedra de la entrada. Justo detrás de ella había un hombre alto de espalda ancha y pelo negro, tan parecido al de Dylan que tuvo que suponer que era su padre. Lo que quería decir

que la pequeña mujer morena era la madre de Dylan.

Georgette sintió una oleada de pánico creciendo en su interior. Miró a Dylan, percatándose de que intentaba darle un mensaje en silencio. No tenía ni idea de cuál era el mensaje porque se sentía totalmente abrumada ante la idea de conocer a sus padres. «¡Debería haberme avisado! Esto es totalmente injusto por su parte».

—Sé lo que estás pensando. Y sí, es verdad. Pero entenderás perfectamente por qué te he traído para cuando termine la velada. —Dylan le dio un suave apretón en la mano, intentando hacerla sentir segura.

Marcus conducía el Land Rover y aparcó justo al lado de los escalones de piedra. Para cuando Georgette salió del vehículo, Ella y Zane subían las escaleras emocionados, proporcionando detalles de Georgette a quienes suponía que eran su abuela y su abuelo.

—¡Es muy guapa! —dijo Zane a su abuelo mientras el hombre mayor y atractivo lo cogía en brazos.

—¿Crees que me dejará ser la niña de las flores en su boda? —le preguntó Ella a su abuela con ojos esperanzados.

Georgette permaneció de pie al final de las escaleras, inconsciente de que su mano se aferraba a la de Dylan, nerviosa. Tampoco se percató de la mirada en su cara, que transmitía a todos el terror que sentía, excepto a los niños, llenos de vitalidad.

La hermosa mujer puso una mano tranquilizadora sobre el pelo rubio de su nieta.

—Creo que deberíamos cenar antes de discutir nada más. —Jemma alzó la mirada y vio el alivio en los preciosos rasgos de la mujer de pelo rojizo—. ¿Por qué no llevas dentro a tu hermanos y os laváis las manos?

Los dos entraron corriendo, seguidos por su madre, su padre y tres de sus tíos. Aquello dejó a Georgette y a Dylan mirando a los dos mayores.

—Mamá, deja que te presente a Georgette Charding. ¿Papá? No la asustes —dijo.

Los dos bajaron los escalones; la madre de Dylan sonreía a Georgette con calidez.

—Es un verdadero placer conocerte, Georgette. —Le cogió la mano intentando darle un apretón de confianza—. No dejes que esta familia pendenciera te intimide. Y, por favor, llámame Jemma.

El hombre apuesto también le ofreció la mano.

—Soy Damien Alfieri; encantado de conocerte. Hemos oído hablar

mucho de ti durante las últimas semanas.

Entraron en la enorme casa directamente a través de una cocina grande y espaciosa. A un lado de la cocina había un salón con una mesa alargada. Al otro, una habitación llena de muebles cómodos y elegantes. Toda la decoración parecía cálida y acogedora, en lugar de intimidante. Cuando Dylan le ofreció una copa de vino blanco, Georgette dio un traguito largo, intentando relajarse.

Durante las horas siguientes, Georgette aprendió más sobre Dylan y sobre cómo funcionaba su familia. También oyó la historia de cómo se habían conocido sus padres, cómo su madre se quedó embarazada y fue madre soltera durante los cinco primeros años de su vida. Cuando el padre de Dylan se enteró de su existencia, Damien se esforzó para convencer a la madre de Dylan para que se casara con él. Le costó mucho convencerla, pero llevaban juntos los últimos treinta y un años.

Cuando oyó eso, Georgette supo al instante por qué la había llevado allí Dylan. Por desgracia, aquello seguía sin ayudarle a superar el pánico de comprometerse con Dylan para el resto de su vida. O, más específicamente, no ayudaba a que confiara en lo que tenían.

Adriana y Mitch fueron los primeros en retirarse por la noche. Se fueron hacia las ocho de la tarde para acostar a los niños. Marcus, Davis y Antonio habían entrado y salido del enorme salón y de la conversación mientras atendían asuntos de negocios. Georgette se enteró durante el curso de la velada que los hombres Alfieri y Adriana, por no decir Mitch, eran todos líderes empresariales poderosos y brillantes. Mientras que Dylan y Davis habían establecido sus emporios, Antonio y Marcus estaban empezando todavía, pero los cuatro tenían una increíble autoconfianza en sus distintas habilidades. Quedó impresionada con toda la familia.

Cuando se encontró a solas con Dylan después de que todos hubieran ido arriba a pasar la noche, Georgette no tenía ni la más remota idea de lo que iba a hacer.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Dylan.

Georgette se mordió el labio inferior, intentando descifrar qué era exactamente lo que le pasaba por la cabeza. Había multitud de pensamientos inconexos, sensaciones aterradoras y la necesidad de encontrar un lugar donde esconderse; así, no estaba del todo segura de qué decirle.

—Eres un hombre muy persistente —le admitió por fin.

Dylan le dio la mano y le dio un beso en la palma.

—Creo que lo que estoy intentando demostrarte es que no voy a dejarte.

Puede que hayas pasado toda tu vida rodeada de malos matrimonios, pero yo he tenido todo lo contrario en la mía. Cuando empieces a vacilar, yo sabré qué hacer.

—¿Y estás dispuesto a arriesgar toda tu felicidad futura por mi loca historia? —le preguntó ella.

—Creo que de eso precisamente se trata el matrimonio. Ninguno de los dos sabemos qué pasará mañana, pero tenemos hoy. Solo tenemos el momento. Sé que no quiero pasar ni un momento lejos de ti. Quiero pasar mi vida contigo, y sé que tú también me quieres. Solo te pido que confíes en mí, en nosotros, y sé que haremos que funcione. —Llevó una mano a su rostro y le secó una lágrima de la mejilla.

—No quiero que me hagan daño —susurró Georgette.

—Probablemente te haga daño a lo largo de los años. No intencionadamente, pero siempre te querré. Y tengo fe en que tú también me querrás siempre.

—Vale —dijo ella por fin, inspirando profundamente con un escalofrío.

Dylan la sostuvo muy quieta, sosteniéndole la mano y apretándosela con mucha suavidad.

—¿Quiere decir lo que creo que quieres decir? —le preguntó.

Las palabras estaban atascadas en la garganta de Georgette, que no podía decir nada, pero asintió con la cabeza.

—Vas a casarte conmigo —dijo con una sonrisa *sexy*—. Serás la novia más guapa que jamás haya caminado hacia el altar. —Un momento después, se puso en pie con ella en brazos y la llevó fuera de la casa.

Georgette miró a su alrededor, sorprendida de que no fueran arriba, donde habían desaparecido los demás. Tampoco la metió en el coche donde pudieran dirigirse a un hotel.

—¿Dónde vamos? —preguntó sintiendo ganas de reír con nerviosismo.

—Te llevo a los establos —dijo—. Voy a hacerte el amor hasta que grites mi nombre, tal y como prometí. Y no quiero que mis hermanos rompan la puerta cuando les parezca gracioso pillarnos por sorpresa.

La risita que había estado intentando contener se le escapó con un soplido. Y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿De verdad son tan malos? —preguntó.

—Son peores —le dijo—. Pero estaremos solos aquí, excepto por los caballos, claro.

Georgette pensó que debería negarse a que la llevara a los establos.

«Pero, para ser sincera, cosa que estoy intentando ahora, sé que no me importa en absoluto». De hecho, tal vez le gustara hacer el amor con ese hombre en un establo. Tenía que aceptar que la vida con él podría no ser cómoda, pero siempre sería una aventura.

—Te quiero —dijo y le dio un beso en la mejilla.

—Yo también te quiero —dijo inclinándose para devolverle un beso propiamente dicho.

En el interior de la casa, Damien caminó por el vestíbulo hasta la parte superior de las escaleras. Su instinto con respecto a sus hijos había dado en el clavo. Un momento después de situarse en la escalera, pilló a Marcus, Davis y Antonio intentando escabullirse por el vestíbulo. Damien tuvo que hacer un gesto de negación a sus enormes hijos, que intentaban escaparse a algún sitio.

—¿Dónde creéis que vais? —preguntó cuando se percataron de que estaba allí de pie.

Davis, Marcus y Antonio sonrieron a la par.

—Acabamos de ver a Dylan yendo hacia los establos y pensábamos unirnos a él.

Damien se cruzó de brazos sobre su ancho pecho, sacudiendo la cabeza.

—No voy a dejar que salgáis de esta casa ni de coña. Si está pasando lo que creo que está pasando, vais a dejar a vuestro hermano en paz para que pueda asegurarse de que esa mujer tan guapa se convierta en vuestra cuñada. —Mirándolos con firmeza, señaló en dirección al vestíbulo—. Dejadlo en paz hasta que le haya puesto el anillo. Quiero más nietos, y vosotros tres no vais a interferir en eso.

Los tres hermanos pequeños se miraron y se encogieron de hombros. Si todo salía como estaba previsto, tendrían multitud de oportunidades para hacer travesuras.

EPÍLOGO

—¡Estás increíble! —dijo Adriana, ahuecando varias colas de zorros ocultas en la falda del vestido de novia de Georgette—. ¿De dónde has sacado esta idea? ¿Y cómo has conseguido ocultar estas cosas tan bien?

Georgette rio, sintiéndose como una princesa.

—Es secreto profesional —explicó. En realidad, había pasado horas trabajando en el vestido, enganchando las colas de zorro a la falda, quitándolas y volviendo a colocarlas. Al final, resultó ser una combinación de ciencia, donde trabajó con los problemas de gravedad, y arte, donde fundió seda, satén y falsa piel para crear una mezcla perfecta de texturas, todas en blanco.

—Bueno, parece que estás lista —dijo Jennifer pasándole el ramo a Georgette—. ¿Cómo has encontrado flores que se parecieran a una cola de zorro? —preguntó.

Georgette rio porque las flores blancas y esponjosas del ramo eran del genio creativo de su florista.

—No tengo ni idea. Ni siquiera sabría decirte cómo se llaman. Pero me encantan.

Georgette miró a Adriana, Dorothy y Jennifer, sus tres damas de honor, y sonrió. Llevaban vestidos distintos que había diseñado ella misma especialmente para cada una de ellas, aprovechando sus figuras a la perfección. Adriana llevaba un vestido azul cristal que hacía que sus rizos rubios parecieran extra suaves; Dorothy eligió un rosa palo que hacía que su pelo canoso pareciera casi blanco, y Jennifer llevaba un vestido amarillo pastel que era perfecto para su pelo oscuro.

—Gracias a todas por estar aquí hoy. —Se agachó a la altura de Ella—. Y tú estás guapísima —le dijo a su futura sobrina, que era la niña de las flores. Ella, de ocho años, sonrió y se atusó el vestido verde claro, sintiéndose muy mayor—. Te prometo que lo haré mejor con los pétalos mejor que Zane con el anillo. —Su hermano, de cinco años, llevaba el anillo e iba increíblemente elegante con un esmoquin diminuto. Georgette rio entre dientes y volvió a incorporarse, mirando a la madre de Ella con cara radiante.

Adriana se inclinó y le dio un abrazo.

—Gracias por enamorarte de mi hermano. No tienes ni idea de dónde te estás metiendo, pero te ayudaré en los momentos difíciles con los demás.

Georgette miró a su futura cuñada con confusión.

—¿Momentos difíciles? —preguntó.

Adriana levantó la mano e hizo un aspaviento para quitarle importancia.

—Ahora vas a ser su hermana. Prepárate. El horror empieza, probablemente... para cuando termine la ceremonia.

Dorothy, Jennifer y Georgette miraron a la encantadora rubia con los ojos abiertos como platos, sin entender.

Pero empezó la música y Philip entró en la habitación, muy elegante con su esmoquin.

—Santo cielo, cariño. Estás preciosa —le dijo esforzándose por controlar las emociones que amenazaban con avergonzarlo—. Sabía que los dos encajaríais a la perfección. Desde la primera cena, supe que solo tenía que dejaros a solas.

Georgette se quedó boquiabierta.

—Abuelito, no había ningún problema urgente aquella noche, ¿verdad? —preguntó mirando a su confabulador abuelo con los ojos entrecerrados. El enfado resultaría mucho más efectivo si no le hubiera hecho la pregunta con su habitual acento sureño y ojos resplandecientes.

—Por supuesto que no. Sabes que nunca sería tan grosero como para dejar a un invitado durante la cena. —Se rio ante sus propias maquinaciones.

Georgette lo fulminó con la mirada durante un instante y después se inclinó para darle un beso en la arrugada mejilla.

—Eres un hombre malvado, Abuelito. —Entonces se agarró a su brazo y siguió a las damas de honor por la puerta trasera de la casa de su madre. Era una tarde perfecta de otoño. El sol brillaba, los crisantemos estaban en flor y hacía una temperatura de poco más de veinte grados. «Un día perfecto para casarse», pensó mientras caminaba hacia el altar y hacia el hombre al que amaba.

Cuando su abuelo le pasó su mano a Dylan, ella lo miró a los ojos azules, alucinada de que fuera a ser su marido. Él le apretó la mano y le guiñó un ojo.

—Sabía que estarías guapísima con este vestido —le susurró antes de volverse ambos hacia el hombre que había bautizado a Georgette.

Veinte minutos después, Georgette se volvió de frente a su marido, sorprendida de no temerlo más ni el compromiso que habían contraído el uno con el otro. Todos sus miedos de estar con él, de que le hiciera daño, habían desaparecido. Dylan le había demostrado de tantas maneras que la amaba y que nunca la abandonaría que así lo creía.

El banquete era precioso, pero Georgette no entendía por qué Dylan no dejaba de mirar atrás por encima del hombro.

—¿Qué pasa? —preguntó. La tarta esperaba en la esquina de la carpa blanca, los invitados abarrotaban la pista de baile y la comida había sido deliciosa.

—No veo a mis hermanos —dijo Dylan analizando a los invitados.

Georgette se acurrucó contra él.

—Adriana me ha advertido de que podrían hacer una de las suyas, pero hasta ahora se han portado muy bien.

Dylan se la acercó, disfrutando de la manera en que la sentía contra él, pero no podía ignorar la molesta sospecha de que algo andaba mal.

—¿Los ves? —preguntó.

Georgette alejó la mejilla de su pecho y lo miró a los ojos.

—Relájate. Nos iremos al terminar este baile y será demasiado tarde para cualquier cosa que hayan planeado.

Dylan pensó en eso. «Tiene sentido», se dijo. Apartó la molesta idea de su mente y se centró únicamente en el baile, en el delicioso cuerpo de Georgette junto al suyo y en la realización de que Georgette por fin era su mujer.

Ella se escabulló después de ese baile para cambiarse de ropa, pero se dio prisa, a sabiendas de que Dylan volvía a preocuparse de las bromas que pudieran gastarles sus hermanos.

Cuando volvió a unirse a él con un traje color crema y tacones blancos, no podía esperar más a estar a solas con su nuevo marido. Era deliciosamente, enloquecedoramente guapo y sexy, solo quería...

Caminó de la mano de Dylan hacia la limusina blanca, que los esperaba y los llevaría al hotel donde pasarían la noche de bodas antes de partir de luna de miel.

—¿Pero, qué...? —susurró.

Dylan se detuvo, encorvándose para proteger a Georgette de la catarata de pétalos que los invitados lanzaban sobre ellos. Por suerte, Georgette había prohibido el arroz en su boda; prefería una lluvia de pétalos.

Pero al mirar al frente entre los pétalos de rosa que caían desde todas las direcciones, no pudieron creer lo que veían. La parte trasera de la limusina estaba cerrada y totalmente envuelta en film transparente. Había varias capas del papel de plástico, incluso debajo del coche, ¡y en el techo!

—Te dije que teníamos que vigilarlos —gruñó mientras se acercaba a la limusina con una navaja en la mano. Georgette se mantuvo atrás riéndose con los demás invitados mientras Dylan se abría paso a través del plástico con la navaja. Cuando por fin lo retiró todo, le dio la mano a Georgette y tiró de ella hacia la

puerta, solo para detenerse una vez más.

Mirando al cielo oscuro, lanzó una plegaria en silencio pidiendo paciencia mientras abrazaba a una Georgette sonriente. Toda la parte trasera de la limusina estaba llena de globos. Y no de los grandes. No; sus hermanos habían inflado unos mil globitos y los habían metido en el asiento de los pasajeros.

Georgette estaba muy ocupada riéndose, literalmente partida de risa, apoyándose sobre la limusina para sostenerse. Quería ayudar, pero era graciosísimo. Adriana se lo había advertido. Dylan sospechaba que se estaba cociendo algo. Pero ni en sus sueños más locos se le habría ocurrido algo así.

Dylan estaba muy ocupado reventando globos con la navaja mientras sacaba de la limusina tantos como podía. Georgette dio patadas a unos cuantos mientras se secaba las lágrimas de risa de las mejillas. Los invitados también estaban armando escándalo jugando con los globitos, y Dylan juraba en arameo.

Cuando la parte trasera estaba prácticamente vacía, cogió la mano de Georgette y casi la metió en la parte trasera de la limusina, sólo para descubrir que todo el asiento, y casi todo lo demás, estaba cubierto de notas adhesivas negras. Tan pronto como se sentaron, las notas se les pegaron a la ropa. Georgette rodaba de risa en el asiento mientras Dylan cerraba la puerta de golpe y gritaba al conductor que arrancara. Finalmente el coche se alejó del bordillo y Dylan sentó a su recién estrenada esposa sobre su regazo.

—Ya te dije que estaban tramando algo —gruñó.

Por fin Georgette pudo parar de reír y le rodeó el cuello con los brazos, notas incluidas.

—Sí, me lo dijiste. Pero estamos casados. Y, por fin, solos.

Aquella sentencia pareció disipar toda la frustración de Dylan, que se inclinó para besar a Georgette.

—Tienes razón. Eres mi mujer.

—Para siempre —susurró, estremeciéndose con el impacto de aquellas palabras.

—Claro que sí —contestó él besándola otra vez.

Georgette sonrió mientras la recostaba sobre los lujosos asientos traseros. Y solo pudo ignorar las notas negras que se le pegaban por todos lados porque Dylan estaba besándola.

—Vas a vengarte de tus hermanos cuando se casen, ¿verdad? —preguntó quitándole una nota adhesiva de la frente.

—Bueno, por ahora, y durante las próximas horas, voy a concentrarme en hacerte el amor hasta que veas doble. —Volvió a besarla con aquella promesa—.

Pero, sí, esos tres van a arrepentirse de vérselas conmigo.

Georgette rio, entusiasmada con su nueva vida. Un marido estupendo, hermanos y una hermana. Se olvidó del padre que no la quiso. Ahora estaba rodeada por el amor de Dylan y su enorme y divertida familia. «Sí, la vida es buena».

Extracto de Su dulce tirano

Marcus oyó un ruido y dejó los papeles que estaba leyendo. Agudizó la mirada mientras esperaba a que el ruido se oyera de nuevo. Cuando no se produjo ningún sonido, decidió que había sido su imaginación. Se llevó los papeles al regazo y se frotó el puente de la nariz intentando aliviar la tensión que empezaba a acumularse detrás de su frente. Su madre tenía razón. Estaba trabajando demasiado y necesitaba tomarse un descanso. Desde luego, quedarse en su casa mientras ellos iban a visitar a su nuevo nieto no era precisamente su idea de unas vacaciones, pero lo mantenía a salvo de los ojos indiscretos e invasores de la prensa. Y eso era lo que necesitaba más que nada para terminar aquella adquisición en particular. Esta vez había mucha controversia y protestas porque iba a comprar lo que los lugareños consideraban un negocio familiar. «Negocio familiar que está a punto de desaparecer», pensó. Si no hubiera dado el paso ni se hubiera ofrecido a comprar esa firma en concreto, más de mil personas se quedarían sin trabajo el próximo mes.

Con un suspiro, levantó el informe una vez más y empezó a escribir anotaciones en los márgenes. Cuando volvió a oír el repentino ruido, se puso en pie, arrojó los papeles sobre la mesa que había a su lado y salió del despacho de casa de su padre, donde estaba trabajando. Era bien pasada la medianoche y creía que estaba solo en casa. Todos sus hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas estaban en Texas. Incluso Butch y Dennis, los ayudantes de los establos de su madre, se habían marchado hacía mucho tiempo; se fueron a casa justo después de dar de comer a los caballos al final de la tarde.

Cuando entró en la cocina, vio de inmediato la luz que llegaba desde la nevera. «¿Alguien ha entrado en casa para coger comida? ¿De verdad? ¿Un ladrón hambriento? Eso es nuevo».

Sin hacer ruido, Marcus rodeó la barra de la cocina. Vio unas botas por debajo de la puerta, pero supo que los pies eran demasiado pequeños como para ser los de Butch o Dennis. Además, se habrían anunciado. Y, lo que es más importante, rara vez entraban en casa; preferían la compañía de los caballos. No importaba la cantidad de veces que su madre los hubiera invitado a cenar o a las reuniones familiares, siempre se negaban o buscaban excusas para no tener que pasar tiempo rodeados de gente. Entendían a los caballos, pero las personas eran un misterio para esos dos hombres. De modo que, ¿quién estaba tras la puerta abierta del frigorífico?

Se deslizó para rodearlo, deseando tener un arma. Al menos sabía pelear.

Durante el instituto su padre se había reconocido el exceso de energía que convertía a sus hijos en un montón de accidentes esperando producirse, así que los apuntó a clases de artes marciales. Y a fútbol americano, natación, fútbol... cualquier deporte que consumiera la energía de sobra que tenían cuatro chicos en edad de crecimiento y que, por aquel entonces, parecía interminable.

Listo para encontrarse con cualquier cosa, rodeó la encimera en silencio, observando y esperando. Cuando estuvo en posición, tiró de la puerta para abrirla más y extendió el brazo para capturar al intruso. Le hizo una llave a un cuerpo sorprendentemente hábil y pequeño cuando sintió que algo frío y blando le golpeaba la cara. En ese preciso instante, sus manos rozaron algo cálido y suave. Al golpearlo a la vez, las dos texturas hicieron que perdiera el equilibrio, pero sus entrenamientos surtieron efecto y le dio la vuelta al intruso... sólo para enfrentarse a los ojos castaños más bonitos que había visto en su vida, rodeados de piel blanquecina y una mata de pelo rojizo, que parecía en llamas gracias al fluorescente del interior de la nevera.

Un grito agudo de sorpresa la identificó como mujer, pero la mano de Marcus sobre un pecho muy suave y turgente ayudó a que su mente comprendiera aquel hecho más rápido.

—¿Qué estás haciendo? ¿Quién eres? ¡No tengo dinero! —dijo ella mientras aquellos ojos castaños le devolvían una mirada confusa mezclada con una alta dosis de miedo.

Marcus se torció ligeramente para ver mejor a la mujer. Su mano no se había movido, ni sentía necesidad de hacerlo. Estaba perfectamente bien donde estaba.

—¿Quién eres y cómo has entrado en esta casa? —exigió, preguntándose si habría olvidado activar el sistema de seguridad. «No, lo hice». Recordaba haber tecleado el código justo antes de sentarse a leer los informes que le había enviado su asistente.

—Soy Juliette. ¡Y estoy armada! —le advirtió con ojos enormes y castaños que revelaban el terror que sentía.

Marcus se percató enseguida de su miedo, que le decía que no era una amenaza. Al menos, no una amenaza en el sentido tradicional.

—Vale, Juliette. ¿Cómo has burlado el sistema de alarma?

Ella tartamudeó un momento antes de escupir:

—Damien Alfieri me enseñó a desactivarla, pero sigue puesta. Y la empresa de alarmas probablemente ya haya enviado a la policía.

Marcus casi se echó a reír con aquella amenaza.

—No oigo la alarma pitando.

—Es una alarma silenciosa —mintió ella, rezando para que se fuera sin

más. De pronto se le ocurrió que no tenía miedo de aquel hombre necesariamente. «No va a hacerme tanto daño como... bueno, no estoy segura de por qué estoy tan nerviosa». Simplemente sabía de manera instintiva que no le haría daño. Así que, ¿por qué temblaba tan violentamente?

Marcus se acercó más a ella, intentando ignorar su cuerpo blando que presionaba el suyo. «Está en mi casa de manera ilegal; no debería ponerme cachondo».

—No es una alarma silenciosa. Si hubiera saltado, todo el mundo en la localidad podría oírla —replicó—. ¿Por qué estás aquí?

Juliette no estaba segura de quién era, pero aquella postura empezaba a resultar un tanto incómoda.

—Eh... ¿crees que podrías quitar la mano de mi pecho? —preguntó con cara linda y ruborizada—. ¿Por favor? —susurró.

Marcus bajó la mirada. No era como si no supiera que tenía la mano en su pecho, que era extraordinario. Pero, puesto que era una extraña, aunque fuera guapísima, debería soltar la deliciosa carne.

Lentamente, abrió la mano y se echó atrás, pero no lo bastante lejos como para que pudiera escapar. De repente, una masa fría le cayó en el hombro. Bajó la vista al recordar el frío golpe en su cara hacía un momento. Se dio cuenta de que tenía una bola de helado derritiéndose sobre su camisa y mojándole la piel.

—¿Estás robando helado? —preguntó con cara de disgusto mientras se quitaba de encima el trozo de helado con los dedos y lo arrojaba en la pila detrás de la mujer.

—¡No estoy robando nada! —replicó ella, ofendida de que pudiera sugerir algo así—. ¿Y quién eres tú? ¿Qué haces en casa de Damien Alfieri?

—Damien Alfieri es mi padre. Soy Marcus Alfieri, Srta. Juliette. Así que creo que tengo derecho a estar aquí, puesto que crecí en esta casa. Eso sigue sin explicar qué hace tu adorable trasero en la nevera de mis padres, comiendo helado.

De pronto, Juliette se percató de lo absurdo de aquella situación y empezó a reír. Al principio fue una risita entre dientes, pero a medida que cayó en la cuenta de lo gracioso de la escena, su risa fue en aumento hasta que se encontró doblada, riendo y a punto de llorar mientras se sujetaba la tripa a medida que la adrenalina abandonaba su cuerpo. Cuando por fin pudo dejar de reír, se puso en pie, inspiró hondo y se retiró el pelo de la cara.

—Ay, Dios. Necesitaba reírme así. Ha sido una semana muy dura hasta ahora.

—Es miércoles —dijo Marcus. Había disfrutado de sus carcajadas, pero

seguía sin estar seguro de qué hacía en casa de sus padres. Era guapa, del mismo modo que una gatita *sexy*. No demasiado delgada, pero decididamente no estaba gorda. «Curvilínea», pensó. «Y pequeñita. Joder, si apenas me llega a la altura del hombro descalza». Era lo bastante pequeña como para ser una niña, pero su figura le decía que era toda una mujer. Una mujer que no le importaría explorar un poco más. Si pudiera averiguar qué hacía en su casa.

—Sí. Bueno, lo es —dijo volviéndose mientras tapaba el bote de helado—. Bueno, tu madre leyó un artículo mío que se publicó recientemente. Hemos estado hablando y conociéndonos. Oyó hablar de mi tesis y me invitó aquí a estudiar sus caballos, para demostrarla o desmentirla.

Una ceja negra se curvó hacia arriba.

—Mi madre y mi padre han ido a Texas.

Juliette sonrió ligeramente, contemplando sus brazos extremadamente musculosos y sus manos atractivas de largos dedos que...

Sacudió la cabeza e intentó concentrarse en la mirada suspicaz en el apuesto rostro de ese hombre que daba miedo.

—Sí. Lo sé. Cuando me llamó para decirme que de pronto iba a salir de la localidad intenté echarme atrás, pero me dijo que era ahora o nunca. Varios de los potros que nacieron en la pasada primavera están a punto de ser vendidos.

—¿Y necesitas los potros para tu estudio? —preguntó. No estaba seguro de si la creía. Sonaba ridículo, excepto por el hecho de que era algo que su madre haría. Parecía hacerse amiga de todo el mundo. Si había un alma perdida o herida ahí fuera, tarde o temprano llegaban a su rancho—. De modo que decidiste pasar por aquí y servirte un poco de helado —dijo echando un vistazo detrás de ella.

Juliette empezaba a irritarse con su tono de voz desconfiado.

—Primero, yo compré el helado, además de otros suministros, porque no quería comer a costa de tus padres, que son muy amables. Pero, además, no estoy mintiendo —dijo cruzándose de brazos—. Tu madre es una mujer muy dulce y me siento muy agradecida de que se haya ofrecido a ayudarme.

—Tienes razón en una cosa. Es muy dulce. Pero no deberías aprovecharte de su naturaleza amable.

Juliette siseó indignada.

—¡No estoy aprovechándome de ella! De hecho, su rancho aparecerá en mis estudios. ¡Será gran publicidad para ella!

—No necesita ayuda para publicitarse. Es conocida internacionalmente por sus caballos.

—¡Y por eso es por lo que me invitó aquí! —exclamó haciendo aspavientos, exasperada.

Marcus entrecerró los ojos mientras analizaba el asunto mentalmente.
—¿O acaso te has auto-invitado, a sabiendas de que ninguno de los dos estaría aquí durante las próximas semanas?

Ahora, Juliette estaba verdaderamente enfadada.

—¡Ya está bien! ¡Llama a tu madre! ¡Responderá por mí!

—No voy a... —Observó alarmado mientras ella sacaba un teléfono móvil de su bolsillo trasero.

—Si tú no lo haces, lo haré yo. —Estaba marcando un número y, un momento después, lo fulminaba con rabia creciente—. ¡Me niego a que un... — se trabó intentando pensar la palabra adecuada— ...matón calumnie mi carácter!

Al mismo tiempo, el teléfono de Marcus empezó a sonar. Lo miró y vio el número de su padre en la pantalla. Apretó la tecla para responder mientras mantenía el contacto visual con la diabla que había frente a él.

—Hola, Papá. ¿Qué pasa?

—Lo siento, Marcus. Olvidamos decirte que hay una mujer quedándose en casa mientras estamos fuera. Necesito que cuides bien de ella —decía—. Tu madre está llamándola para decirle que tú también estarás allí. Se nos olvidó por completo mencionárselo a los dos. Lo siento mucho. Espero que no haya causado ninguna confusión, pero cuando llegue Juliette, necesitamos que seas muy amable con ella. —Marcus casi no oía a su padre porque ella estaba susurrando algo al teléfono.

—Creo que la encantadora Juliette está hablando con Mamá ahora mismo.

Marcus oyó la risa por lo bajo de su padre

—No tengo ni idea de qué están diciéndose esas dos, pero están cuchicheando bastante —dijo Damien. Marcus oyó la diversión paciente en su voz. Y el amor. Tras décadas de matrimonio, Damien Alfieri seguía locamente enamorado de su mujer—. Sea lo que sea lo que estén diciendo, no puede ser bueno. Así que estate atento. Y hazme un favor —dijo.

Marcus observó a la señorita en cuestión, pensando que su padre tenía razón al mostrar dudas.

—¿Qué quieres? —preguntó ausente mientras se percataba de la cintura de avispa y los pechos turgentes de la mujer, enfundados en una camiseta ajustada.

—Cuida de ella. Juliette es de las buenas. La conocemos desde hace tiempo y va a ser una psicóloga brillante. Ahora mismo está trabajando en su tesis y sea lo que sea lo que averigüe, será increíble. He leído algunos de sus artículos y estoy impresionado por su profundo conocimiento del comportamiento humano. —Hizo una breve pausa—. Pero sigue siendo una niña

sola en el bosque en muchos aspectos, en mi opinión. Así que, cuida de ella. No dejes que nadie se aproveche de ella mientras intenta terminar su estudio. ¿Harás eso por mí?

Marcus debió de decir algo que le hizo sentirse seguro, porque su padre siguió hablando. Él, por su parte, observaba a la mujer en cuestión y la veía con nuevos ojos. Era posible que aún no le gustara, pero si su padre la respetaba, tenía que tener algo más que un cuerpo de infarto. Damien Alfieri no era un hombre fácil de engañar. De hecho, el padre de Marcus era uno de los mejores jueces de carácter que conocía.

—Sí. Vale. Cuidaré de ella —le prometió a su padre.

—Gracias, hijo. Ah, tu madre quiere hablar contigo. Te la paso.

Juliette colgó su teléfono y se lo metió en el bolsillo otra vez con aspecto engreído y con demasiada autoconfianza.

—Hola, Mamá —dijo apoyándose contra la encimera.

—Hola, Marcus. ¿Te estás portando bien? —preguntó con una sonrisa en la voz.

Marcus dejó que sus ojos recorrieran la figura de Juliette y se detuvieran en sus pechos.

—Claro que me estoy portando bien, Mamá. ¿Por qué cuestionas eso? —preguntó descendiendo con la mirada, a sabiendas de que estaba enfureciendo a su nueva compañera de piso, pero disfrutando enormemente de la imagen independientemente de su rabia.

La voz de su madre interrumpió su escrutinio.

—Porque te conozco lo suficiente como para saber que probablemente estás intentando enfadarla. ¿Qué estás haciendo?

Marcus se echó a reír y volvió a mirar a Juliette a la cara, que ahora se veía de un adorable color rosa.

—Estoy en la cocina cuidando a la Srta. Juliette, tal y como me ha pedido Papá.

Su madre respondió con un bufido incrédulo. Debería sentirse insultado, si ella no hubiera dado en el clavo.

—Le he dado la habitación de Adriana, junto a la tuya. ¡Pórtate bien!

Marcus rio en voz baja.

—Soy tu hombre —dijo.

Juliette lo fulminó con la mirada, furiosa de que le hiciera pasar por semejante inspección. Cuando dijo «soy tu hombre» de aquella manera, no estaba segura de si hablaba con ella o con su madre, al otro lado de la línea. Desearía saber qué se estaban diciendo, pero sólo oía su lado de la conversación y, decididamente, no estaba siendo el caballero que Jemma le había asegurado

que era. Se estaba comportando como un bruto completamente incivilizado. Todavía sentía un hormigueo en el pecho donde la había toqueteado, y no le gustaba. ¡Ni un pelo!

Marcus rio suavemente de lo que decía su madre y asintió.

—Yo también te quiero, Mamá. —Y colgó el teléfono—. Entonces... —empezó a decir; su voz suave y *sexy* logró que sintiera un hormigueo en algún otro sitio aparte del pecho. Hacía un momento pensaba que estaba en un lío. Ahora sabía que estaba en peligro. Su cuerpo grande y musculoso ya no estaba a punto de hacerle un placaje, pero la mirada en esos ojos azul oscuro no era señal de nada bueno.

—Entonces... tus padres te han explicado por qué estoy aquí —dijo ella finalmente, deseosa de pasar página y de que aquella mirada cambiase. Lo prefería enfadado. De algún modo, era más seguro.